

VUELVE EL CIRCO GALLIANO

Enid Blyton



Lectulandia

Jimmy Brown está con el circo del Sr. Galliano, él no era originalmente de ese mundo, pero sus increíbles habilidades con los animales lo llevaron a su posición actual y sus padres estaban felices de sumarse a él. Su padre es empleado como carpintero y personal de mantenimiento y su madre mantiene la caravana limpia y ordenada, pero también da un poco de educación a su hijo y a Lotta, que es la única otra niña en el redil de Galliano. Lotta es una niña de circo nacida y criada de aproximadamente la edad de Jimmy y es tan buena para montar a caballo que es una apuesta bastante segura de que eventualmente sucederá a su padre.

Lectulandia

Enid Blyton

Vuelve el circo Galliano

Circo Galliano - 3

ePub r1.0

Titivillus 28.02.2019

Título original: *Circus days again*
Enid Blyton, 1942
Traducción: Mariano Orta Manzano
Ilustraciones: José Correas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com



CAPÍTULO PRIMERO

EL CIRCO ESTÁ EN LA CARRETERA

En un cálido día de mayo, una extraña procesión avanzaba lentamente por los polvorientos caminos. La gente del campo se quedaba mirando con sorpresa y detenía su trabajo para verla pasar.

—¡Es un circo! —se decían unos a otros—. ¡Mira, allí va un elefante! Y esa criatura tan divertida es un chimpancé, ¿verdad?

Efectivamente, era un circo, el famoso circo del señor Galliano, en camino hacia el nuevo lugar donde darían sus funciones. Entre los componentes del circo iba Jimmy, el niño dueño de la famosa perra «Lucky». Lotta, la niña del circo, iba montada en su delicioso caballito «Belleza»: el señor Wally iba en su carromato con «Sammy», su inteligente chimpancé. «Sammy» iba vestido correctamente, con chaqueta y pantalones, y se quitaba el sombrero con toda cortesía al pasar a la altura de los campesinos, quienes miraban con curiosidad y se reían mucho al verlo.

Pasó también Liliput, con sus cuatro monos. «Jemima», su mona favorita, iba acurrucada como de costumbre sobre el cuello de su amo, mordisqueando cariñosamente la oreja izquierda de éste con sus diminutos dientes. Saludaba con su pequeña gorra al pasar junto a los asombrados campesinos.

Los gloriosos caballos del circo trotaban con alegría, bien alzadas sus orgullosas cabezas, relucientes sus grupas como si fueran de satén. Con ellos iban el padre y la madre de Lotta, Laddo y Lal. En una gran jaula especial para el transporte venían detrás sus perros amaestrados, ladrando un poco a causa del calor del día.

El señor Volla iba en una gran jaula con sus cinco torpones osos. No les gustaba mucho ir de un sitio a otro, y él prefería estar con ellos para tranquilizarlos, «Dobby», su oso favorito, estaba sentado con el brazo alrededor de su domador y gruñía un poco cuando la jaula se bamboleaba en algún bache. Las puertas laterales estaban abiertas a causa del calor y los osos podían ver todo lo que iba apareciendo por el camino. Eso les gustaba.

Stanley Pegajoso, el payaso, conseguía todas las risas, como de costumbre, cuando andaba sobre las manos o daba volteretas haciendo las gracias más tontas. Todo el mundo quería al viejo Stanley Pegajoso, y en todas partes era igual: alegre, cómico y afable. Oona, el acróbata, iba sentado en su carromato mirando a Stanley Pegajoso. Sentía demasiada pereza entonces para acompañarlo.

Los carromatos, las jaulas y los caballos avanzaban lentamente. No había necesidad de darse prisa. El circo no iba a abrirse hasta dos noches después, y el

señor Galliano tenía la esperanza de que el magnífico tiempo se mantuviera así y el circo pudiera ganar mucho dinero.

«Entonces —pensaba el jefe del circo, echándose tanto el sombrero a un lado que casi se le cayó—, entonces haré mi circo mucho mayor. Tendré más payasos. Tendré más animales amaestrados. Mi circo será más famoso que nunca».

Pasó un bonito carromato amarillo. Tenía las ruedas azules y una chimenea azul. Perteneecía a la señora Brown, la madre de Jimmy. Éste, su madre y Brownie, su padre, vivían todos en el bonito carromato. Jimmy lo había comprado para su madre con el dinero que él y su inteligente perra «Lucky» habían ganado en la pista del circo.

Era un hermoso carromato. Tenía grifos que se abrían sobre un pequeño fregadero, y esto era algo que ni siquiera lo había en el carromato del señor Galliano. Había cuatro catres que se plegaban y se ponían de pie contra la pared. Jimmy dormía en uno y le gustaba. El carromato disponía de un hermoso fogón para cocinar y alegres cortinas ondeaban dentro y fuera de las ventanillas al soplo de la ligera brisa. La señora Brown estaba muy orgullosa de su carromato.

Estaba cocinando algo en su fogón. El humo subía por la chimenea y quedaba flotando en el aire cálido de mayo. Jimmy percibió el olorcillo de la comida y fue a ver qué era. «Lucky» lo acompañaba corriendo, muy contenta, con sus saltarinas patitas. Era una hermosa perra «fox-terrier», pequeña, de pelo liso, con la cabeza mitad negra, mitad rubia. Tenía unos suaves ojos castaños y quería a Jimmy más que a nadie en el mundo. Después de Jimmy, quería a Lotta, la niña del circo, pero si tenía que elegir entre estar con Lotta o estar con Jimmy, era siempre a éste a quien elegía. Como una sombra seguía al muchacho pisándole los talones, y todas las noches dormía a sus pies en el catre.

«Lucky» era una perra muy valiosa. Era una de las perras más listas que había visto el señor Galliano, y era Jimmy quien la había amaestrado. La perrita podía hacer los números más maravillosos, y todas las noches salía con Jimmy a la pista del circo. Lotta salía también con su hermoso caballo negro en el que «Lucky» sabía montar casi tan bien como los dos niños. Resultaba gracioso ver a la perrita guardando el equilibrio inteligentemente sobre el lomo de «Belleza», balanceándose arriba y abajo mientras el caballo daba vueltas a la pista.

—¡Mamá, qué calor hace! —exclamó Jimmy subiendo los escalones que había en la parte trasera del carromato—. ¿Qué hay de comer? Huele deliciosamente.

—¡Oh Jimmy!, no me digas que quieres comer ya después de haber tomado cuatro salchichas para desayunar —le dijo su madre, riéndose—. He preparado un guisado de carne a la irlandesa.

—¿No podría venir Lotta a participar? —preguntó Jimmy ávidamente—. Sólo tiene emparedados de jamón y dice que estarán muy secos.

La madre de Lotta, Lal, no era tan buena cocinera como la señora Brown, y a Lotta le gustaba venir a compartir las deliciosas comidas que preparaba la madre de

Jimmy. La señora Brown le tenía mucha simpatía a la niña, por lo cual dio su aprobación a la propuesta.

—Sí, dile que venga. A ella le gusta mucho el guisado de carne a la irlandesa.

Jimmy le gritó a Lotta, y ésta acudió corriendo, flotándole al viento sus rizados cabellos.

—¡Carne a la irlandesa! ¡Ven a tomar un poco! —gritó Jimmy.

Lotta subió de un salto los escalones del carromato. La señora Brown se volvió y se quedó mirándola.

—¡Qué niña más descuidada eres! —dijo—. Después del trabajo que me ha costado enseñarte a estar limpia y aseada. Si quieres un poco de carne tienes que lavarte las manos y peinarte. ¿Y cómo has conseguido ensuciarte tanto esa falda? ¿Es que has estado deshollinando chimeneas?

Lotta sonrió e hizo una mueca. Se dispuso a abrir el grifo sobre el limpio fregadero de la señora Brown.

—¡Oh, no, Lotta! Ve y te lavas en tu propio carromato, en el barreño que tenéis allí —exclamó la señora Brown—. Estás tan sucia que me pondrías negro mi bonito fregadero.

No servía de nada discutir con la señora Brown, como Lotta sabía muy bien. Así, pues, bajó los escalones y corrió a su propio carromato, que no era, tan bonito ni estaba tan limpio como el de Jimmy. Se lavó las manos en el barreño con agua que había allí, se pasó una toalla húmeda por la cara, se cepilló sus volanderos rizos y se ató una cinta a un lado. Estuvo buscando para ver si tenía un vestido limpio, pero todos parecían estar más negros que el que llevaba puesto, por lo cual renunció a aquello como un trabajo inútil.

Sólo la hermosa falda de circo con lentejuelas que utilizaba Lotta para actuar ante el público estaba limpia y flamante. Por muy desaseados y sucios que pudieran parecer los miembros del circo en sus ropas de diario, cuidaban con verdadera minuciosidad sus trajes y faldas de pista. El menor desgarrón era remendado al momento. La mancha más pequeña la lavaban en seguida. Nada de lo que lucieran en la pista debía tener mal aspecto.

Los dos niños hablaron del sitio donde iban a dar las funciones al mismo tiempo que comían el guisado de carne. La ciudad adonde iban era una ciudad grande.

—El señor Galliano proyecta hacer mayor el circo si ganamos mucho dinero en Bigminton —dijo Jimmy—. ¿No sería divertido, Lotta?

—¿Qué tendrá si va a ser mayor? —preguntó Lotta.

—Podrá tener otro elefante o una foca. Las focas son maravillosas para hacer juegos de habilidad —aseguró Jimmy—. Estoy convencido de que querrá tener más payasos. Un payaso no es suficiente, aunque Stanley Pegajoso sea una verdadera maravilla.

—Bueno, pero no creo que quiera tener más caballos o perros, porque de eso tenemos muchísimos —dijo Lotta alargando su plato para que le pusieran más carne

—. Será estupendo tener más gente en el circo. Espero que sean buenas gentes.

La procesión del circo siguió traqueteando mientras los niños comían. El sol brillaba a través de las ventanas del carromato. El viejo «Jumbo», el elefante que iba en cabeza, barritaba porque tenía ganas de beber. Los perros que iban en las jaulas también ladraban. Querían echar una carrera.

—Escúchalos —indicó Lotta—. Espero que lleguemos pronto a un sitio donde acampar. Los pobres quieren estirar las patas. ¿Los sacaremos a dar un paseo cuando acampemos para pasar la noche, Jimmy?

Así, cuando el sol estaba poniéndose y el circo se iba organizando en un gran descampado, los dos niños abrieron la puerta de la gran jaula de los perros y los dejaron salir a todos.

—¡«Punch», «Judy», «Pincher», «Toby», venid aquí todos! —gritó Lotta—. «Lucky», aquí; tú vienes también. ¿Y dónde está «Lulú», Jimmy? ¡Ah, ahí está! Vamos, «Lulú», vamos a dar todos una vuelta.

El campamento se iba montando mientras los niños sacaban a los inquietos perros a dar un paseo. «Jumbo» fue atado a un gran árbol. Acarició a su domador, el señor Tonks, con su trompa, contento por disfrutar de descanso. El señor Tonks le habló suavemente al gran animal. Eran los mejores amigos del mundo.

«Sammy», el chimpancé, se sentó a comer con el señor Wally, su dueño. El señor Wally le hablaba como si el animal pudiera entender cada una de las palabras, y realmente parecía que «Sammy» podía, pues le farfullaba al señor Wally como si realmente le estuviese contestando.

El hombrecito de los monos, Liliput, puso boca abajo un cubo y colocó encima algunas naranjas y plátanos para sus cuatro monos.

Se sentaron alrededor y empezaron a pelar los plátanos y a parlotear. «Jemima» peló un gran plátano, los mordió por la mitad y le ofreció la otra mitad a Liliput. Cuando otro mono se le quitó, ella se le echó encima y le arrancó la chaquetilla que llevaba.

—¡Vamos, vamos, «Jemima»! —dijo Liliput pelando un plátano rápidamente—. Mira, yo morderé éste por la mitad, y la otra mitad será para ti. Así...

«Jemima» se sintió complacida. Tomó el medio plátano y lo comió rápidamente farfullando a gusto. Luego, rápido como el rayo, colocó la cáscara alrededor del cuello del otro mono. Chillando de alegría, saltó hasta el techo del carromato de su dueño. Trepó por la chimenea y vio como el otro mono trataba de quitarse la cáscara del cuello de su chaquetilla roja.

Los caballos relincharon cuando Lal y Laddo se pusieron a acariciarlos. Los cinco osos gruñían mientras tomaban su cena. El señor Volla les dio después a cada uno un largo pedazo de caramelo de café con leche, y resultaba divertido ver como los osos los chupaban solemnemente, saboreando su dulzura.

Lotta y Jimmy volvieron con todos los perros, felices ahora después de una larga carrera. Los dejaron en su jaula a todos excepto a «Lulú» y a «Lucky», y luego

fueron a tomar un poco de cacao y bizcochos que la señora Brown les había preparado.

El campamento ya estaba montado. En el oscuro campo, los fuegos brillaban como gusanos de luz. Stanley Pegajoso sacó su guitarra y cantó una divertida cancioncita, pero la gente del circo estaba demasiado cansada aquella noche para reunirse en torno y escuchar. Uno a uno, se marcharon a sus respectivos carromatos y se fueron quedando dormidos.

—¡Qué divertido es esto de pertenecer a un circo ambulante! —dijo Jimmy, con un bostezo, a su perrita «Lucky» mientras se metía en su catre—. Aquí nos vamos a divertir, «Lucky». Buenas noches, y no me muerdas los dedos de los pies hasta por la mañana.

CAPÍTULO II

MADAME PRUNELLA Y SUS LOROS

El circo se abrió en Bigminton después de un día o dos de descanso. El tiempo se mantenía bueno y el señor Galliano estaba encantado de ver a tanta gente comprar entradas en la taquilla.

—Vas a tener un nuevo vestido —le prometió a Lotta, echándose el sombrero a un lado—. Y tú, Jimmy, vas a tener un nuevo traje de pista que brille como la luna.

A toda la gente del circo le gustaba ponerse los trajes y vestidos más bonitos que pudieran costearse para aparecer en la pista. Cuanto más brillantes, tanto mejor. Lotta anhelaba tener un vestido tan cubierto de lentejuelas, que apenas se viese el vestido en sí. A Jimmy eso no le importaba tanto, aunque también le gustaba sentirse elegante cuando entraba en la pista, Pero lo que más le gustaba era vestir a su perrita «Lucky».

«Lucky» tenía todo un guardarropa de chaquetillas, cuellos y cofias. La madre de Jimmy le tenía limpias y remendadas todas aquellas prendas, y se reía al ver a «Lucky» desfilando de un lado a otro con una espléndida chaquetilla nueva o una estirada cofia.

—Tú, la mona «Jemima» y el chimpancé «Sammy» sois tan vanidosos como muchachitas —le decía a «Lucky»—. En cuanto a «Jemima», me pregunto si no llevará consigo un espejo para ver si sus patillas están derechas.

Oona, el acróbata, se acercó y llamó a Jimmy.

—Oye, ¿te gustaría venir conmigo a visitar a mi prima? Vive cerca de aquí y puede que se incorpore al circo.

—¡Oh, sí! —dijo Jimmy, y bajó de un salto los escalones con «Lucky» siguiéndole los pasos—. ¿Dónde está Lotta? A ella también le gustaría venir.

Lotta estaba practicando en la pista. Tenía allí a «Belleza» y galopaba dando vueltas por el anillo, en pie, airosamente sobre el lomo del animal, Cuando su padre gritaba ¡hup!, ella daba un salto en redondo y se quedaba mirando hacia la cola del caballo. Cuando él gritaba de nuevo, ella daba otra vez la vuelta en redondo. Resultaba maravilloso verla.

—Lotta, ¿te falta mucho para acabar? —gritó Jimmy—. Oona va a visitar a su prima y yo voy a ir con él.

—Yo iré también —dijo Lotta saltando ágilmente desde el lomo del caballo. Se volvió hacia su padre—: ¿Puedo ir ahora, Laddo? —preguntó.

Llamaba a su madre Lal, y a su padre Laddo, como todo el mundo hacía.

—Sí, puedes ir —respondió Laddo—. Deja aquí a «Belleza». Quiero que trote por el redondel con los demás caballos. Es una ayuda para ellos por ser tan listo.

Lotta y Jimmy corrieron en busca de Oona. Le preguntaron por su prima.

—¿Quién es? ¿Qué hace? ¿Es domadora?

Oona se echó a reír.

—Bueno, no es exactamente domadora. Tiene loros.

—¡Loros! —exclamó Lotta—. ¡Oh, me encantan los loros! ¿Qué hacen los de ella? ¿Los saca a la pista?

—Desde luego —repuso Oona—. Hablan, recitan y cantan una canción a coro. Uno de ellos, se me ha olvidado el nombre, es muy listo realmente. Sabe sujetar un cepillo entre las garras y cepillarse la cresta. Sabe también bailar una sencilla danza mientras la música toca y los demás cantan.

—¡Espléndido! —opinó Jimmy—. Eso debe de resultar muy divertido. Yo nunca he tratado con pájaros antes. Me pregunto si me gustarán tanto como los demás animales.

Oona miró a Jimmy y se echó a reír.

—¡Oh, ya verás como todos los loros de Madame Prunella te dejarán hacer lo que quieras con ellos! —anunció—. Tienes el don de saber tratar a todas las criaturas vivientes, Jimmy, y con los loros te pasará lo mismo.

Subieron a un tranvía y se adentraron en el corazón de Bigminton. Llegaron a una casita destartalada con un cartel en la ventana: «Se alquilan habitaciones». Cuando llamaron a la puerta, un coro de chillidos se alzó en el aire desde el interior de la casa.

Luego, una voz profunda habló:

—Entre, límpiese los pies, cierre la puerta y diga cómo está usted.

Jimmy se quedó atónito. Pensó que aquél era un saludo muy raro. No estaba seguro de que le gustara Madame Prunella si les hablaba de esta forma. Lotta le vio la cara y se echó a reír.

—Quien ha hablado no es su prima, ¿verdad? —le preguntó a Oona—. Es uno de los loros, ¿no es así?

—Desde luego —respondió Oona, y abrió la puerta. Otra voz cantarina gritó en forma de pregón:

—¡Aquí viene el deshollinador! ¡El deshollinador! ¡El deshollinador! Lávate la cara, querido mío, lávate la cara.

Los niños se echaron a reír. Comprendían que se trataba de otro loro. ¡Qué divertido! Entraron todos en una habitacioncita y Oona besó a una mujer bajita y gorda que había allí. Estaba vestida con una bata, cosiendo, y en torno a ella había casi una docena de loros, algunos grises y rojos, otros de los colores más brillantes imaginables.

—Buenos días —dijo ella—. Excusadme que no me ponga en pie, pero no sé dónde he puesto los zapatos esta mañana y ahora hay alfileres por todas partes. Se me cayó la caja de alfileres y no me atrevo a levantarme de la silla para buscar mis zapatos por miedo a pincharme los pies.

Los niños miraron a la bajita mujer de mejillas gordezuelas y sintieron una gran simpatía por ella. Tenía los ojos pequeños y casi enterrados en sus regordetas mejillas, pero brillaban y chispeaban como perlas azules. Su cabeza era una masa de apretados rizos negros. Un loro estaba posado en su hombro cantando una suave cancioncilla, y los demás hablaban y chillaban en torno. Era más bien como estar en la jaula de loros del parque zoológico. Había que hablar a gritos, pues de otra manera era imposible entenderse.

—Ésta es Lotta y éste es Jimmy —gritó Oona a su prima.

—¡Ah, ya he oído hablar de Jimmy y de su maravillosa perra «Lucky»! —dijo Madame Prunella, sonriendo—. ¿Dónde está la perra?

—La he dejado con mi madre —repuso Jimmy—. No me gusta llevarla por sitios donde hay mucho tráfico. Ya la verá usted si se incorpora al circo del señor Galliano. Espero que lo haga, Madame Prunella. Me gustaría llegar a conocer algunos pájaros. Hasta ahora sólo he tratado con otros animales.

—Mis loros no se dejarían tratar nunca por alguien que no fuese yo —dijo Madame Prunella orquillosamente—. Los he amaestrado yo sola, yo sola los he cuidado, y ninguno se dejaría tratar por un desconocido.

Mientras hablaba, un gran loro levantó su cresta muy alta y habló con voz profunda:

—Huevos y tocino, jamón y queso, café y bizcochos —anunció, y luego, muy solemnemente, avanzó por el filo de la librería donde estaba posado y rozó su gran pico curvo contra la mejilla de Jimmy.

Madame Prunella se quedó mirando con la mayor sorpresa.

—¡Vaya con «Gringle»! —exclamó—. ¡«Gringle», estás haciéndole cariñitos a Jimmy! Eso no se lo has hecho nunca a nadie. ¿Qué te ha pasado?

—Jamón y lengua, tomates y huevos, caramelos y chocolate —dijo el loro, y dio un salto hasta el hombro izquierdo de Jimmy.

Allí abrió el pico y soltó un grito tan terrorífico, que Lotta dio un salto y Jimmy se asustó tanto que corrió al otro extremo de la habitación. El loro huyó volando de su hombro, se posó en la parte superior de la cortina y se echó a reír exactamente igual que un niño travieso que hubiese gastado una broma.

Todo el mundo se echó a reír también.

—¡Oh Jimmy, qué asustado parecías! —comentó Lotta.

—Y tenía motivos para estarlo —replicó Jimmy, indignado—. Gritar como un tren expreso en mi oído.

—Setas y champiñones —canturreó el loro rascándose la cabeza.

—Ese loro parece que no piensa más que en la comida —comentó Jimmy.

Madame Prunella se quedó mirando a Jimmy.

—«Gringle» no se ha comportado nunca así —explicó—. Jimmy, acércate a los demás loros y mira a ver si te frotan con la cabeza o te hablan. Ten cuidado con aquel

verdirrojo que está allí; tiene muy malas pulgas y podría herirte la mano con el pico. Ve despacio.

A Jimmy no podía haber cosa que le diera más satisfacción que eso de acercarse a los loros. Lotta lo miraba orgullosamente. Sabía mejor que nadie lo maravilloso que era Jimmy con todos los animales. Lo había visto incluso con tigres feroces. Lo había visto con osos y monos. Sabía cómo lo adoraban los perros y los caballos. Sabía que los loros se harían amigos suyos inmediatamente.

Y así ocurrió. Tan pronto como los grandes pájaros comprendieron que Jimmy quería ser amigo suyo, se agruparon alrededor de él farfullando, gritando y parlotando. Dos se posaron en sus hombros. Uno trató de posarse en la cabeza. Los demás volaban en torno a él, haciendo todo un ventarrón con sus grandes alas.

Jimmy se echó a reír.

—Me gustan —dijo—. Son unos pájaros muy inteligentes, Madame Prunella. ¡Oh, por favor, venga a incorporarse a nuestro circo y permítame ayudarla a cuidar de sus loros! Me gustaría llegar a conocerlos bien.

—Bueno, yo estaba pensando incorporarme al circo del señor Filipino —repuso Madame Prunella—, pero como mi primo está con el señor Galliano y tú estás también allí, Jimmy, iré con vosotros. Me gustaría que tuvieses trato con mis loros; tal vez pudieras enseñarles algunos trucos nuevos.

Jimmy resplandeció. Sería divertido tener en el circo a la bajita y regordeta Madame Prunella. Parecía una persona muy cómica y de buen humor.

Pero de pronto tuvo otra impresión de ella, una visión que sorprendió muchísimo a él y a Lotta. Se había puesto en pie para agarrar a uno de sus loros y pisó uno de los alfileres derramados por todo el suelo. Lanzó un chillido exactamente igual que uno de sus loros, levantó el pie y bailó irritadamente a pata coja, pinchándose con más alfileres en el otro pie.

Madame Prunella tuvo un ataque de furor. ¡Y vaya ataque! Chillaba, gritaba, vociferaba, y todos los loros, como puestos de acuerdo, volaron hasta ponerse lo más lejos posible de su dueña. Ella agarró el tapete y lo ondeó airadamente. Encontró una escoba y corrió hacia los dos niños como si quisiera barrerlos de la habitación. Estaban muy asustados.

—Vámonos —dijo Oona, sonriendo—. Prunella tiene uno de sus ataques. Se le pasará con la misma facilidad con que le ha entrado, pero es más seguro marcharse cuando está así.

Los niños corrieron por el senderito que llevaba a la verja. Podían oír los gritos y los chillidos de los loros detrás de ellos. «Gringle» estaba pregonando con toda su voz:

—¡Pimienta y mostaza, pimienta y mostaza!

—¡Caramba! Pimienta y mostaza es lo más apropiado cuando Madame Prunella pierde los estribos —comentó Jimmy—. ¡Qué persona más divertida! Me resulta

simpática aunque le den ataques, y me gustan los loros. Espero que se incorpore al circo y venga con nosotros.

Se descorrió una cortina y se abrió una ventana. Madame Prunella se asomó sonriente.

—Decidle a Galliano que iré mañana —gritó—. A eso de las doce.

Como un chaparrón de abril, el ataque de malhumor de Madame Prunella había desaparecido. «Gringle» estaba encima de su hombro rozándose contra su oreja.

—Azúcar y especias —gritaba—. Azúcar y especias.

—Desde luego vamos a divertirnos con Madame Prunella —pronosticó Oona, sonriendo.

Y tenía razón.



CAPÍTULO III

MADAME PRUNELLA FORMA PARTE DEL ESPECTÁCULO

Jimmy y Lotta le contaron a la señora Brown todo lo relativo a Madame Prunella, sus loros y sus ataques, la señora Brown se mostró divertida.

—Bueno, si los loros se incorporan a este circo habrá más chácharas aún —dijo sonriendo a los niños, quienes habían estado hablando los dos a la vez—. Jimmy, Lal ha estado llamándote. Quiere que vayas a ver los perros.

Parte del trabajo de Jimmy consistía en ayudar a cuidar de los perros amaestrados, y ésa era una cosa que le gustaba. Todos los perros adoraban a Jimmy, y cuando él se acercaba a la jaula, todos se apretaban contra la alambrada, algunos poniéndose en pie sobre las patas traseras, para llegar más cerca de él. «Lucky», su propia perra, corría pisándole los talones, pues Jimmy nunca habría permitido que la encerrasen en una jaula, por cómoda que fuera ésta.

—Oye, Jimmy, sería divertido irritar de vez en cuando a Madame Prunella para que le diese algún que otro ataque, ¿verdad? —propuso Lotta—. Resultaba muy divertido, ¿no crees?

—Sí —respondió Jimmy mientras lavaba los platos de los perros—. Pasamos un buen rato con ella. Oye, Lotta, seca estos platos. Seguramente también tú puedes hacer un poco de trabajo.

—He hecho mi trabajo esta mañana —replicó Lotta con tono de cansancio—. He limpiado a «Belleza» y he hecho ejercicios con él; y he practicado en la pista. Este trabajo te corresponde a ti, no a mí.

Jimmy la agarró por una de sus diminutas y rosadas orejas y tiró de ella hasta donde estaba colgado un trapo limpio.

—No te consentiré ninguna tontería —anunció—. Iré a ver al señor Galliano y le diré que no quiero que compartas mi turno de esta noche en la pista.

Lotta se zafó riéndose. Ella y Jimmy eran muy buenos amigos, aunque a menudo discutían acaloradamente. Empezó a secar los platos.

—¿No hace mucho viento aquí? —preguntó—. Ya sabes que no estamos muy lejos del mar, Jimmy. Podríamos ir y bañarnos una tarde.

—Puedo oler el mar en el viento —dijo Jimmy, husmeando—. Espero que la brisa no se haga más fuerte. Bastante están flameando ya las tiendas.

«Jemima», la mona, se acercó furtivamente. Arrebató el paño de cocina a Lotta y escapó con él. Lotta lanzó un grito de rabia y corrió detrás del animal. La diminuta

mona era terriblemente traviesa y le gustaba burlarse de Lotta. Saltó al techo del carromato de Jimmy y ató el paño alrededor de la humeante chimenea.

—¡Espera a que te atrape! —gritó Lotta.

La mona saltó del tejado del carromato y se subió a un árbol, desde donde se puso a reír y a charlar mirando a los niños. El paño ondeaba con fuerza en la chimenea con gran asombro de la señora Brown, quien en aquellos momentos volvía de hacer sus compras, y allí permaneció hasta que Jimmy trepó y lo bajó, negro y ahumado.

El circo tuvo un buen estreno. El Señor Wally y su maravilloso chimpancé «Sammy» asombraron a todo el mundo y tuvieron que repetir varias veces su número y saludar continuamente al público. A «Sammy» le encantaban los aplausos y los vítores. Se quitaba el sombrero y saludaba frenéticamente, lo que hacía que todo el mundo vitoreara aún más.

Los caballos y su hermosa danza eran siempre del gusto de todos. Lal y Laddo aparecían magníficos en sus trajes de circo, cabalgando sus caballos, lustrosos y brillantes bajo las deslumbradoras luces del circo. También los perros fueron aplaudidos, y realmente se mostraron muy listos en su manera de caminar, saltar, jugar a la pelota, llevar banderas y hacer toda clase de habilidades. Lal y Laddo les daban palmaditas y los recompensaban con palabras cariñosas y bizcochos, y los felices perritos movían las colas como hojas que ondearan al viento.

Lotta y Jimmy, quienes eran conocidos con el sobrenombre de «los dos niños maravillosos», siempre conseguían largos y ruidosos aplausos y vítores, porque la perrita «Lucky» y el caballo «Belleza» eran maravillosos trabajando. Cuando «Lucky» saltaba a lomos de «Belleza» y pasaba por un aro de papel tal como había hecho Lotta, los vítores casi derribaban el toldo del circo. Era una gran diversión, y tanto los niños como los animales gustaban mucho de aquel rato.

Los niños tenían que acostarse muy tarde cuando el circo estaba en funcionamiento, pero ya se habían acostumbrado a ello. La señora Brown se cuidaba de que Jimmy fuera directamente a la cama en lugar de charlar y reír con los demás miembros del circo después de la función, y le había dicho a Lal, la madre de Lotta, que también ella debía preocuparse de que su hijita hiciera lo mismo.

—Gracias —dijo Lal—. Tengo que preocuparme de los caballos y de los perros con Laddo, por lo cual, si me hace usted el favor de cuidarse de que Lotta vaya tranquila a la cama en lugar de ir de un lado a otro hasta medianoche, se lo agradeceré mucho.

Madame Prunella no se incorporó al circo hasta pocos días después. Envió recado para decir que uno de sus loros se había puesto enfermo, pero que ella esperaba llegar antes del fin de semana. Los niños estaban encantados. Se encaramaron a la verja del campo hacia la hora aproximada en que se esperaba a Madame Prunella, y por fin vieron llegar su carromato. Era un vehículo muy alegre.

Era de un color naranja brillante, con ruedas azules, y el caballo que tiraba de él tenía la crin adornada con cintas azules y anaranjadas, y también la cola la tenía

adornada. Era un viejo caballo de circo y resultaba emocionante ver su delicia al husmear los antiguos olores de la pista. Les relinchó a los demás caballos, y éstos le correspondieron.

—¡Qué charlas deben de estar teniendo sobre sus viejos tiempos! —dijo Jimmy mientras desenganchaba el caballo de Madame Prunella y lo llevaba adonde estaban los demás—. Ya estás aquí; viejo muchacho; toma una buena ración de cebada y cuenta cosas de todos los circos donde has estado.

Madame Prunella estaba fuera, al sol, junto a las alcándaras de sus loros. Cada loro estaba encadenado por la pata a su alcándara, y todos chillaban y silbaban a plena voz. Madame Prunella les rascaba la cabeza y ellos parloteaban felizmente.

—Sardinas y arenques —le dijo «Gringle» con toda solemnidad a Jimmy—. Sardinas y arenques.

—Salsa y escabeche —contestó Jimmy con una voz igualmente solemne.

«Gringle» avanzó una pata y Jimmy y el loro se dieron la mano.

—«Gringle», desde luego, se ha hecho amigo tuyo —dijo Madame Prunella—. Pero recordad lo que os he dicho, niños: nada de jugar con mis loros, por favor, o terminaremos enfadados.

«Jemima», la mona, se acercó, y los loros soltaron grandes chillidos. «Jemima» sonrió con una mueca burlona y se puso a parlotear a su vez. Se quitó el sombrerito y lo colocó en la cabeza de uno de los loros. El pájaro se lo quitó, irritado, y lo arrojó al suelo.

—Tendrá usted que decirle también a «Jemima» que no juegue con los loros —indicó Jimmy con una sonrisa—. ¡Dios mío, qué escándalo arman! Ya me imagino los dolores de cabeza que va a tener mi madre todo el día. Será mejor que lleve mi carromato un poco más lejos.

—Niños, mis loros saben estar tan callados como peces —replicó Madame Prunella con los ojos chispeantes. Se volvió hacia sus brillantes pájaros—: ¡Silencio! —ordenó—. ¡Silencio! ¡El niño está dormido!

Inmediatamente, todos los loros se callaron. Jimmy y Lotta miraron en torno buscando al recién nacido. No pudieron ver a ninguno, en ninguna parte.

—No se trata de un niño de verdad —explicó Madame Prunella—. Es sólo uno de nuestros trucos de circo. Siempre que digo la palabra «niño» tienen que quedarse callados.

La dueña de los loros tenía un carromato muy sucio. Olía a loros y realmente parecía que no hubiese sitio para otra cosa que una cama para ella y un fogón dentro del carromato. El resto de la habitación estaba ocupado por jaulas o alcándaras. Prunella amaba a sus loros tanto como el señor Wally a su chimpancé, y no quería separarse de sus animales favoritos ni siquiera por la noche. Jimmy había visto a menudo a «Sammy», el chimpancé, durmiendo pacíficamente en su catre frente al catre del señor Wally en el carromato de éste. No podía imaginarse que Madame Prunella pudiera soportar dormir con doce loros.

«Sin embargo, yo tampoco dejaría que “Lucky” durmiera en otro liado sino conmigo —pensó—. Claro que si Madame Prunella quiere a sus loros como yo quiero a los perros, debe de sentir lo mismo que yo».

Madame Prunella sacó sus loros a la pista aquella noche. Tuvieron un éxito enorme. Jimmy apenas podía creer a sus oídos al escuchar las cosas que sabían decir y cantar.

Todos sabían rimas infantiles y contar y recitar el alfabeto. «Gringle» podía enumerar los nombres de toda clase de alimentos, y «Pola», otro loro gris y rojo, sabía recitar largos poemas. Cuando cantaban juntos, era realmente algo muy gracioso, pues aunque se sabían muy bien la letra, no siempre llevaban el compás, y la banda que tocaba la música para ellos había de ir unas veces despacio y otras veces aprisa para guardar el compás con las voces ásperas y ruidosas de los loros.

«Gringle» sabía también silbar y su habilidad más notable era la imitación que hacía de toda clase de ruidos.

—Ahora, «Gringle», dinos cómo hace un aeroplano —pedía Madame Prunella, que estaba muy regordeta y bonita con una brillante falda azul y oro y un jubón, con plumas doradas ondeándole en los cabellos.

«Gringle» hinchó la garganta, abrió su pico, y de éste salió el ruido zumbador de un motor de aeroplano. Era maravilloso.

—Y ahora quiero un helado, «Gringle» —dijo Madame Prunella—. ¿Dónde está el heladero?

El sonido de la campana de un heladero resonó en la pista. Jimmy miró en torno sorprendido; seguramente no habrían permitido que el heladero entrase en la pista. Pero no era más que «Gringle», que hacía el ruido exacto de la campana del triciclo.

—Ahora es noche de fuegos artificiales. Los fuegos artificiales están funcionando, «Gringle» —gritó Prunella, y de la garganta del inteligente loro salieron los ruidos de estampidos y explosiones, silbidos y cohetes, porque a todo el mundo le gustan los fuegos artificiales de las ferias.

Realmente era extraordinario.

«Gringle» sabía llorar como un recién nacido, aullar como un lobo y maullar como un gato. Jimmy y Lotta pensaban que debía de tratarse del loro más inteligente del mundo.

Cuando la gente vitoreaba, gritaba y aplaudía, los loros se volvían locos de júbilo. Danzaban de un lado a otro de sus alcándaras y chillaban ruidosamente por encima del trepidar de los aplausos.

—¡Silencio! ¡El niño está dormido! —dijo Prunella, e inmediatamente todos los loros se callaron. Saludaron solemnemente dando la vuelta al anillo y luego, revoloteando alrededor de Madame Prunella, fueron sacados de la pista.

—Madame Prunella: estamos orgullosos de tenerla a usted aquí —dijo el señor Galliano, encantado, bien ladeado su sombrero—. Su número es bueno, muy bueno, sí. Ganaremos mucho dinero en Bigminton.

Y así fue. El dinero afluía a raudales y el señor Galliano iba silbando por el campamento del circo, pagando a todos muy bien y diciéndoles que iban a permanecer otra semana en aquel campamento ventoso junto al acantilado, los niños estaban encantados. Habían descubierto un corto camino para llegar a la playa, donde se bañaban y chapoteaban todas las tardes.

—Se está bien aquí —dijo Jimmy—. Espero que pasemos otra buena semana, Lotta. No veo por qué no habríamos de hacerlo.

Pero la semana siguiente no fue en modo alguno tal como todos habían esperado.



LO QUE SUCEDIÓ EN UNA NOCHE DE VIENTO

La segunda semana empezó bien. El tiempo no era ya tan bueno y el viento soplaba con más fuerza, pero esto no parecía ser obstáculo para que la gente de Bigminton acudiera a ver el famoso circo del señor Galliano. Éste se compró un nuevo y espléndido traje de circo que brillaba tanto, que Lotta casi se quedaba ofuscada mirándolo.

—¿No tiene un aspecto espléndido ahí en medio de la pista chasqueando su látigo de esa manera? —decía Jimmy admirativamente—. Un día yo seré propietario de circo. Apareceré como director de pista con sombrero de copa, botas altas y un traje deslumbrante, chasqueando un látigo hasta que suene como un pistoletazo.

—Me gustaría que cesara este viento —dijo Lotta apretándose la chaquetilla alrededor de los hombros—. Hace muchísimo frío cuando sopla. Tampoco a los animales les gusta esto.

Jimmy había notado eso con frecuencia en los animales. Se mostraban inquietos y desasosegados cuando el viento soplaba con fuerza. Los extraños ruidos que el viento causaba, restallidos y golpes, silbidos y quejumbres, hacían que los animales tuviesen siempre empinadas las orejas mirando aquí y allá.

Los caballos relinchaban y salían de estampida cuando el viento rugía a través del campamento. Los perros aullaban y gruñían. Los monos se sentaban tiritando todos juntos en el carromato de Liliput. Sentían frío y estaban asustados; incluso «Jumbo», el elefante, ondeaba sus grandes orejas, molesto cuando el ventarrón silbaba alrededor de su enorme cabeza.

A «Lucky» no le importaba el viento. No le importaba nada mientras pudiese estar con Jimmy. Pero «Belleza», el caballo, miraba en torno con ojos sorprendidos cuando el viento le golpeaba la cola y lanzaba algún pedazo de papel contra sus hermosas patas. Relinchaba reclamando la presencia de Lotta, y ésta iba a consolarlo y tranquilizarlo.

—Es sólo el viento —le decía—. No tengas miedo, «Belleza». Mira como me sopla los rizos, y a mí no me importa. Mira como me hace ondear el vestido: es sólo el viento.

Llegó la última noche del circo. El viento se había convertido en galerna y todos los animales estaban nerviosos e inquietos. El señor Galliano se preguntaba si podría suspender la función la última noche, pero era difícil colocar carteles en la ciudad para anunciárselo así a la gente. El circo tenía que abrir y hacer todo lo que pudiera.

Acudió muchísima gente, y pronto el gran entoldado de la pista estuvo lleno. El redondel tenía una capa de serrín y la banda ocupó su lugar. Fuera, el viento rugía sin cesar, ahogando a veces incluso el sonido de la música de la banda. Todos los miembros del circo calculaban que se pondrían muy alegres si la función terminaba bien, porque los caballos y los perros se mostraban nerviosos y desobedientes. «Sammy», el chimpancé, era muy difícil de manejar. Poco antes de tener que hacer su entrada en la pista se fue a un rincón y se quitó todas las ropas.

—¡«Sammy», qué pesado te pones! —gritó el señor Wally—. Jimmy, ven y ayúdame a vestirlo, rápidamente. Lo que le pasa es que le molesta mucho el viento. Hizo esto mismo una vez, antes de una tormenta.

Consiguieron vestir a «Sammy», pero se mostraba tan revoltoso, que perdió su turno en la pista y hubo de salir más tarde. Aun así, hizo un mal trabajo y el señor Wally estaba muy avergonzado de él. Una de las habilidades del chimpancé consistía en montar en una bicicleta y dar vueltas por el redondel moviendo su sombrero para decir adiós y luego salir de la pista de esa manera.

Pero no quería salir. Seguía dando vueltas y más vueltas por el redondel haciendo extraños ruidos. Le arrojó el sombrero al señor Wally y casi lo golpea cuando el domador lo obligó a bajar de la bicicleta. Pero finalmente Jimmy acudió a ayudar y, entre los dos, consiguieron que saliese el chimpancé de la pista y entrara en su jaula.

El viento seguía aullando alrededor de la gran tienda. Las cuerdas que sujetaban la fuerte lona crujían y la lona ondeaba y restallaba. Una o dos veces, el señor Galliano miró inquieto las paredes de lona de la tienda y, con gran sorpresa por parte de Jimmy, abrevió dos o tres de los números y no permitió que Lotta saliese a la pista. La niña se enfadó mucho, pero no se atrevió a expresar su desagrado en presencia del señor Galliano.

El jefe de pista tenía el sombrero completamente derecho, cosa que únicamente sucedía cuando estaba preocupado. Lal y Laddo, el señor Volla y el señor Wally parecían estar preocupados también. Sólo cuando un animal está asustado, el domador encuentra difícil manejarlo.

«Lucky» corría tras los talones de Jimmy manteniéndose muy cerca de él. Sabía que la gente estaba preocupada. Cuando el señor Galliano puso fin a la función media hora antes de lo normal, Lotta y Jimmy enarbolaron linternas para que la gente que se marchaba pudiera ver su camino en el campamento barrido por el ventarrón.

Y no habían hecho más que irse todos cuando ocurrió una, cosa sorprendente y alarmante. La galerna arrancó la tienda grande en que estaba la pista del circo.

Con un seco estallido, saltaron las cuerdas, y, con ruidoso ondear y crujir, la enorme tienda, tan cuidadosamente levantada por el padre de Jimmy y los demás hombres, fue arrancada del suelo.

«Jumbo», el elefante, barritó aterrorizado, pero estaba sólidamente encadenado por una pata trasera a un gran árbol y no podía huir. El señor Tonks corrió junto a él inmediatamente.

Los caballos estaban todos a salvo en sus cuadras, de viaje, porque Lal y Laddo no querían dejarlos fuera con un ventarrón así. También los perros estaban a salvo en sus jaulas, con las puertas laterales cerradas sólidamente. «Sammy» estaba con el señor Wally en su carromato, bebiendo leche caliente y comiendo plátanos.

Pero el señor Volla y sus cinco osos iban caminando juntos en medio de la oscuridad por el campamento barrido por el huracán hacia su jaula cuando la gran tienda blanca se alzó en el aire y revoloteó sobre la hierba. Los osos vieron la gran cosa blanca que se acercaba y se aterrorizaron. No podían imaginarse lo que sería aquello. El señor Volla sabía que no era más que la tienda y tiró rápidamente de las gruesas cuerdas con que guiaba a los osos. La tienda no les cayó encima y se detuvo a alguna distancia, pero los osos aullaron asustados. Dos de ellos, «Dobby» y «Grizel», rompieron las cuerdas que los sujetaban y corrieron gruñendo por el campo.

—¡Socorro, socorro! —gritó el señor Volla—. Se me han escapado dos osos. ¡Jimmy, Brownie, Wally! ¿Dónde estáis? Hacedos cargo de mis osos para que yo pueda correr tras los demás.

Jimmy le oyó gritar, e inmediatamente él y «Lucky» corrieron a ayudar al señor Volla. Brownie, el padre de Jimmy, corrió también y pronto llevaron tres asustados osos a sus jaulas mientras el pobre señor Volla corría frenéticamente por el campo llamando a gritos a su querido osezno «Dobby» y al oso mayor «Grizel».

Todo el personal del circo acudió a ayudar. Los setos, los taludes y las zanjas fueron cuidadosamente registrados, y con linternas estuvieron alumbrando toda la parte que daba al acantilado. El señor Volla decía los nombres de sus osos a voz en grito, pero no aparecían.

Y luego ocurrió otra cosa. La gran tienda, después de revolotear por el campo, se posó con mucha suavidad justamente encima del techo del carromato de Madame Prunella. Ella estaba a salvo en el interior con sus loros y tenía todas las ventanas cerradas. Los loros, asustados por el vendaval, silbaban ruidosamente y ella los dejaba chillar. A otras personas podrían no gustarles las ásperas voces de sus loros, pero para Madame Prunella eran tan dulces como el canto de alondras o ruiseñores.

La señora Prunella no sabía que la tienda se había posado sobre su carromato. No podía oír más que a sus loros. Los pájaros comprendieron que algo extraño había sucedido y chillaron y gritaron más que nunca.

Nadie notó que la tienda había caído sobre algo. El padre de Jimmy, que era el carpintero y hombre de faena del circo, vio únicamente que la tienda se había detenido por fin y con toda rapidez la afianzó donde estaba con la intención de examinarla a fondo por la mañana. Estaba agradecido por el hecho de que no hubiera salido volando cuando la gente de Bigminton permanecía dentro.

Nadie sospechaba que el carromato de Prunella estaba oculto debajo de la tienda. Reinaba una gran oscuridad y sólo el gran bulto blanco de la enorme tienda podía verse débilmente a la luz de las linternas. Así, pues, dejaron la tienda allí, con el carromato de Madame Prunella debajo, hasta por la mañana.

Todo el mundo estaba preocupado por los osos. El señor Galliano sabía muy bien lo que podría ocurrirles a animales escapados de un circo. Los matarían a tiros sin ningún género de dudas. Jimmy sabía eso también. Recordaba que en cierta ocasión «Sammy», el chimpancé, se había escapado y cómo él, Jimmy, se las había arreglado para encontrar y salvar a «Sammy» antes de que lo mataran.

Fue a buscar a Lotta. La niña estaba con «Belleza», que temblaba muy nervioso y se mostraba agitado al oír tantos gritos.

—Lotta, ¿quieres venir conmigo? —propuso Jimmy—. Voy a buscar los osos del señor Volla. «Lucky» puede seguirles la pista si yo se lo pido, estoy seguro, y si conseguimos dar pronto con su rastro, podremos traerlos de vuelta antes de que sean matados a tiros por alguien que no sepa que son inofensivos animales de circo.

—Pueden ser inofensivos en el circo, Jimmy —objetó Lotta—, pero cuando están lejos de nosotros, asustados y solos, puede que no sean tan inofensivos. Incluso podrían atacar a alguien. Está bien, iré. Dame tiempo para poner a salvo a «Belleza» en su cuadra.

Se alejó. Jimmy se dirigió a la jaula de los osos y llevó a «Lucky» al montón de paja donde solía dormir «Dobby».

—Huélelo, «Lucky», huélelo —ordenó Jimmy apretando la afilada nariz de su perra contra la paja—. Después lo seguiremos. ¿Dónde está «Dobby»? ¿Dónde está ese oseño, «Dobby»?

«Lucky» ladró gozosamente. Le tenía simpatía a «Dobby», el cómico y torpón oseño. «Dobby» y ella jugaban muy a menudo juntos, y aunque el oso era pesado y robusto, siempre se mostraba muy suave con la perrita.

«Lucky» husmeó ávidamente y luego Jimmy la llevó al sitio donde se habían escapado los osos. «Lucky» pegó la nariz a tierra y después, con un ladrido, salió corriendo por el campo. Había encontrado el rastro de «Dobby».

—¡Eh, «Lucky», vuelve aquí! —gritó Jimmy mirando atrás para ver si venía Lotta—. Déjame que te ponga la correa. No puedo verte ni seguirte si te marchas a la carrera de un modo así.

«Lucky» volvió. Apareció Lotta, vestida con un espeso abrigo y una bufanda, pues el viento era todavía fuerte y crudamente frío. Le alargó a Jimmy una bufanda de lana.

—Vamos —dijo—. Tu madre le ha dicho ya a Galliano que no conseguía encontrarte, y si Galliano empieza a llamarnos a gritos tendremos que acudir. ¡Date prisa antes de que nos echen de menos!

Así, a través de la noche oscura y ventosa, los dos niños siguieron a la perrita «Lucky». Ésta iba de guía y tiraba de la correa mientras olfateaba el fuerte rastro dejado por los dos osos fugados.

—Espero que no hayan ido demasiado lejos —dijo Jimmy ansiosamente—. ¡Dios sabe dónde podrían estar por la mañana!

—Dondequiera que sea, allí estaremos también nosotros —prometió la valiente Lotta—. Me llevaré andando toda la noche si de ese modo podemos recobrar a los osos antes de que suceda algo.



LA BÚSQUEDA DE LOS OSOS

Los dos niños siguieron avanzando a través de la oscura noche ventosa, guiados por «Lucky», que tiraba fuertemente de la correa. El viento todavía era muy fuerte y convertía las nubes en jirones, pero de vez en cuando la luna brillaba y los niños podían ver dónde estaban.

—Oye, «Lucky» nos está llevando a la playa —indicó Jimmy ansiosamente—. Dios quiera que los osos no hayan ido allí.

Pero indudablemente habían ido, porque «Lucky» seguía el rastro en aquella dirección. Con la nariz pegada al suelo, olfateaba las pisadas de los dos osos y gemía un poco porque no la dejaban ir tan aprisa como quería.

Los dos niños empezaron a bajar por un rocoso sendero abierto en el acantilado, y cuando la luna salió un momento, Jimmy lanzó un grito y señaló al suelo.

—¡Mira! —exclamó—. ¿Ves las huellas de las garras de «Dobby» y «Grizel»? Fíjate con qué fuerza han clavado sus garras en el sendero para no resbalar.

Los niños llegaron a la playa. Miraron en torno preguntándose si podrían ver a los osos en alguna parte. La luna barrió las nubes en aquel momento y pudieron ver el rastro de huellas que seguían por la arena.

—¡Vamos! ¡Han avanzado por este camino! —gritó Jimmy, complacido—. Alégrate, Lotta: puede que los encontremos al dar la vuelta a aquel recodo del acantilado.

Siguieron ávidamente las huellas y dieron la vuelta a la punta del rocoso acantilado. «Lucky» volvió a tirar de la correa, y los niños se dejaron conducir adonde quería ir la perrita. No podían ver las huellas, porque la luna había vuelto a ocultarse detrás de las nubes, pero «Lucky» podía seguir oliendo el rastro.

Dieron la vuelta al acantilado. De pronto, una gran ola rompió en la playa y mojó a Jimmy de pies a cabeza. El niño miró, alarmado, el mar oscuro y enfurecido.

—Oye, Lotta, me pregunto si deberíamos haber dado la vuelta al acantilado. Si la marea sube, no podremos volver atrás.

—¡Cielo santo! —exclamó Lotta, asustada—. ¡Qué tontos hemos sido! Desde luego, la marea está subiendo. Jimmy, ¿qué vamos a hacer? ¿Crees que podremos volver? En este sitio, el mar llega justo hasta el acantilado cuando la marea está alta. Podemos encontrarnos con el camino cortado si no nos volvemos rápidamente y damos la vuelta a esa esquina.

La luna asomó de nuevo, y el mar, inquieto, se agitó bajo la luz plateada. Otra gran ola llegó rizándose por la playa, y los niños saltaron a una roca para escapar a su

embestida. Jimmy miró atrás.

—Ya tenemos cortada la retirada —dijo, consternado—. Mira, la marea ha rodeado ya aquel rincón de rocas. No podremos volver. Nuestra única esperanza es subir a lo alto del acantilado por aquí.

—Pero ¿adónde habrán ido los osos? —preguntó Lotta, quien casi se había olvidado de ellos con la preocupación del momento.

—Dios lo sabe —gruñó Jimmy—. Me temo que hayan perdido pie y se hayan ahogado. Y lo mismo nos sucederá a nosotros y a «Lucky» si no subimos todo lo aprisa posible al acantilado. ¡Vamos, «Lucky», date prisa! Mira, Lotta, ahí viene otra enorme ola.

Los niños empezaron a subir al acantilado que había frente a la playa. Estaba resbaladizo, y, cuando la luna se ocultaba, era difícil adivinar el sitio mejor para trepar. Era además un trabajo lento, y a medida que la marea iba subiendo, mojados dedos de espuma llegaban al acantilado tratando de agarrar los pies de los caminantes.

—No me gusta el mar cuando se comporta de esta forma —se lamentó Lotta, medio llorando—. Estoy mojada y tengo frío y miedo. Hemos sido unos tontos al venir, Jimmy. No pensamos en la oscuridad y en el viento.

—Bueno, el viento está amainando un poco ahora —dijo Jimmy, ayudando a Lotta a salvar un trozo resbaladizo de roca—. Vamos, ahora parece que el sendero se hace un poco más fácil.

—¿Y hemos de pasar toda la noche en este acantilado tiritando? —preguntó Lotta con tono lastimero, dando diente con diente—. ¡Dios mío, qué preocupados estarán todos! Debe de ser ya muy de madrugada.

Era verdad que el viento estaba amainando. Ya no ululaba ni rugía en torno a ellos como un ser enfurecido. Las nubes empezaban a desvanecerse un poco en el cielo y la luna brillaba con más regularidad.

—¡Mira, allí hay una cueva o algo por el estilo! —exclamó de improviso Jimmy. Había divisado un oscuro hueco justamente encima de sus cabezas—. Veamos si podemos llegar hasta allí, Lotta. Así, por lo menos, estaremos resguardados del viento.

Esperaron a que la luna se dejara ver de nuevo y luego treparon hasta la cueva. La abertura era pequeña, pero lo bastante grande para entrar. Reinaba allí tanta oscuridad, que los niños no podían ver nada en absoluto. Avanzaron a tientas y encontraron un filo rocoso donde sentarse. Era un sitio tranquilo y protegido, pero los niños estaban muertos de frío.

—Creo que nos hemos comportado muy estúpidamente —dijo Lotta, tiritando—. Nos hemos lanzado detrás de los osos sin pensar en nada. ¿Cómo no se nos ocurrió traer una linterna? Además, aquí los dos vamos a pescar un resfriado terrible teniendo que estar sentados toda la noche, y luego no podremos trabajar en la pista y Galliano se enfadará y nos reñirá por ser unos estúpidos.

Los dos permanecieron sentados pensando en el señor Galliano. Era un hombre de muy buen humor cuando las cosas iban bien, pero los dos niños habían tenido con anterioridad algún que otro disgusto con él y sabían que podía enfadarse por lo que habían hecho. ¿Cómo se les había ocurrido ponerse en camino sin decírselo a nadie? Ahora nadie sabría dónde estaban, y la mitad del personal del circo tendría que malgastar la noche buscándolos. Y, lo que era peor, a ninguno se le ocurriría venir a buscarlos en la pequeña cueva a mitad del camino hacia la cumbre del oscuro acantilado.

Lotta tiritaba tanto, que Jimmy llegó a sentirse preocupado por ella. Le puso a «Lucky» en el regazo.

—Acúnala —dijo—. Está caliente, Lotta. Yo te daría mi abrigo, pero está empapado. Me pregunto si habrá aquí en la cueva algunas algas secas. Palparé en torno y veré. Podríamos hacer con ellas una cama.

Se puso en pie y empezó a tantear por la cueva. El interior era muy amplia. Jimmy estuvo palpando, pero no pudo encontrar ninguna clase de algas; sólo piedras y arena en el suelo, y rocas en las paredes.

Y luego los dos niños oyeron en la cueva un ruido muy peculiar. Escucharon. Sonaba exactamente como si alguien estuviera respirando.

—Lotta, ¿oyes ese ruido? —preguntó Jimmy, regresando junto a ella—. ¿Crees que es el viento, o el sonido del mar que sube hasta la cueva?

—No —respondió Lotta, apretándole la mano con fuerza—. Es en la cueva. Pero, ¿qué puede ser? Es curioso que «Lucky» no gruñe ni ladre. Siempre lo hace cuando hay algún desconocido cerca o cuando pasa algo raro.

«Lucky» movía la cola. Se acomodó algo más confortablemente en el regazo de Lotta. La respiración que se oía en la cueva no parecía preocuparla lo más mínimo.

Los niños escuchaban con atención. El ruido proseguía con toda regularidad, como si alguien estuviese dormido y respirase apaciblemente.

—Bueno, voy a ver qué es lo que produce esos ruidos —dijo Jimmy por fin—. No puedo estar aquí más tiempo sentado y preguntándome qué será. Si hay algo en esta cueva, voy a averiguar lo que es. ¡«Lucky», ven conmigo!

—Ten cuidado, Jimmy —rogó Lotta.

Jimmy y «Lucky» caminaron hacia el fondo de la cueva. «Lucky» no ladró ni gruñó en absoluto. Jimmy no comprendía aquello.

Y luego, de improviso, tocó algo caliente, peludo y blando. Dio un salto de sorpresa.

Del montoncito de pieles que estaba en el fondo de la cueva salió un gruñido. Jimmy dio un grito tal que Lotta se cayó del filo de roca donde estaba sentada y se puso a temblar de espanto.

—¡Lotta, Lotta, los osos están aquí! Lo que oíamos era su respiración. ¡Oh, Lotta, hemos encontrado a los osos! Han sido lo bastante inteligentes como para encontrar también esta cueva y guarecerse dentro.

Lotta estaba entusiasmada. Se dirigió al fondo de la cueva y tocó a los osos. Estaban despiertos ahora pero no se asustaron lo más mínimo de los niños. Conocían el olor de éstos y querían a Jimmy y a «Lucky», que a menudo jugaban con ellos. «Dobby», el Osezno ya crecidió, gruñó y frotó su cabeza contra el brazo de Jimmy.

—Bueno, no puede negarse que hemos tenido suerte —dijo Lotta. Se sentó con la espalda apoyada en el peludo oso. Estaba caliente y blando—. Vamos, Jimmy. Recostémonos en los osos. Pronto nos calentarán. Ponte en mi regazo. «Lucky»: así tendré dos bolsas de agua caliente: una en la espalda y otra en mi regazo.

Los niños se recostaron en los soñolientos animales. Éstos eran como cálidas alfombras de piel. A los osos les gustaba sentir a los niños allí. Eran compañía. Hacían que los osos se sintieran a salvo pues habían estado muy aterrorizados por el viento y por la aleteante tienda blanca que parecía haber volado de noche contra ellos.

Y allí, en la cueva del acantilado, durmieron las cinco criaturas toda la noche. «Dobby» y «Grizel», los osos, gruñían y se movían en su sueño, «Lucky» ladró una o dos veces porque soñaba que estaba cazando conejos. Los niños estaban tendidos uno junto a otro, sintiendo el delicioso calor de los peludos cuerpos que tenían detrás. El ruido del mar y del viento no llegaban a la cueva. Todo era paz y silencio.

Pero Jimmy se quedó muy sorprendido al despertar. La luz del amanecer penetraba por la pequeña entrada de la cueva, y durante un momento el niño no pudo imaginarse dónde se hallaba. Luego se puso en pie y se despertó, entumecido como estaba por haber pasado la noche en una cama tan rara. Los osos se despertaron también y «Lucky» saltó del regazo de Lotta y le lamió las manos. La niña se frotó los ojos y miró en torno.

—¡Cielo santo! ¿Dónde estoy? —exclamó. Luego recordó y se le ensombreció el rostro—. ¡Oh Jimmy!, ¿crees que nos habremos metido en un lío? —preguntó—. Regresemos rápidamente con los osos. Quizá no nos hayan echado de menos.

—No creo que tengamos tanta suerte —dijo Jimmy, atisbando fuera de la cueva—. Oye, mira, hay un bote ahí fuera. Quizás estén buscándonos. Salgamos de la cueva con los osos y llamemos al bote. La marea aún cubre el recodo del acantilado.

Así, pues, los dos niños agarraron las grandes zarpas de los osos y, mientras «Lucky» les ladraba a la zaga para que avanzasen, los animales se dirigieron a la entrada de la cueva. Salieron todos, y Jimmy gritó al bote que estaba abajo.

—¡Eh! ¿Quieren ustedes rescatarnos?

Los dos hombres que iban en el bote alzaron la mirada, y sus ojos casi se les salieron de las órbitas cuando vieron a los niños... ¡con dos osos! Se quedaron mirando y mirando.

—Debemos de estar soñando —dijo uno de ellos.

Pero cuando los niños gritaron de nuevo, comprendieron que no era ningún sueño y entonces condujeron su bote más cerca del acantilado. No les importaba rescatar a los niños, pero no tenían la menor intención de hacer lo mismo con los osos.



DE VUELTA EN EL CAMPAMENTO

—Anoche nos sorprendió la marea y no pudimos volver —les gritó Jimmy a los dos asombrados pescadores—. Estaremos con ustedes en pocos minutos.

Los osos descendían torpemente por el acantilado, gruñendo cuando resbalaban. «Lucky» saltaba con toda agilidad, disfrutando muchísimo. Aventuras semejantes no solían ocurrirle a la perrita.

Los niños y «Lucky» llegaron pronto a una roca de la orilla mientras el bote maniobraba al lado. Los hombres lo acercaron más. Asustados y perplejos, se quedaron mirando a los osos.

—¿Cómo han llegado esos osos hasta aquí? —gritó uno de los hombres—. ¿Son osos de circo? ¿Se han escapado?

—Sí; ¿no lo han oído ustedes comentar? —gritó Jimmy, alzando la voz sobre el rugido de las olas—. Se escaparon anoche y les seguimos la pista hasta aquí, pero la marea nos cortó el paso y no pudimos regresar. Por eso nos acostamos con los osos y pasamos la noche en una cueva. Ahora queremos llevarlos de vuelta al circo.

—En mi bote no se mete ningún oso —dijo uno de los hombres firmemente—. Podrían darme un zarpazo.

—No lo harán, puede usted estar seguro —dijo Jimmy, quien no podía imaginarse que alguien tuviera miedo de los osos o de cualquier otro animal—. ¡Oh, déjelos entrar; se escaparían si los abandonásemos aquí!

—Bueno, vosotros sujetad a los osos ahí a popa —accedió por fin el hombre—. Y mira, niño, si uno de esos osos se me acerca, lo arrojo por la borda.

—Sería difícil empujarlo —dijo Lotta riéndose—. Vamos, «Dobby»: vamos, «Grizel». ¡Oh Jimmy!, nos va a costar mucho conseguir que se metan los osos, ¿verdad?

Fue difícil, sobre todo porque ninguno de los dos hombres quiso ayudar en absoluto. Se acurrucaron en la proa y parecían estar verdaderamente asustados. «Dobby», juguetonamente, avanzó una pata hacia uno de los hombres.

—No, «Dobby» —dijo Lotta, haciendo retroceder la garra del oso—. No trates de hacerte el gracioso en un bote.

El oso se sentó y el bote se tambaleó. Luego «Grizel» se embarcó también, casi cayéndose al mar al hacerlo. La perrita «Lucky» fue la última en entrar, y lo hizo graciosamente. De este modo, el bote quedó tan repleto que no cabía un alfiler.

Jimmy tuvo que empuñar los remos, porque ninguno de los dos hombres quería ponerse en el centro del bote para bogar. Los osos, que iban a popa, pesaban tanto que

la proa se alzaba exageradamente sobre el agua.

—Nunca ha llevado este bote una carga semejante —gruñó uno de los hombres—. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de dar un paseo en bote a unos osos?

Jimmy se reía mientras remaba. Estaba contento por poder volver al circo, aunque no podía evitar un sentimiento de incomodidad en su fuero interno al pensar en lo enfadado que estaría el señor Galliano por el hecho de que él y Lotta se hubiesen marchado sin decir una palabra.

—Sin embargo, todo el mundo sospechará que hemos ido en busca de los osos —le dijo el niño a Lotta.

Ella asintió con la cabeza. Estaba cuidándose de tranquilizar a los osos, a quienes no les hacía mucha gracia el cabeceo del bote.

—Espero que no se mareen —dijo Lotta ansiosamente.

Pero el viaje no fue lo bastante largo para que se marease nadie. El bote dio la vuelta a la esquina rocosa del acantilado, donde todavía rompían las olas, y llegó a una ensenada arenosa. Se internó allí y los hombres saltaron fuera. Tiraron del bote hasta la playa y luego se quedaron a una distancia segura mientras los niños trataban de convencer con halagos a los dos osos para que bajasen del bote.

Pero el caso es que no querían salir. El movimiento del bote, extraño e insólito para ellos, los había asustado. Tenían miedo de moverse, no fuera a suceder algo más extraño aún. Era inútil tirar de ellos y tratar de remolcarlos. Pesaban demasiado para poder moverlos. Se acurrucaron en el fondo del bote, cobrando el aspecto de grandes y espesas alfombras de piel.

—¡Oh, «Dobby»! ¡Eres un perfecto estorbo! —dijo Jimmy, renunciando con un suspiro—. Lotta, sube corriendo al campamento del circo y busca al señor Volla. No creo que nadie sino él pueda conseguir que estas caprichosas criaturas salgan del bote.

—Tú quédate aquí con ellos entonces y yo enviaré al señor Volla tan pronto me sea posible —repuso Lotta, no gustándole en absoluto la idea de volver al campamento sin Jimmy, pero vio que realmente no se podía hacer otra cosa.

Corrió hacia el sendero del acantilado y empezó a subirlo hasta la cima. Los osos la miraban. Gruñían. Se alegraban de que Jimmy y «Lucky» estuviesen todavía con ellos. «Lucky» bajó hasta el sitio donde estaban los osos, y trató de jugar con «Dobby», porque eran muy buenos amigos. Pero «Dobby» no quería jugar, por lo que «Lucky» se marchó y disfrutó de un espléndido juego de perseguir las olas y ladrarles hasta que, de improviso, una de ellas alcanzó la playa demasiado rápidamente y le mojó las patas. Después de eso se mantuvo pegada a los talones de Jimmy y gruñía cada vez que una ola se acercaba demasiado.

Lotta subió hasta la cima del acantilado. Vio en lontananza el campamento del circo. Era por la mañana muy temprano, y no contaba con que hubiese gente a la vista. Pero todo el campamento estaba en pie y ella podía oír gritos y llamadas a medida que se iba acercando.

Se coló por un hueco que había en el seto y miró el campamento. Pudo oír la voz del señor Galliano.

—¡Quizás el carromato fue arrastrado por el viento! ¡Es una racha terrible de desgracias! Primero dos osos, luego los niños, y ahora el carromato de Madame Prunella que ha desaparecido.

Lotta miró sorprendida al campamento. ¿Qué había desaparecido el carromato de Madame Prunella? ¡Qué extraño! ¿Adónde podía haber ido? Desde luego, la niña no podía verlo, y en aquel mismo momento el payaso Stanley Pegajoso vio a Lotta. Lanzó un grito.

—¡Lotta! ¡Aquí está Lotta! ¿Dónde has estado, niña? Llevamos toda la noche levantados buscándoos a ti y a Jimmy.

Todo el mundo se congregó en torno de la niña sucia y desaseada. Lal, su madre, se adelantó y la abrazó. Había estado llorando.

—¡Oh Lotta —exclamó—, hemos estado todos tan preocupados por ti y por Jimmy! Pensábamos que el huracán podría habernos arrastrado por encima del acantilado o algo por el estilo.

—No, estamos los dos bien —la tranquilizó Lotta—. Jimmy, «Lucky» y yo fuimos detrás de los osos. ¡Y los encontramos!

—¿Que los habéis encontrado? —gritó el señor Volla gozosamente—. ¡Oh niña maravillosa, Lotta; oh lindísima, oh tesoro!

Lotta se echó a reír. El señor Volla estaba abrazándola de alegría. Había estado en vela toda la noche preocupándose por sus osos, y ahora era como un niño, porque habían encontrado a sus animales favoritos.

—¿Dónde están, dónde están? —preguntaba una y otra vez.

—¿Y dónde está Jimmy? —preguntaba la señora Brown, quien tenía un aspecto de palidez y de cansancio.

Lotta contó la historia rápidamente. Acabó diciendo:

—No podemos conseguir que los osos salgan del bote. Por eso Jimmy me mandó a que viniera a buscar al señor Volla. ¿Puede usted venir, señor Volla?

—¡Voy inmediatamente! —gritó el domador de osos lleno de alegría—. ¡Oh, qué nohecita hemos pasado! Ni yo ni mis osos hemos pegado un ojo en toda la noche.

—Supongo que no habréis encontrado también el carromato de Madame Prunella, ¿verdad? —preguntó el payaso Stanley Pegajoso, corriendo al lado de Lotta, mientras ésta se dirigía hacia el camino del acantilado.

La mitad de la gente del circo iba con ellos, porque a todos les gustaba su poquito de excitación.

—¡Claro que no! —respondió Lotta—. ¡Cielo santo, nos habríamos quedado atónitos al ver el carromato de Madame Prunella en aquella pequeña cueva junto con los osos! ¡Qué extraño que haya desaparecido!

Todos bajaron por el empinado sendero del acantilado. Tan pronto como llegaron a la vista del bote, todavía con los osos acurrucados en la popa, el señor Volla lanzó

un grito de alegría:

—¡«Dobby», «Grizel»! ¿Estáis bien? ¡Venid con Volla!

Al oír la voz de su amado domador, ambos osos levantaron la cabeza. Cuando vieron al señor Volla corriendo por la arena hacia ellos, bajaron pesadamente del bote y corrieron a su encuentro, gruñendo y refunfuñando de una manera muy cómica.

Lanzaron sus peludos brazos alrededor de su amo, y los tres bailaron de alegría. Jimmy no pudo contener la risa. A los pocos momentos, uno de los osos pisó pesadamente un pie del señor Volla y éste lanzó un alarido de dolor.

Eso hizo que Jimmy se riese aún más; y él y Lotta, con todos los demás, volvieron a subir el sendero del acantilado riendo y hablando, contando sus aventuras nocturnas.

—¿Está enfadado el señor Galliano? —le preguntó Jimmy a Oona, el acróbata—. ¿Ha estado toda la noche en pie esperándonos?

—Todos lo hemos estado, joven Jimmy —respondió Oona—. No puedes quitarte de en medio así como así sin que te echen de menos. Deberías haber dejado razón sobre lo que ibais a hacer. Galliano está bastante deprimido esta mañana: la tienda grande está estropeada, a vosotros no se os encontraba y Prunella y su carromato han desaparecido. Vosotros sabéis que ella es una persona rara, y no me sorprendería que se hubiese ido en uno de sus ataques, a causa del huracán.

Poco después estaban ya todos de vuelta en el campamento. La señora Brown se adelantó a recibirlos y besó a Jimmy. Galliano lo increpó.

—¿Dónde habéis estado? ¿Por qué no dijisteis adónde ibais? Muchacho, me están dando ganas de probar mi látigo contigo; sí, señor. Aquí no puedes hacer lo que se te antoje, y menos llevarte a Lotta contigo. Eso está mal, muy mal.

Jimmy no sabía qué decir. Todo el mundo le tenía miedo al señor Galliano cuando estaba de mal humor. El niño permaneció en posición de firmes con aire pálido y sombrío. Eso no le gustaba al señor Galliano. Se puso el sombrero completamente derecho en la cabeza y miró a Jimmy con ojos llameantes.

—¿Es que has perdido la lengua? —rugió—. ¿No tienes nada que decirme? ¡Se van los osos, te vas tú, se va Lotta y se va Madame Prunella! ¡Todo mi circo podría irse! ¡Para lo que me importa...!

Chasqueó el látigo alrededor de los pies de Jimmy, y el niño dio un salto. Nunca había visto antes el señor Galliano tan colérico y tan trastornado, pero el maestro de pista había estado en pie toda la noche y estaba cansado y nervioso.

Y entonces Lotta, quien había permanecido allí cerca con aire asustado, oyó algo que le hizo aguzar el oído inmediatamente. ¡Era el grito de un loro! Por tanto, Madame Prunella no podía estar muy lejos.

La niña se escabulló. Corrió hacia el sitio desde donde parecía proceder el sonido. Seguramente era en alguna parte cerca de la enorme masa de la tienda arrancada de cuajo. Se detuvo y escuchó cuidadosamente. Oyó una voz ahogada que decía con mucha solemnidad:

—Judías verdes y tomates, judías verdes y tomates.

«¡Ése es “Gringle”! —pensó la niña gozosamente—. Pero, ¡Dios mío!, ¿dónde puede estar?».

Y entonces, de improvviso, comprendió dónde estaban Madame Prunella y su carromato. Estaban sepultados bajo la enorme lona de la tienda que había volado por el aire. No era de extrañar que nadie pudiese verlos. Tampoco era de extrañar que todos creyeran que Madame Prunella se había ido.

La niña volvió corriendo junto al señor Galliano y le tiró de la manga. Estaba muy contenta de poderío interrumpir en la bronca que le estaba echando a Jimmy. Quizá se pondría de mejor humor cuando oyese la noticia.

—¡Señor Galliano —gritó—, he encontrado el carromato de Madame Prunella! ¡Venga usted en seguida!

El señor Galliano olvidó inmediatamente su mal humor. Bajó la mirada hacia Lotta, sorprendido y encantado.

—¿Dónde está, dónde está? —gritó—. ¡Ésta es una buena noticia, sí que lo es!

—Venga a verlo —dijo Lotta, feliz al notar que desaparecía el ceño del jefe—. Se quedará usted sorprendido.

CAPÍTULO VII

SE ENCUENTRA A PRUNELLA

—¡Vengan ustedes rápidamente y les enseñaré dónde está el carromato de Madame Prunella! —gritó Lotta, y todo el mundo siguió a la niña.

Corrió hasta donde la gran lona yacía amontonada en una enorme pila.

—El carromato está bajo la tienda que se llevó el viento —explicá—. Escuchen, pueden oír gritar a los loros.

Desde luego, los loros estaban chillando, pero también estaba chillando alguien más. Madame Prunella se había despertado y había tratado de abrir la puerta de su carromato para ver por qué las ventanas estaban tan oscuras, y había descubierto que no podía abrir la puerta. El gran peso de la tienda la tenía bloqueada. Por ésa, Madame Prunella gritaba también y daba patadas en la puerta.

El señor Galliano sonrió. Siempre era gracioso ver a Madame Prunella perder los estribos.

—Está bien, está bien, Madame Prunella —gritó con su enorme voz—. La libraremos. Dentro de un minuto o dos. ¡Tenga paciencia!

Pero eso era una cosa que Madame Prunella nunca sabía tener. Siguió pateando y martilleando la puerta, y ella y sus loros chillaban como cien trenes expresos al mismo tiempo. Lotta y Jimmy no tuvieron más remedio que echarse a reír.

Luego, muchas manos empezaron a tirar de la gran tienda, y al poco rato estaba lo suficientemente apartada como para que Madame Prunella pudiese abrir la puerta de su carromato, la cual se abrió efectivamente, y una mujercita muy arrebolada y colérica se dejó ver. Tenía puesta una bata de un rojo brillante con un cinturón amarillo, y los cabellos peinados hacia arriba como la cresta de un pájaro.

—Se parece terriblemente a uno de sus loros —comentó Jimmy con una risita.

Madame Prunella lo oyó, y agarró la primera cosa que encontró a mano y se la arrojó airadamente a Jimmy. Era una cacerola, pero realmente no importaba lo que fuera, porque Madame Prunella nunca sabía dar en el blanco.

La cacerola fue volando por el aire, y Oona el acróbata la agarró limpiamente. La encasquetó en la cabeza de Stanley Pegajoso, y todo el mundo se echó a reír.

—¿Quién me encerró? ¿Quién bloqueó mi puerta? —gritó Prunella.

Luego vio la gran tienda que aún cubría más de la mitad de su carromato. Los ojos se le agrandaron por efecto de la sorpresa.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¡Entonces, eso es lo que ocurrió! ¡La gran tienda voló por los aires, y yo ni siquiera llegué a enterarme!

—Hay un montón de cosas de las que no te has enterado, Prunella —dijo Oona, su primo—. Anoche recogiste tus loros, te fuiste a tu carromato y te echaste a dormir sin saber que la tienda volante había asustado a «Dobby» y a «Grizel», dos de los osos, haciéndolos escapar. No te enteraste de que Jimmy y Lotta desaparecieron y que estuvimos toda la noche buscándolos. No te enteraste de que han vuelto con los osos y...

—¡Oh, lo que me he perdido! —se lamentó Madame Prunella rompiendo en un mar de lágrimas. La encantaba cualquier clase de excitación, y le parecía terrible pensar que había dormido durante sucesos tan emocionantes—. ¡Qué malos habéis sido todos al no venir a avisarme!

—¡Sí, pero es que no sabíamos dónde estabas! —replicó Oona—. Pensábamos que habías desaparecido también. Ha sido Lotta quien te ha localizado hace poco, al oír chillar a uno de tus loros.

Los loros seguían chillando, todos excepto «Gringle», que mascullaba para sí mismo:

—Tocino y huevos, tocino y huevos, tocino y huevos. —Luego alzó la voz hasta convertirla en un grito y exclamó—: ¡Tocino y huevos!

—¡El pobre cariñito! Está pidiendo su desayuno —dijo Madame Prunella, quien corrió de nuevo a su carromato para alimentar a sus loros.

Aquella mañana estaban todos volando sueltos y planeaban alrededor como una brillante nube de colores. «Jemima», la mona, estaba entusiasmada con ellos. Aguardó hasta que uno se posó cerca de ella y entonces extendió una manecita para arrancarle una de las brillantes plumas de su cola. Se la arrancó y dio un salto de huida mientras el loro chillaba y trataba de alcanzarla con el pico.

«Jemima» se metió la pluma en el ojal de su chaquetilla, farfullando orgullosamente. Todo el mundo se echó a reír, y entonces Jimmy miró al señor Galliano. ¿Qué iba a decir ahora? ¿Seguiría reprendiéndolo, o señalaría un castigo para Jimmy y Lotta? Pero, afortunadamente, el maestro de pista resplandecía de nuevo, y su sombrero de copa estaba ladeado una vez más. Era evidente que se había olvidado de Jimmy. Las cosas estaban de nuevo en orden: los osos estaban a salvo. Madame Prunella había aparecido, y la tienda grande no estaba en muy mal estado.

—Ven, escabullámonos hasta mi carromato —le susurró Jimmy a Lotta—. Esta vez hemos escapado de buena, Lotta. Vamos a pedirle a mi madre algo de comer. Tengo un hambre terrible: ¿tú no?

Así, pues, se fueron al carromato de Jimmy y allí encontraron a la señora Brown preparando una buena comida a base de tocino y salchichas en su bonito fogón. Jimmy olfateó con alegría aquel olor.

—Mamá, ¿no te parece que Lotta y yo hemos tenido mucha suerte al no disgustarnos de verdad con el señor Galliano? —empezó a decir.

Y entonces vio el rostro de la señora Brown. ¡Un rostro muy severo en verdad!

—Puedes creer que has escapado bien con el señor Galliano —dijo secamente—, pero conmigo no vas a escapar nada bien, Jimmy. ¿Cómo te has atrevido a marcharte así con Lotta sin oscurrísete decírnos a mí o a Lal lo que ibais a hacer? Hemos estado terriblemente preocupadas toda la noche.

—Pero trajimos los osos, señora Brown —replicó Lotta mimosamente, deslizando una manecita en la mano de la señora Brown.

Pero la señora Brown no se dejaba engatusar. Estaba enfadada y ofendida.

—¡Osos! ¿Qué me importan a mí los osos? —exclamó, echando de mala manera las salchichas en un plato—. Sois vosotros quienes me preocupáis. ¡Y pensar que os cuidáis tan poco de mí, que podéis escabulliros así como así y dejarme llena de inquietud toda una noche!

—¡Oh, mamá, no pensábamos...! —dijo Jimmy, trastornado al ver le rostro pálido y severo de su madre—. Nunca volveremos a hacer una cosa así. De verdad que no. Lo sentimos, ¿verdad que lo sentimos, Lotta?

—Sí, lo sentimos muchísimo —respondió Lotta, y prorrumpió en llanto, porque estaba cansada y sobreexcitada.

La señora Brown depositó en la mesa el plato de salchichas y pasó los brazos alrededor de la niña.

—Está bien —dijo—. Os perdono a los dos. Sois una pareja de niños traviesos, despreocupados e independientes, pero también sois bravos y amables, por eso no os reñiré más. Ahora, tomad vuestro desayuno y os haré un poco de cacao con mucho azúcar.

Los niños se sintieron felices una vez más. No podían soportar ver a la señora Brown molesta o enfadada; ahora todas las cosas habían vuelto a arreglarse. Tomaron con mucho apetito su desayuno, y la señora Brown rondaba en torno a ellos como una gallina alrededor de una pareja de pollitos.

—Y ahora —dijo firmemente—, tú y Lotta vais a acostaros en esos dos catres, Jimmy, y vais a dormir. Los dos tenéis aspecto de cansancio. El circo tardará algún tiempo en ponerse en movimiento, y no hay función esta noche, así es que, por una vez, podéis ser perezosos. ¡Quítate de mis pies, «Lucky»!, ya has desayunado bastante. ¡Deja de desatarme los cordones de los zapatos!

Los niños estaban verdaderamente muy cansados y no les importó lo más mínimo acostarse en los cómodos catres con «Lucky» y «Lulú», la perra «spaniel», a sus pies. En menos de medio minuto estaban ambos profundamente dormidos y ni siquiera se despertaron cuando la señora Brown dejó caer en el suelo un cubo que formó un gran estrépito.

El circo recobró su vida normal. «Dobby» y «Grizel» volvieron a unirse con los demás osos con gran alegría, y hubo gruñidos y golpetazos de garras cuando los dos osos aventureros saludaron a los otros tres.

Madame Prunella se recuperó también, olvidados su pánico y su ataque de mal humor. A las diez de la mañana, el campamento del circo estaba como de costumbre,

excepto que la mayoría de los adultos tenía un aspecto más bien de cansancio después de aquella noche agotadora.

El señor Galliano estaba en su carromato con Tessa, su gorda y risueña esposa. Todo el mundo apreciaba a la agradable señora Galliano y habría hecho cualquier cosa por ella. Estaba ayudando a Galliano a contar el dinero que habían recaudado.

Galliano se mostraba risueño, ladeado el sombrero sobre su oreja izquierda, pues llevaba sombrero de copa incluso dentro del carromato. El circo había tenido un éxito espléndido en Bigminton y ahora el maestro de pista estaba proyectando agrandarlo y mejorarlo.

—Tessa, contrataremos más payasos, ¿verdad? —dijo con aire feliz—. Dos o tres más.

—Tres más —decidió la señora Galliano—. Pero Stanley Pegajoso debe ser el payaso jefe, Galliano. Lleva mucho tiempo con nosotros y siempre ha sido muy bueno.

—Sí, será el «clown» principal —accedió el señor Galliano—. Tendremos un circo espléndido con cuatro payasos y más animales. Ahora bien, ¿qué animales vamos a tener? ¡Nada de tigres, no! No son felices en la pista como los osos, los perros y los caballos. Tendremos...

—¡Una foca amaestrada! —exclamó la señora Galliano, quien le tenía mucha simpatía a las focas y a las morsas—. ¡Ah, Galliano, recuerdo una vez que mi tío tenía una foca que lo quería tanto que incluso se empeñaba en bañarse con él por la noche! Pero mi tío era un hombre corpulento y no había bastante sitio para los dos en la bañera por lo cual hizo construir una gran bañera especial y la llevaba adondequiera que iba. Así su foca podía bañarse con él todas las noches. ¡Cómo recuerdo aquella gran bañera amarrada siempre con correas al techo de su carromato!

—Está bien; tendremos una foca amaestrada —dijo el señor Galliano—. ¿Y qué más? Leones..., no. Gatos..., tampoco. Entonces, ¿qué?

La señora Galliano se puso a hojear un montón de periódicos y cartas. Tropezó con una foto de cebras trotando en una pista. Se la mostró a Galliano.

—Mira, estos animales son raros en un circo —dijo—. Ésta es una foto de Zeno y de sus doce cebras amaestradas. ¿Le escribimos y lo contratamos? Son unas criaturas preciosas.

—Sí —asintió Galliano pensativamente—. Preciosas..., pero difíciles. Tendríamos que estar al cuidado para que esa atrevida Lotta se abstenga de montarlas, porque las cebras no sirven para que las monten. Y, mira, mujer, aquí hay una fotografía del magnífico mago Britomart. Sería maravilloso tenerlo en nuestro circo. Les escribiremos a todos.

—Y mira estas cabras amaestradas —dijo la señora Galliano, abriendo un librito que mostraba fotografías de conjuntos de cabras blancas como la nieve.

Pero el señor Galliano sacudió la cabeza.

—No, nada de cabras. Tienen un olor demasiado fuerte —sentenció—. Tendremos tres payasos más; Britomart, el gran mago; la foca amaestrada y Zeno con sus cebras.

La noticia recorrió pronto el campamento, y los niños se mostraron muy excitados.

—¡Cielo santo! —exclamó Lotta, dando brincos de felicidad—. ¡Cómo vamos a divertirnos! ¡Cabalgaré en esas cebras antes de que lleven una semana en el circo, Jimmy!

—Y me apuesto algo a que la foca vendrá a comer en mi mano —afirmó Jimmy—. Ven, vamos a decírselo a Madame Prunella. Ella no se ha enterado todavía de la noticia.

Echaron a correr y pronto estaban hablando excitadamente con Madame Prunella sobre todos los nuevos personajes que iban a llegar. Ella les dio caramelos de menta y «Gringle» alargó una pata para que también a él le diesen uno.

—Pirulíes y caramelos —anunció solemnemente—. Caramelos y pirulíes.

A aquel Viejo pájaro tan listo siempre se le ocurría algo raro que decir.

EL CIRCO SE PONE EN MOVIMIENTO

El circo había de permanecer aún unos cuantos días en el campamento de Bigminton. Los niños tuvieron unas bonitas vacaciones que aprovechaban para pasear hasta la playa con los perros o para cabalgar por los campos. Lotta montaba a «Belleza», su propio caballo, y Jimmy cabalgaba en un caballo bastante tranquilo que pertenecía a Lal. Montaba muy bien ahora, pero nunca lo haría tan bien como Lotta.

Ésta había montado a caballo desde que era una niña muy pequeña. En los paseos que daban, asustaba a muchas de las personas con las que se cruzaban poniéndose de pronto en pie sobre el lomo de «Belleza», lo mismo que hacía en el circo. La gente se quedaba mirando entre alarmada y sorprendida y luego sonreían y decían:

—¡Oh, debe de ser Lotta, la niña del circo! ¿No es maravillosa?

Aquello le agradaba mucho a Lotta, y entonces Jimmy se burlaba de ella diciéndole que era una vanidosa. Se divertían mucho yendo juntos, y lo único que no les gustó en sus pequeñas vacaciones fue el hecho de que la señora Brown los hacía irse a la cama mucho más temprano que de costumbre.

—Los dos tenéis que estar acostados a las ocho y media —anunció firmemente—. Las horas de circo son malas para los niños. Nunca en mi vida he oído hablar de niños que se acuesten todas las noches a las once y media. Esto sólo lo he visto cuando he empezado a vivir en el circo. Ahora que durante unas pocas noches no hay necesidad de acostarse tarde, los dos iréis a la cama temprano.

Esto no les hizo ninguna gracia a Jimmy y a Lotta, y la primera noche desaparecieron ambos antes de las ocho y media y no volvieron al campamento del circo hasta las nueve y media, con muchísima hambre por cierto.

Pero, ¡ay de ellos! Los enviaron a sus catres sin cena de ninguna clase, aunque la señora Brown estaba cocinando uno de sus más deliciosos guisados de carne. Jimmy vio también una gran lata de rodajas de ananás, una cosa que le gustaba muchísimo. Pero ni él ni Lotta probaron bocado.

—De vuelta a las ocho y media, y una buena cena; de vuelta después de las ocho y media, y ninguna cena en absoluto —dijo la señora Brown—. Podéis elegir lo que queráis.

Después de aquello, los niños comían una buena cena y se metían en sus catres bien tempranito. Lotta iba a su propio carronato y Jimmy dormía en el suyo con su padre y su madre, «Lucky», su perra, y «Lulú», la vieja «spaniel», que quería a toda la familia. En tiempos había pertenecido a dos hombres que la trataban mal y por eso Jimmy la recogió como suya, y ella lo adoraba.

Cuando el circo se puso de nuevo en movimiento, los niños se sintieron felices y excitados, porque sabían que en la próxima parada se les incorporarían los nuevos payasos y animales. ¡Qué circo tan hermoso iba a ser entonces!

—¡Cómo me gustará jugar con una foca! —exclamó Jimmy gozosamente—. Y también será maravilloso ver a Britomart haciendo sus formidables trucos.

—¡Las ganas que tengo de montar en una cebra! —confesó Lotta.

—Pues eso es precisamente lo que no harás —tronó una voz a su lado, y, cuando Lotta alzó la mirada, vio allí al señor Galliano, su sombrero bien ladeado y bien engomados sus rígidos bigotes—. Las cebras no son caballos. Son animales peligrosos. Nunca se las llega a domar del todo. No te permitiré ninguna travesura, Lotta.

Continuó su camino blandiendo su gran látigo. Lotta, abatida, vio como se alejaba.

—¡Bueno, ya lo sabes! —dijo Jimmy—. Nada de cebras para montar, Lotta. Yo una vez tuve que prometerle al señor Galliano que nunca jugaría con ningún animal del circo a menos que él me diese su permiso, y tú tendrás que prometer que no te acercarás a las cebras.

—No he prometido nada ni lo prometeré —protestó Lotta—. ¿Qué tiene de particular una cebra? Es simplemente un animal con rayas y que ni siquiera es tan grande como un caballo. Pronto podré hacer con ellas lo que quiera.

—Te advierto que debes tener cuidado —dijo Jimmy con preocupación.

Sabía lo atrevida que era Lotta, y aunque ya él no tenía miedo de que se hiciese daño como se lo había hecho en otra ocasión, no quería que se metiese en ningún peligro, porque le tenía mucho cariño a la traviesa niña.

Lotta bajó los escalones del carromato, volvió luego a subir y se puso cabeza abajo andando sobre las manos y alrededor de Jimmy, dándole alguna que otra patadita al pasar a su lado. Hacía muecas y cantaba una cancioncilla:

No te acerques a las cebras,
que te van a hacer pedazos,
ni te vayas con las focas,
que atacan sin tener brazos.
No irrites al elefante
ni lo hagas barritar:
y si los monos te muerden,
bien te van a hacer llorar.

Jimmy se retorció de risa. Lotta tenía un aspecto muy cómico cantando sobre las manos, balanceando las piernas y cantando aquella tonta canción. Se lanzó contra la risueña niña, pero ésta se puso en pie de un salto y corrió a refugiarse detrás de

Stanley Pegajoso, el payaso. Éste mantuvo a Jimmy a raya con una escoba que estaba utilizando. Se echó a reír al ver a los dos niños tan excitados.

—La verdad, Lotta, no sé por qué el señor Galliano quiere contratar a más payasos —dijo—. Tú y Jimmy hacéis una buena pareja.

—Stanley, ¿quiénes son los payasos que van a venir? —preguntó Jimmy, calculando que el payaso tendría alguna noticia.

Stanley Pegajoso se sentó en un cubo que puso boca abajo y les dijo todo lo que sabía.

—Bueno, dos de los payasos que van a venir son Twinkle y Pippi —explicó—. Son payasos de los que se dan golpes; se están dando golpes a cada momento, cayéndose y levantándose, y hay un número muy gracioso en que están al frente de una tienda de frutas y acaban tirándose uno a otro tomates y todo lo que encuentran a mano.

—Eso me parece delicioso —comentó Lotta, encantada—. Verdaderamente me gustaría ver a dos personas arrojándose tomates una a otra.

—Sí; es el tipo de cosa que te gustaría hacer a ti, ¿no es así? —sonrió Stanley Pegajoso, que sabía muy bien el diablillo que era Lotta—. El tercer payaso es Google. Es verdaderamente divertido. Tiene un automóvil prodigioso, en el que todo funciona mal y que termina estallando en cien piezas diferentes. Google tiene un lindo perrito llamado «Squib». Os gustará. Ayuda a Google a hacer tonterías.

—¡Oh, todo eso suena demasiado bello para que sea verdad! —exclamó Lotta gozosamente—. Ahora cuéntenos cosas de Britomart, el mago.

Stanley adoptó un aspecto más bien solemne:

—No debéis contarle a nadie lo que os voy a decir —advirtió—. Pero no me gustan las noticias que han llegado a mí respecto a Britomart. Fijaos, es un hombre terriblemente listo, y algunos de sus trucos son tan asombrosos, que no queda más remedio que pensar que sabe muchísimo de magia. Pero he oído decir que es un hombre duro, y que a menos que se le dé el número más largo y mejor en la función, puede mostrarse muy desagradable.

—Bueno, yo no voy a tener muchos tratos con él —dijo Jimmy—. Todo lo que haré será verlo representar su número. No quiero tener ningún choque con su magia, no vaya a transformarme de repente en un burro o en algo por el estilo.

—¡Oh, eso sería muy divertido! —aplaudió Lotta—. Entonces podría montarte en la pista. Y alimentarte con zanahorias.

—Britomart tuvo en tiempos un circo de su propiedad —continuó Stanley Pegajoso poniéndose en pie para reanudar su trabajo—. No sé por qué terminó aquello, pero así fue. Y ahora viaja de un lado a otro con toda clase de espectáculos. Es una gran cosa para el circo Galliano contar con Britomart. Atraeremos a enormes multitudes. Sabréis que el señor Galliano va a adquirir una tienda mucho mayor, ¿no?

—¿De verdad? —preguntó Jimmy—. ¡Dios mío, qué divertido! Lotta, tendremos cientos y más cientos de personas mirándonos ahora todas las noches.

Cuando el circo se hubo establecido en el nuevo campamento, los niños montaron guardia para esperar a los que tendrían que llegar. «Jemima», la mona, vino a sentarse a la puerta con ellos, y «Sammy», el chimpancé, se les unió también. Quería a los niños y parloteaba con ellos en su propio lenguaje, deslizando su peluda garra en la mano de Jimmy.

Así, estaban todos sentados a la puerta del campamento: Jimmy, Lotta, «Jemima», la mona, con un nuevo vestido verde, y «Sammy», el chimpancé, con sus pantalones y jersey de costumbre. Incluso llevaba una corbata, pero como prefería que le colgase por la espalda en lugar de por el pecho, tenía un aspecto un poco raro. Tan pronto como Jimmy ponía la corbata en el sitio debido, «Sammy» volvía a colocársela mal. Así, finalmente, Jimmy se daba por vencido y «Sammy» lucía con orgullo su bonita corbata azul colgándole por la espalda.

Últimamente había tomado la costumbre de deslizar su mano en los bolsillos de los pantalones cortos de Jimmy y sacar todo lo que encontraba allí. Jimmy echaba de menos bolas y pedazos de cuerda, monedas de seis peniques y caramelos de café con leche. Tan pronto como descubrió que el ladrón era «Sammy», hizo que el chimpancé le enseñase hasta el forro de sus bolsillos, y así Jimmy pudo recuperar todas sus cosas.

Pero «Sammy» era tan listo para apoderarse de cosas sin que el niño se diera cuenta, que tres o cuatro veces al día el chimpancé tenía que dar la vuelta a sus bolsillos y devolverle a Jimmy sus pertenencias. Ése era un truco completamente nuevo, y la señora Brown estaba muy escandalizada por eso.

—Eso es robar, Jimmy —decía—. Deberías castigar a «Sammy» cada vez que haga eso.

—¡Oh, no, mamá! —protestaba Jimmy, igualmente escandalizado—. Él no sabe lo que es robar. Lo hace sólo para divertirse. No es más que un nuevo truco que ha aprendido. No puedo castigar al viejo «Sammy» por eso. No comprendería. No; durante algunos días no me meteré nada en los bolsillos y así pronto se aburrirá de hurgar con la mano cuando vea que no hay nada dentro.

Así, mientras estaban sentados a la puerta esperando a ver si llegaban nuevos personajes, Jimmy sonrió al sentir que «Sammy» le metía una mano en los bolsillos.

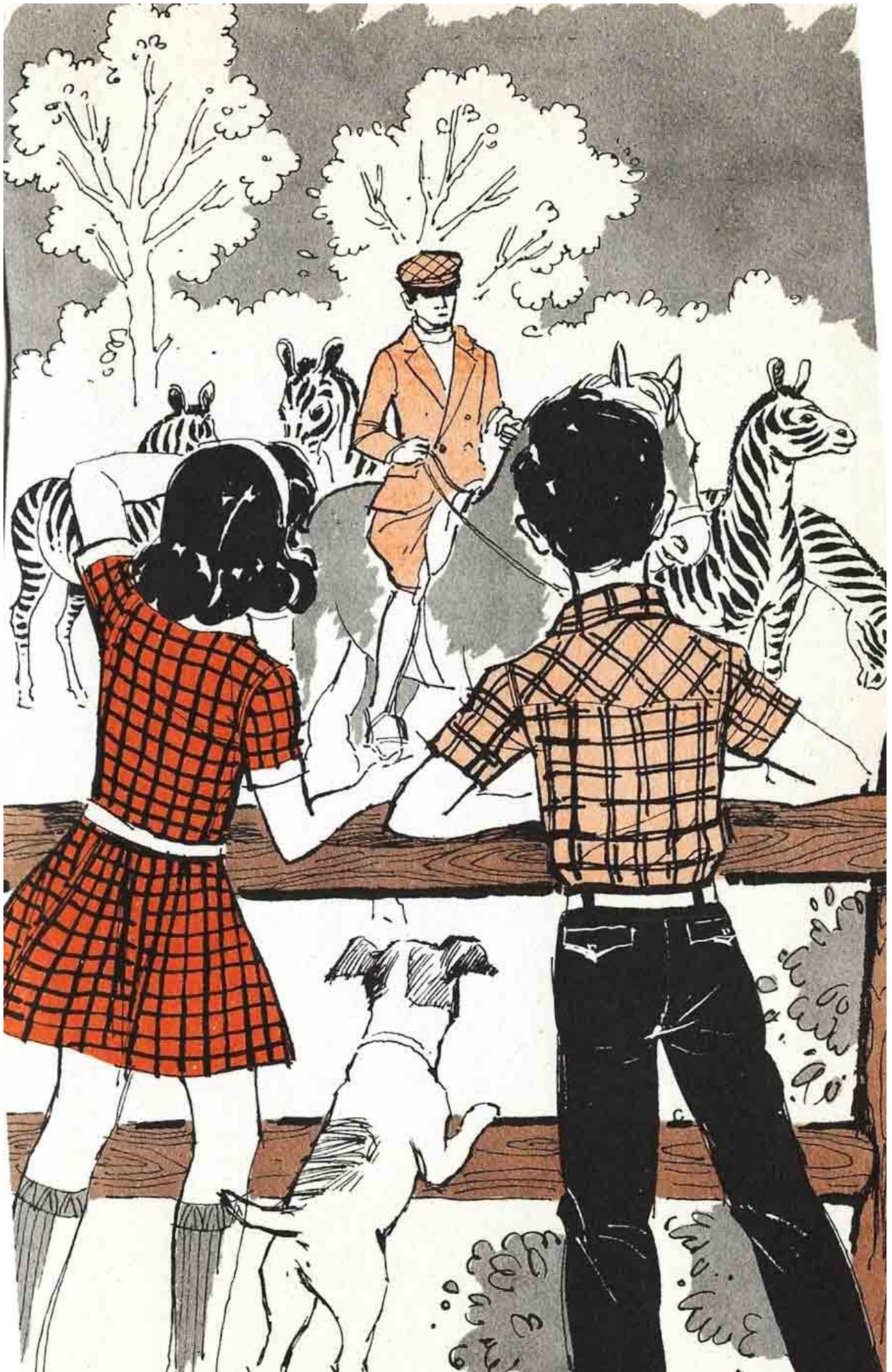
—No hay nada ahí, viejo «Sammy» —dijo—. No hay nada. Ahora vas a darle una mano a Lotta y otra a mí, y así no podrás hacer ninguna travesura.

Así, pues, «Sammy» tuvo que quedarse sentado tranquilo y quieto, sujetas sus manos una por el niño y otra por la niña, mientras «Jemima» se sentaba primero en el hombro de Jimmy, luego en el de Lotta y después en el de «Sammy», parloteando en el lenguaje de los monos con toda la fuerza que podía.

Luego, de pronto, Jimmy exclamó a voz en grito:

—¡Hurra! Oigo un trote. ¡Son las cebras! ¡Zeno y sus cebras, hurra! ¡Abre la puerta, Lotta, y las veremos a todas entrar al trote!





CEBRAS, UNA FOCA Y DOS NIÑAS

Al fondo de la carretera, bajo el cálido sol de mayo, se veía un hermoso espectáculo, un espectáculo muy extraño e insólito que estremeció a los dos niños y los hizo gritar de alegría.

En cabeza venían seis hermosas cebras listadas, conducidas por un mozo de cuadra montado en un caballito. Las cebras trotaban en manada, sus listadas capas reluciendo como el satén. Miraban en torno con grandes ojos que conservaban un resplandor salvaje.

Luego venían seis cebras más, que tiraban de un maravilloso carruaje, donde iba sentado Zeno, su entrenador. Zeno era un hombre bajito, vestido con traje de montar llevaba botas altas de elevados tacones para conseguir así una apariencia de mayor estatura. Su chaqueta de jinete era azul, y sus «breeches» eran amarillos, por lo que tenía un aspecto muy alegre. Empuñaba las riendas de las cebras, sujetándolas fuertemente. Las cebras no eran como los caballos, mansas y manejables. Eran criaturas difíciles y salvajes que odiaban que las engancharan y las montaran, y no les gustaba sentir detrás de ellas el tironazo de un carruaje. Pero todas las cebras querían a Zeno y estaban deseosas de hacer lo que él les pidiera, por lo que constituían una familia feliz y formaban un cuadro maravilloso al trotar por la carretera.

Se dirigieron hacia la puerta abierta del campamento y el mozo de cuadra saltó de su caballo. Se acercó a las narices de las cebras y se quedó mirando a su amo. Zeno se apeó de su carruaje, que era tan brillante como él mismo, porque tenía relucientes ruedas amarillas y brillante pintura azul por todas las demás partes. A Lotta le habría encantado darse un paseo en él.

—¿Dónde está el señor Galliano? —gritó Zeno con voz de mando.

Miró a los niños y Jimmy se le acercó.

—Allí está, señor; mire —dijo el niño—. Aquel hombre alto del látigo. Lo ha visto a usted. ¿Puedo ayudarle a cuidar sus cebras, señor?

—De ninguna manera —respondió Zeno—. No sabes lo que estás hablando, niño. Te morderían en cuanto te acercaras a mirarlas.

Se alejó sobre sus botas de altos tacones con un gran sombrero de copa sobre su cabeza más bien pequeña. El mozo de cuadra se quedó esperando pacientemente al cuidado de las cebras. Lotta se le acercó con suavidad.

—¿Puedo tocar a una cebra? —preguntó.

—De ninguna manera —repuso el hombre, sorprendido—. ¿Quieres que te muerdan? Manteneos alejados, por favor. Están nerviosas por el cambio de ambiente

y no quiero que se pongan más nerviosas aún. Sus cuadras de viaje llegarán de un momento a otro y entonces podré darles comida y agua.

La cebra que estaba más próxima miró a Lotta con sus grandes ojos asombrados. Lotta le devolvió la mirada e hizo un curioso ruido. La cebra empinó las orejas hacia la niña y dijo «¡Hrrrumf!», casi como un anciano que estuviera estornudando. Alargó la cabeza hacia Lotta, pero el mozo de cuadra la hizo retroceder.

—¡Atrás, «Zebby»! —ordenó—. Es una tontería que finjas que quieres hacerte amiga de la niña. Lo único que quieres es morderle los dedos.

—No, no hará nada de eso —protestó Lotta—. De verdad que no lo hará. Por favor, déjeme tocarle esa nariz tan satinada. ¡Es tan bonita!

El señor Galliano avistó a los niños que estaban cerca de la cebra cuando se dirigía hacia allá para admirar a los animales. Le gritó a Lotta:

—Vamos, niña mala y atrevida, ¿no me prometiste que no tocarías a esas cebras? Vete de aquí inmediatamente antes que te dé tu merecido. Jimmy, tú puedes ayudar a Zeno en el cuidado de sus cebras, porque todos los animales son buenos contigo, pero no hoy, estando tan nerviosas al verse en un ambiente extraño. Vete con Lotta.

—¡Esto sí que es bonito! —exclamó Lotta, indignada, una vez que ella y Jimmy se hubieron alejado—. ¡De modo que tú puedes ayudar al cuidado de las cebras y yo no puedo! Sé manejar los caballos mucho mejor que tú.

—Sí, pero las cebras no son caballos —replicó Jimmy con una mueca burlona—. ¡Ja, ja! No podrás tocar las cebras ahora que has prometido no hacerlo.

—Jimmy, te digo que no he prometido nada —gritó Lotta—. Sé que el señor Galliano acaba de decir que lo he prometido, pero eso no es verdad. Se ha equivocado.

—Entonces sería mejor que se lo dijese así —aconsejó Jimmy.

—No se lo diré —anunció Lotta.

Se quedaron a cierta distancia viendo como Zeno mostraba su hermosa colección de cebras al señor Galliano. Al principio procuraban apartarse del alto maestro de pista, pero, como la mayoría de las criaturas parecidas a caballos, le cobraron simpatía y él pudo frotar uno o dos suaves hocicos antes de dar su aprobación a Zeno y alejarse.

Pocos minutos después llegaron las grandes cuadras de viaje: espaciosos furgones cuyos costados podían abrirse y cerrarse. Entraron en el campamento, y el mozo de cuadra y Zeno trabajaron diligentemente para meter a los cansados animales en sus cuadras. Aquel día habían recorrido al trote un largo camino para llegar al circo Galliano.

—Bueno, ésta es la primera llegada —dijo Jimmy—. Ahora tenemos que esperar a la foca, Lotta. Ven conmigo. Me pregunto quién la traerá.

La foca amaestrada debía llegar también aquella tarde, pero resultó decepcionante cuando lo hizo. Venía en un furgón cerrado y, cuando entró en el campamento, los niños oyeron dentro del furgón el chapoteo del agua.

—Viaja en un tanque de agua —dijo Lotta—. Nunca se me había ocurrido pensar en eso. Jimmy, atisbaremos y veremos cómo es tan pronto abran el furgón. Oye, mira, ¿quiénes son esas dos niñas?

Detrás del furgón venía un carromato conducido por Pierre, el propietario de la foca. Iba vestido con traje de faena y silbaba una alegre melodía. Era un hombre jovial, de cara rubicunda y con los más brillantes ojos azules que los niños hubiesen visto nunca. Montadas en el techo del carromato iban dos niñas.

—¡Oh, no sabía que fuese a venir ninguna niña! —exclamó Lotta, complacida—. Será divertido jugar con ellas, ¿verdad?

Jimmy no estaba tan seguro. Se hallaba más que satisfecho con Lotta y no necesitaba más niñas en el circo. Por eso no dijo nada, sino que se limitó a mirarlas. Una era casi de la misma edad que él, y la otra parecía un poco mayor. Les sonrieron a los dos niños del circo desde el techo del carromato.

—Es un sitio bastante bueno para montarse —dijo Lotta—. Nunca se me había ocurrido antes.

—Parece bastante bueno —asintió Jimmy—. Pero no me imagino a mi madre dejándome montar en el techo de nuestro carromato.

Pierre, el propietario de la foca amaestrada, tenía una esposa delgada y bajita, de rizado cabello rojizo, lo mismo que sus dos hijas. Éstas saltaron ágilmente desde el techo del carromato, y la señora Pierre miró por la ventana.

—Jeanne, Lisa, ¿estáis bien? —gritó.

Las niñas no le prestaron atención ninguna a su madre. Eran criaturas intrépidas, bonitas, con rizos rojos como su madre. Se las veía muy sucias y desaseadas y sus sonrisas eran francas y amplias.

—¡Hola! —saludó Lisa sacudiendo sus rojos rizos—. ¿Perteneceis a este circo?

—Sí —contestaron Jimmy y Lotta al mismo tiempo.

—Esto no tiene mucho aspecto de campamento —comentó Jeanne, mirando en torno—. Estamos acostumbradas a circos mucho mayores que éste. Yo diría que es un pobre espectáculo.

—Pues ya puedes volverte a un espectáculo mejor —replicó Jimmy con inesperada rudeza.

Le desagradaban aquellas niñas de rizos rojos, rostros descarados y voces chillonas.

—¡Vaya, por lo visto no tiene nada de educado! —dijo Lisa, soltando una risita.

Su madre las llamó de nuevo y ellas no prestaron atención en absoluto.

—Vuestra madre os está llamando —dijo Lotta.

—Que llame lo que quiera —replicó Jeanne rudamente.

En aquel momento, su padre se acercaba y oyó lo que decía. Le dio un sopapo, y ella gimió.

—Id a ayudar a vuestra madre —ordenó Pierre con un ceño en su rubicundo rostro.

Las dos niñas se alejaron rezongando. Pierre miró a Jimmy, a Lotta y a «Lucky».

—Vosotros debéis de ser los dos niños maravilla —les dijo—. Encantado de conoceros.

—¿Podemos ver su foca? —preguntó Jimmy ávidamente.

La esposa de Pierre y las niñas se habían dirigido al furgón y estaban abriendo uno de los costados. Dentro del vehículo había un enorme tanque lleno de agua que resplandecía con un intenso color azul. En el tanque nadaba una hermosa foca. Jimmy corrió a verla. La foca sacó la cabeza del agua y miró a Jimmy con los ojos más hermosos que él había visto nunca. Amó a la foca desde aquel mismo momento.

—¡Oh, es preciosa! —exclamó Jimmy—. Me encantan sus ojos. ¿Cómo se llama?

—«Neptuno» —respondió Pierre, complacido de que a Jimmy le hubiera gustado su foca—. Es la foca más lista y más buena que hay en todo el mundo. ¿No es verdad, «Neptuno»?

La foca produjo un extraño ruido y asintió con unas inclinaciones de cabeza. Los niños se echaron a reír. También la foca parecía reírse. Luego se hundió en su tanque y nadó graciosamente dando vueltas, hundándose y asomándose, de delante atrás y de atrás adelante, utilizando la cola como remo guía.

—¿Te gustaría darle de comer? —preguntó Pierre—. ¡«Neptuno», comida!

Con un ruido como de quien engulle, «Neptuno» se lanzó al borde del tanque. Pierre descolgó una bolsa de un clavo y se la entregó a Jimmy.

—Arrójale un pescado —dijo.

Jimmy abrió la bolsa y encontró en ella muchos pescados. Eligió uno y se lo lanzó a la vigilante foca. «Neptuno» agarró el pescado diestramente y luego miró como pidiendo otro.

Así fue agarrándolos todos sin fallar ni una sola vez.

—¡Qué maravilloso jugador de críquet sería! —comentó Jimmy.

—¿Sale de su tanque? —preguntó Lotta.

—Desde luego —repuso Pierre—. Viene a la pista conmigo. Ella y yo jugamos al críquet y nunca falla una pelota, como podéis suponer. Es un maravilloso jugador de críquet. También es un maravilloso equilibrista. Puede mantener en equilibrio una pértiga sobre la punta de la nariz, y una pelota en la punta de la pértiga.

—¡Oh, no es posible! —dijo Jimmy, a quien le costaba trabajo creer aquello.

—Bueno, ya veréis —aseguró Pierre, chispeándole sus brillantes ojos azules—. Ahora tengo que ir a ver al señor Galliano y estudiar dónde voy a colocar mi carromato.

Se dirigió al carromato del señor Galliano y dejó a Jimmy y a Lotta mirando a la foca. Ésta volvió a asomar la cabeza y dirigió, un suave ruido hacia Jimmy. Él entró en el furgón, llegó al borde del tanque y acarició la húmeda nariz de la foca. En un santiamén, el animal se lanzó fuera del tanque y se ciñó alrededor de las piernas de Jimmy. El niño se llevó una gran sorpresa.

—¡Vuelve al tanque! —gritó, alarmado, pero la foca no le prestó atención.

Volvió a lanzarse contra las piernas de Jimmy y casi lo derriba. En aquel momento, Jeanne y Lisa llegaron y golpearon el borde del tanque con un palo.

—¡Hup, hup! —gritaron en la jerga circense, y la foca saltó y volvió a meterse en el agua.

—Vas a pasarlo mal si haces salir del tanque a la foca —le advirtió Lisa.

—No la hice salir yo. Salió porque ella quiso —replicó Jimmy irritablemente.

—¡Gruñón! —dijo Jeanne, y pellizcó a Jimmy.

El niño se zafó del pellizco y se fue, encolerizado, a unirse con Lotta.

—Preferiría que no hubiesen venido esas niñas —le dijo—. Estoy seguro de que no les voy a tener ninguna simpatía. Prométeme que no te harás amiga de ellas, Lotta.

Pero ésa era otra promesa que Lotta no quería hacer. Se rió de Jimmy y salió corriendo para ayudar a Laddo a limpiar los caballos. Ciertamente, aquellos días Lotta se mostraba más revoltosa que una mona.

LOS TRES NUEVOS PAYASOS

El circo no iba a abrir hasta dentro de dos semanas, porque el señor Galliano quería que todos los nuevos artistas se acomodasen al ambiente, se hiciesen amigos del resto del personal y practicasen juntos sus números en la pista.

Los tres nuevos payasos llegarían al día siguiente, y Britomart, el mago, un día después. Lotta y Jimmy se sentían demasiado excitados para hablar normalmente.

—Id a charlar a otro lado —dijo la señora Brown, empujándolos hacia los escalones de su carromato—. Sois mucho peores que esos loros escandalosos.

También los loros estaban excitados por la llegada de más animales y artistas, y chillaban y parlotaban durante todo el día. Madame Prunella había tenido que poner su carromato en un sitio algo alejado, porque no toda la gente del circo podía soportar un griterío tan espantoso.

—¡El deshollinador! —gritaba un loro melancólicamente—. ¡El deshollinador!

—Da la impresión de que él cree que la chimenea de Madame Prunella necesita una buena limpieza —comentó Jimmy con una sonrisa burlona—. Escucha lo que está diciendo el viejo «Gringle».

—Salchichas y «cocretas», salchichas y «cocretas» —pregonaba «Gringle» a voz en grito.

—Estás equivocado, muchacho. Se dice salchichas y «croquetas» —corrigió Jimmy, pasando sus dedos por el cuello, suave y plumoso, del loro.

Pero «Gringle» prefería salchichas y «cocretas», y así lo pregonaba ruidosamente.

Las cebras pronto se acomodaron al campamento. «Jumbo», el elefante, se alegraba mucho al verlas; les barritaba estrepitosamente cada vez que pasaban cerca, y ellas le respondían con un relincho. A la mayor parte de los animales les resultaba muy simpático el viejo «Jumbo», de un temperamento tan equilibrado y bondadoso, y «Sammy», el chimpancé, lo quería tanto, que trepaba al lomo de «Jumbo» cada vez que el señor Tonks, su guardián, no estaba allí para detenerlo.

La foca amaestrada llegaba a extremos ridículos con Jimmy. Se volvía loca en cuanto aparecía el niño y hacía ruiditos que semejaban una risa tonta, para demostrar su alegría. Siempre saltaba del tanque al verlo y Jimmy tenía que esforzarse para que no lo siguiera por el campamento.

Las dos niñas, Jeanne y Lisa, estaban celosas por el hecho de que su foca quisiera a Jimmy. Él no les hacía caso en absoluto, lo mismo que ellas no se preocupaban por lo que les mandaba su madre. Jimmy se preguntaba qué haría su madre si él no

acudiese cuando lo llamaba o si echara a correr sin hacer sus trabajos caseros o si le replicara con la misma rudeza con que Jeanne y Lisa replicaban a su madre.

Jimmy se sentía algo ofendido por el hecho de que Lotta cultivase mucho el trato con las dos niñas. Se reía con ellas y las acompañaba para admirar dos hermosas muñecas que alguien les había regalado en tiempos. Jimmy se sentía completamente al margen y se iba con «Lucky» a esperar la llegada de los tres nuevos payasos. Se sentaba solo en el cercado y «Lucky» le lamía las botas de vez en cuando. Pensaba que era una lástima que hubiesen venido Jeanne y Lisa.

Pronto apareció un hermoso carromato. Estaba pintado de rojo, y en sus paredes de madera había carteles que mostraban a los dos payasos, Twinkle y Pippi. Tenían un aspecto muy cómico con sus enormes cejas, narizotas rojas, anchas bocas y largas orejas. Sonreían a Jimmy desde los carteles, y el niño estaba tan absorto mirándolos, que casi se cayó del cercado cuando una enmarañada cabeza asomó por una ventanilla del carromato y le gritó:

—¡Niño! ¿Estamos cerca del campamento del circo?

Era Twinkle, uno de los payasos. Pero no estaba vestido ahora como cuando trabajaba en la pista ni tenía la cara pintada como la de un payaso. Era sencillamente un hombre de rostro jovial, de ojos saltones y un montón de cabellos rubios.

—Sí, es aquí —respondió Jimmy saltando a tierra—. ¿Es usted Twinkle o Pippi?

Otra cabeza se asomó por la ventanilla y, con gran asombro de Jimmy, resultó ser exactamente igual que la anterior. Tenía una maraña de cabellos rubios y azules ojos saltones que chispeaban alegremente.

—Oye —dijo la primera cabeza a la segunda—, este niño quiere saber si soy Twinkle o Pippi. ¿Quién soy?

—Bueno, si tú eres Twinkle, yo soy Pippi. Y si yo soy Pippi, tú eres Twinkle —contestó el segundo hombre solemnemente.

Se miraron uno a otro de forma tan cómica, bajando y subiendo las cejas, que Jimmy prorrumpió en una carcajada y Lotta se acercó corriendo para ver el motivo de aquella risa.

Twinkle y Pippi salieron de su carromato y sonrieron a los dos niños. Eran exactamente iguales, incluso en los hoyuelos que tenían en las mejillas derechas.

Hubo griterío de bienvenida en todo el campamento, y el señor Galliano acudió en seguida. Twinkle y Pippi eran viejos amigos suyos. Los había conocido en muchos circos y espectáculos. Les estrechó la mano, les dio unas palmaditas en las espaldas y se los llevó a su carromato para que viesan a la señora Galliano.

—Me son simpáticos Twinkle y Pippi —declaró Jimmy—. Vamos a divertirnos mucho con ellos, Lotta.

—¡Bah! No son unos payasos tan buenos como los que hemos visto a menudo en otros espectáculos —dijo la voz burlona de Lisa.

Jimmy se alejó. Le desagradaba el modo que Lisa tenía siempre de burlarse de cualquier cosa. Incluso se había reído de la perrita «Lucky» y afirmó con desparpajo

que una vez había visto un perro que era muchísimo más listo que «Lucky».

—Y ya verás lo que sucede cuando haya cumplido tres años —remachó—. El cerebro se le quedará vacío. No sabrá hacer ninguna de las gracias que hace ahora. Tú espera, y verás.

—¡No digas cosas tan falsas y tan desagradables! —protestó Jimmy alzando entre sus brazos a «Lucky».

Los cuatro niños se quedaron esperando a ver si llegaba Google, el tercer payaso. Y así fue. Conducía una furgoneta la cual tiraba de una «roulotte».

—Me pregunto qué llevará en la furgoneta —dijo Lotta.

—Ese automóvil que se le hace pedazos —conjeturó Jimmy—. ¡Qué divertido! ¿Crees que es Google quien conduce la furgoneta? Lleva a su lado un perrito muy gracioso.

Era Google. Pero Google, fuera de la pista, era una persona muy diferente del Google que aparecía ante los espectadores. Era un hombre quisquilloso bajito y con cara de rasgos duros y la única criatura a la que realmente quería en este mundo era a su perro «Squib». Odiaba a los niños y les lanzó una mirada furiosa al pasar cuidadosamente con su furgoneta por la puerta del cercado.

—No me gusta mucho su aspecto —confesó Jimmy—. Parece como si quisiera comernos a todos.

—Pero su perro es monísimo —objetó Lotta—. ¡«Squib»! ¡«Squib»!

El perro, que iba en el asiento al lado del conductor, enderezó las orejas al oír que gritaban su nombre, pero no se apartó del lado de su amo. «Lucky» le ladró, pero él no devolvió el ladrido. No iba a hacerse amigo de nadie mientras no hubiese olfateado concienzudamente el campamento y se hubiera asegurado de qué amistades le interesarían. Era un perrito muy especial y estaba tan encariñado con su dueño que incluso salía a la pista con él y hacía todo lo que estaba en su mano por ayudarlo, aunque siempre sufría un gran susto con el estampido que sonaba al hacerse pedazos el auto.

Britomart no iba a negar hasta el día siguiente, por lo cual resultaba inútil quedarse esperando en el cercado. Los niños vagaron por el campamento gastándoles bromas a los loros, admirando las cebras y excitando a «Neptuno» al decirle que pescado, pescado y más pescado llegaría para su comida. Se salió del tanque y se enrolló ávidamente alrededor de las piernas de Jimmy, y no quería volver al agua. El niño entonces echó a correr, pero la foca lo siguió moviendo rápidamente las aletas.

—¡Vuelve a tu casa, «Neptuno»! —ordenó Jimmy, alarmado—. Me pondrás en un aprieto si me sigues de esta manera.

La foca miró a Jimmy con sus hermosos ojos castaños e hizo unos ruiditos cariñosos. Parecía pensar que Jimmy era la persona más maravillosa que había conocido nunca y, por primera vez, Jimmy deseó que un animal no le tuviera tanta simpatía.

Trató de esquivarla dando la vuelta a un carromato, metiéndose debajo de un carro, saliendo por el otro lado y subiendo de tres en tres los escalones de su propio carromato. Pero la foca lo seguía fielmente y trepó con facilidad por la escalera, Jimmy había cerrado la puerta, y la foca la golpeó fuertemente con la nariz.

—¡Adelante! —gritó la madre de Jimmy, que estaba pelando patatas.

No tenía la menor idea de que estuviese una foca allí fuera.

«Neptuno» dio un empujón tal a la puerta con la nariz, que la abrió de par en par y entró lanzando muchos grititos de alegría.

—¡Cielo santo! ¿Qué es esto? —exclamó la señora Brown, asustada—. ¡Es la foca! ¡Dios mío, lo que hay que ver! ¿Es que cree que la hemos invitado a comer o qué? Realmente, con los loros, los monos y los chimpancés, ya tengo bastante. No me queda tiempo para focas. Jimmy, dile que se vaya. Está destrozando el carromato con ese galope que lleva por el suelo.

Jimmy no tuvo más remedio que echarse a reír. La foca estaba haciendo todo lo posible para sentarse en las rodillas del niño. Por lo menos, ésa era la impresión que daba. Jimmy se puso en pie y salió del carromato.

—Vamos, «Neptuno» —ordenó a la foca—. No puedes estar correteando de esta forma. Tu sitio es el estanque.

Se encontró con Pierre cuando conducía la foca al tanque. Pierre estaba enfadado.

—¿Qué es eso de llevarte a «Neptuno» así como así? —preguntó—. Podría hacerse daño y vale mucho dinero.

—No he sido yo quien la ha sacado —contestó Jimmy—. Saltó del tanque y se empeñó en seguirme.

—Lisa dice que fuiste tú quien la sacó —afirmó Pierre, todavía muy enfadado.

La foca se había puesto al lado de su amo y estaba tratando de agarrarle una mano con la boca. Era una criatura muy cariñosa y nadie podía dejar de quererla.

—Pues, entonces, Lisa ha dicho una mentira —protestó Jimmy, indignado—. Es una niña que tiene mala idea. No me llevé a la foca. Lo que usted debía hacer es poner a Lisa de guardia junto al tanque para que estuviera al cuidado de la foca todo el día. Así, por lo menos, trabajaría en algo.

Pierre se alejó con «Neptuno», y Jimmy vio que Lisa lo estaba espiando desde detrás de un furgón, encantada por el hecho de que le hubiesen reñido. Corrió hacia ella, y la niña desapareció inmediatamente.

Jimmy se fue a ver a Twinkle y a Pippi. Ya se habían hecho amigos de Stanley Pegajoso y estaban hablando animadamente de lo que podrían hacer en la pista, porque iban a trabajar juntos. Google tendría un número independiente. Stanley se alegraba de eso, porque no le había hecho mucha gracia el aspecto sombrío del tercer payaso, bajito y de rasgos duros.

Jimmy se quedó allí escuchando. Twinkle y Pippi se parecían tanto, que todavía no le era posible distinguir a uno del otro, y si les preguntaba, fingían no saberlo y se

interrogaban uno a otro quién era quién y se rascaban la cabeza y enarcaban las cejas hasta que Jimmy prorrumpía en carcajadas.

—Son gemelos —explicó Stanley—. Nadie ha descubierto todavía qué gemelo es quién, y yo desde luego no lo sé ni lo sabré nunca. Incluso tienen exactamente las mismas pecas.

Sólo faltaba por llegar Britomart, el gran mago, y luego, al día siguiente de su llegada, el circo volvería a abrirse, esta vez con todos sus nuevos artistas. ¡Dios mío, qué espectáculo iba a ser! Jimmy y Lotta apenas podían aguardar que llegase la noche.

BRITOMART SE INCORPORA AL CIRCO

El mago no llegó hasta el anochecer del día antes de que el circo empezara de nuevo a dar funciones. Venía en un coche espléndido, azul con adornos plateados, y todo el interior tapizado también en azul y plata.

Britomart iba vestido con traje de calle, pero aparecía muy elegante aunque sólo llevara un terno azul marino y un sombrero gris. Era muy alto, más alto que el señor Galliano, y tenía unos bigotes todavía más maravillosos. Sus cejas eran negras como el azabache, y tan pobladas, que se proyectaban por encima de sus ojos. Unos ojos extraños. Eran tan negros como su cabello, pero brillaban fríamente, como el acero, cuando miraba a alguien. Al parecer, no sonreía nunca, y los cuatro niños le tomaron un poco de miedo.

Salió de su magnífico coche y fue a hablar con el señor Galliano. Se mostró muy altivo con el maestro de pista y ni siquiera le estrechó la mano. En cuanto a la amable señora Galliano, ni siquiera la saludó.

Pronto llegó una espléndida furgoneta que transportaba las pertenencias del mago propias para su trabajo en el circo. Era azul y plata, como el auto, y a lo largo de uno de sus costados estaba escrita una sola palabra, con enormes letras plateadas:

BRITOMART

—¡Caramba, es magnífico! —comentó Jimmy—. Nunca ha venido antes al circo de Galliano una persona así. Debe de ser muy rico.

—Lo es —dijo Lisa, quien siempre sabía todo lo relativo a cualquier personaje famoso, o fingía saberlo—. Me sorprende que venga a un circo de dos peniques como éste. No puedo imaginarme por qué lo hace.

—Supongo que por la misma razón que lo habéis hecho vosotros —replicó Jimmy, enojado—. ¡Para ganar algún dinero! Cualquiera que te oyese hablar creería que eres la dueña de todos los circo del mundo. ¡Contén un poco la lengua, señorita sabelotodo!

Lisa se burló de Jimmy sacándole la lengua y avanzó un brazo para pellizcarlo malignamente. Pero él ya estaba preparado y se quitó de en medio.

Britomart no iba a dormir en el campamento. Se alojaría en el mejor hotel de la ciudad y sólo vendría al circo al anochecer poco antes de empezar la función.

—De lo cual me alegro —comentó Stanley Pegajoso—. Ese hombre puede saber mucho de magia, pero me pone la carne de gallina con esos ojos fríos y brillantes que

tiene.

Al día siguiente todos estuvieron muy ocupados. La enorme tienda nueva estaba ya montada, y Brownie y los demás hombres se habían asegurado de que estaba tan sólidamente afianzada como era posible. No querían que el viento pudiese arrancarla del suelo como ocurrió con la anterior. Se habían comprado muchos bancos nuevos y ya estaban colocados alrededor de la pista.

Incluso la pista era nueva, porque el señor Galliano había encargado nuevos trozos de felpa que, una vez unidos, hacían una pista mayor que la que tenían antes.

El programa estaba cuidadosamente elaborado. La función duraría más tiempo que de costumbre, porque había más artistas, pero también las entradas iban a costar más. A cada uno de los artistas se le fijó su tiempo y su turno y se llevó a cabo un ensayo general por la mañana.

Todo el mundo lo hizo bien, sólo Britomart faltaba allí. Nunca acudía a los ensayos y, como era tan famoso, le dejaban hacer lo que quisiese, Jimmy y Lotta estaban muy excitados. «Lucky» estaba llena de alegría al pensar que el espectáculo iba a reanudarse, porque ella, como los demás animales, gustaba de la excitación de la pista.

Llegó la primera noche, las grandes ciudades situadas cerca del campamento se habían enterado de la función que se iba a dar, porque el señor Galliano había enviado a sus hombres a pegar enormes carteles por todos los sitios. Así todo el mundo lo sabía y centenares de personas acudieron a ver la primera función. Entraban a raudales por las grandes puertas donde adquirían los billetes y seguían avanzando luego hacia la amplia tienda. Luces deslumbrantes alumbraban el interior y grandes sombras bailaban en el techo. La banda empezó a afinar sus instrumentos. El tambor movía suavemente los palillos sobre su instrumento. «Jumbo» barritaba en alguna parte y algunos de los loros chillaban gozosamente. Les gustaba entrar en la pista con Madame Prunella, les gustaban los aplausos, los vítores y gritos, lo mismo que les gustaba a la gente del circo.

Empezó la función. El desfile de todo el personal del circo, alrededor de la pista: caballos, domadores, perros, carruajes, personas y animales saludando y haciendo inclinaciones pasaron ante el público, y luego empezó el primer número.

Era el de Lal y Laddo, con sus hermosos caballos que bailaron al compás de un vals, hicieron cabriolas y se alzaron sobre sus patas traseras irguiendo sus cabezas adornadas con grandes ramilletes de plumas de avestruz. Jimmy pensó que nunca lo habían hecho tan bien como aquella noche.

Uno a uno fueron interpretados los diversos números. «Sammy» y el señor Wally, Liliput y sus monos, Prunella y sus loros, Lotta y «Belleza» y luego Pierre y su foca amaestrada.

¡La foca! ¡Era simplemente maravillosa! Galopaba junto a Pierre, que ahora estaba espléndido con su traje de plata y oro. «Neptuno» demostraba poseer más inteligencia que un perro. Hacía todo lo que le mandaban. Se sentaba en un taburete.

Galopaba por la pista de felpa valiéndose de sus aletas. Jugó al criquet con su amo, sin perder ni una sola de las pelotas que Pierre le enviaba por el aire.

Mantuvo en equilibrio una larga pértiga sobre la misma punta de la nariz, y luego Pierre colocó una pelota en lo alto de la pértiga. Y «Neptuno» dio la vuelta a la pista con la pértiga en la nariz y la pelota mantenida en equilibrio sobre la punta de la pértiga. Jimmy no podía imaginarse cómo lograba hacer aquello.

El animal sabía otro truco. Pierre trajo cinco campanitas que colgaban de una barra de bronce y «Neptuno» empezó a dar golpecitos a las campanas con la nariz, interpretando de esta forma una melodía que era entonces muy popular. La gente aplaudía entusiasmada.

—¡Es maravilloso! —exclamó Jimmy mientras la foca salía al galope de la pista al lado de Pierre, a quien trataba de alcanzarle la mano—. ¡Cómo me gusta esa foca! ¡Ojalá tuviese yo una!

También el número de las cebras fue muy hermoso. Entraron trotando y jugaron una especie de partido de fútbol, arrojándose diestramente el balón una a otra.

—Parecen futbolistas con camisetas a rayas —le dijo Jimmy a Lotta—. Mira, parece que Zeno va a hacer algo más. Era verdad. El entrenador apartó a tres de las cebras y saltó a lomo de los animales. Puso un pie en cada una de las cebras de los lados, de forma que iba abierto de piernas sobre la tercera. Luego, a una voz de mando, todas las demás cebras se colocaron ordenadamente delante de él y el mozo de cuadra le entregó las riendas. Y Zeno con sus doce cebras galopó alrededor de la pista, bien plantado sobre los lomos de dos de ellas y con una tercera en el medio.

Todo el mundo sabía lo difícil que es domesticar y amaestrar las cebras y el público aplaudió y vitoreó a Zeno hasta enronquecer. Los loros, que estaban fuera de la pista, se excitaron mucho al oír aquel estrépito y se unieron también a los vítores.

—¡Hurra, hurra! —vociferaban los loros, hasta que Madame Prunella los reprendió y los hizo callar.

Pero todavía «Gringle» siguió chillando desaforadamente, y Prunella tuvo que alejado un rato hasta que el pájaro se calmó.

Los payasos constituyeron un éxito enorme. Jimmy rió hasta saltársele las lágrimas cuando montaron un hermoso puesto de verduras que llenaron de diversas frutas y hortalizas, tropezando uno con otro repetidas veces, chocando con las cajas hasta que al final se enfadaron terriblemente y empezaron a lanzarse uno a otro las frutas y las verduras.

¡Chas, chas!, hacían los tomates.

¡Pum, pum!, sonaban las coles.

¡Pam, pam!, retumbaban las naranjas.

Se tardó más de tres minutos en barrer la pista después de aquel número tan extravagante. Twinkle y Pippi disfrutaron tanto como el público y salieron riendo y haciéndose guiños, con el pelo mojado por el jugo de los tomates.

—¿No te gustaría formar parte de nuestro número, Jimmy? —preguntó con una mueca burlona uno de ellos.

Jimmy no sabía si era Twinkle o Pippi, porque se vestían exactamente igual para salir a la pista. Stanley fingió arrojarle un tomate a Jimmy, y el niño se encogió, temeroso de que le estropearan su espléndido vestido de circo.

El y «Lucky» constituyeron también un gran éxito. «Lucky» sabía andar por el alambre con la misma facilidad que cualquier equilibrista y podía deletrear palabras, cosa que siempre dejaba asombrada a la gente.

Pero lo que más sorpresa causaba era la conducta de la perrita cuando Jimmy le hacía este pregunta:

—¿Cuál es el circo más hermoso del mundo?

Y de la masa de grandes letras negras que estaban desperdigadas en el centro de la pista, «Lucky» escogía siempre las necesarias para formar la palabra «Galliano». Aquello hacía que la gente se pusiese en pie a vitorear, y Jimmy y «Lucky» daban la vuelta al anillo saludando gozosamente antes de retirarse de la pista.

Pero Britomart, el mago, fue el más asombroso de todos los artistas. Apareció con un aspecto de gigante, porque había puesto altos tacones a sus botas y una gran pluma en su sombrero, y, como era de por sí alto, parecía enorme.

Tenía también una extraña voz profunda que parecía salirle de las botas. No sólo era un mago maravilloso, sino además un malabarista. Podía agarrar doce pelotas doradas y arrojarlas una tras otra al aire y no dejar que ninguna se cayera, manteniéndolas siempre dando vueltas de arriba abajo como un surtidor de oro. Sabía arrojar a gran altura afilados cuchillos, tres, cuatro, cinco a la vez, y recogerlos limpiamente por la empuñadura, uno a uno, cuando bajaban. Resultaba un espectáculo fascinante.

Sus juegos de magia eran también maravillosos. Jimmy y Lotta, que estaban mirándolo con gran atención desde la cortina que colgaba a la entrada de la pista, no podían imaginarse cómo hacía sus trucos.

Britomart tenía una mesita sobre la cual estaba una jaula dorada. La jaula estaba vacía. En ella no había nada en absoluto. El mago enviaba a su ayudante a que diera la vuelta a la pista para mostrar la jaula vacía a la gente.

Luego, a una profunda voz de mando, el aire se llenaba de canarios. Parecían salir cantando de la nada y todos volaban alrededor de la cabeza del mago. A otra voz de mando, entraban en la jaula dorada uno a uno y luego —y eso era lo más extraño de todo—, a una tercera voz de mando, desaparecían completamente de la jaula, que volvía a verse vacía.

—¿Cómo ha hecho eso? —exclamaba Jimmy—. ¿Adónde han ido los pájaros?

Pero aquélla no era la única cosa extraña que hizo el magnífico Britomart. Sacó un par de botas altas y las colocó en el centro de la pista después de haber enviado a su ayudante a dar la vuelta al anillo para mostrar al público que las botas estaban vacías y que eran unas botas del todo corrientes.

Pero ¿podía decirse que fueran corrientes? No, no lo eran. Pues tan pronto como Britomart las colocó en el centro de la pista y dio una voz de mando, aquellas botas empezaron a bailar. ¡Cómo bailaban! La gente se quedaba atónita al verlas.

—¡Están vivas! —susurró Lotta, medio asustada—. Nunca he visto una cosa así. ¡Dios mío, es listísimo!

Britomart lo era, desde luego. Después de hacer juegos de manos y de magia durante veinte minutos, saludó y se marchó seguido por los vítores más ruidosos que Jimmy y Lotta hubiesen oído nunca.

—Y en todo el tiempo no ha sonreído ni una sola vez —comentó la niña—. ¡Qué hombre tan raro y tan listo! Sin embargo, espero que no tengamos mucho que ver con él, Jimmy.

Pero iban a tener que ver muchísimo con Britomart, aunque todavía no pudieran imaginárselo.



¡POBRE SEÑORA GALLIANO!

El circo, con sus nuevos artistas, tenía un éxito enorme. El tercer nuevo payaso, Google, constituía quizás el número más extravagante de todos, pero hacía reír a la gente hasta que se les saltaban las lágrimas. Era una persona muy solemne en la pista, y en cierto modo esto hacía que la gente se riera más aún.

Tenía un coche extraordinario que él conducía hasta el interior de la pista, con su perrito «Squib» sentado a su lado. Después que el coche había dado una vuelta a la pista, empezaba a hacer los ruidos más curiosos. Dentro de él sonaban campanas, algo chisporroteaba y empezaba un terrible ruido a lata. Todo esto hacía que Google adoptara un aspecto más solemne que nunca. Sus enormes cejas se alzaban hasta la parte superior de su frente con una expresión de sorpresa.

«Squib» se bajaba y se metía debajo del coche. Google se apeaba también, y una vez que había salido, el coche empezaba a temblar y a agitarse, disparando humo contra la nariz de Google. Él fingía enfadarse mucho con aquello. Las bocanadas de negro humo seguían saliendo, y Google y «Squib» corrían a buscar un cubo de agua. Desde luego, Google se caía y bañaba al pobre «Squib». Éste ladraba de furia y trataba de morder los amplios pantalones de payaso de Google.

Luego el coche se ponía a dar vueltas por su cuenta a la pista mientras Google y «Squib» corrían jadeantes detrás de él, llamándolo y silbándole como si se tratase de un perro. Jimmy y Lotta reían hasta saltárseles las lágrimas, que les corrían por las mejillas y les caían en el cuello. Nunca habían visto un coche que se quisiese escapar y al que le silbaran como a un perro.

Por fin Google le daba alcance y lo ataba firmemente a un poste para que no pudiese escapar de nuevo. Se tendía en el suelo y se metía debajo del coche. Éste se ponía a andar de adelante atrás y de atrás adelante pasando por encima de Google, quien gritaba y se lamentaba con toda la fuerza de sus pulmones. «Squib» tiraba de él, y los dos se quedaban sentados solemnemente para pensar qué podrían hacer ahora con aquel coche extraordinario.

Luego, Google sacaba todas las interioridades del coche y las arrojaba a la pista. Cuando hubo acabado, volvió a sentarse al volante y tocó la bocina para que se apartase «Squib». Puso en marcha el motor, y el coche entero voló en pedazos con un enorme estampido. Las ruedas se soltaron y empezaron a rodar por la pista. La parte trasera del coche se desprendió. La parte delantera salió disparada. Se cayeron los asientos. Era el espectáculo más cómico que había visto el público en toda su vida.

Y allí estaba el pobre y viejo Google sentado en el suelo, todavía con el volante en las manos, con su coche hecho pedazos en torno a él con un aire más triste y solemne que nunca. No es de extrañar que el público gritara, vitorease y aplaudiera. No era de extrañar que «Squib» moviese la cola gozosamente al escuchar tantos aplausos. Jimmy aplaudió hasta dolerle las manos y deseó que Google repitiese el número.

Pero, naturalmente, no fue así. Google y los demás payasos recogieron las piezas del coche y se retiraron; Google saludando y sonriendo todo el tiempo, complacido por su éxito.

—Tenemos suerte, Lotta —dijo Jimmy, lleno de alegría—. Veremos a Google hacer esto todas las noches, siempre que queramos, y, en cambio, los niños del público pueden llamarse afortunados si lo ven una sola vez.

Los niños que habían pagado para ver el circo miraban a Jimmy y a Lotta con sorpresa y envidia cuando éstos aparecían en la pista todas las noches. ¡Qué maravilloso poder vestirse de aquella manera y tener una perra tan inteligente como «Lucky» y un caballo tan lindo como «Belleza»!

—Debéis de ser muy felices —le dijo una vez un niño a Jimmy—. ¡Qué buena vida la vuestra!

—No es tan fácil como parece —replicó Jimmy—. La gente de circo tiene que trabajar mucho y practicar todos los días. Trabajo tanto como puedas trabajar tú y quizá más.

El espectáculo del circo era tan bueno, que la gran tienda se abarrotaba todas las noches. El tiempo era hermoso y muchos autos y autobuses llegaban al campamento del circo desde ciudades distantes. El señor Galliano se mostraba encantado. Aunque tenía que pagar a los nuevos artistas muchísimo dinero, eso no importaba, porque ahora venía muchísima más gente al circo y se recaudaba una cantidad muy superior.

Los nuevos artistas se adaptaron bien al ambiente y se comportaban de un modo espléndido, excepto Google el payaso y las dos niñas Lisa y Jeanne. Desde luego Google era un hombre de muy mal humor, y nunca tenía una palabra de broma fuera de la pista. En cuanto a Jeanne y Lisa, eran dos niñas mimadas, de modales muy feos y a las que nadie les tenía simpatía. Estaban siempre jugándole malas pasadas a Jimmy y tratando de ponerlo en uno u otro aprieto.

A Lotta le gustaba jugar con ellas, y esto hacía que Jimmy se sintiera furioso y desgraciado. Lotta había sido siempre su única amiga y no le gustaba tener que compartir con nadie aquella amistad.

—¿Por qué has de ir a jugar con esas estúpidas muñecas que tienen Lisa y Jeanne? —rezongaba—. ¿Por qué no vienes conmigo a probar mi nueva cometa? Las muñecas son cosas de niñas.

—No, no es verdad —replicaba Lotta—. Me gustan las muñecas. Antes nunca he jugado con ellas; sólo con perros y caballos. Tú puedes venir y jugar con las muñecas también si quieres, Jimmy.

—¡Uf! —decía Jimmy rudamente—. Si tú eres un crío, yo no lo soy.

No era muy prudente decirle una cosa así a Lotta, que sabía mostrarse muy obstinada cuando se le antojaba, por lo que la niña se iba y jugaba más encarnizadamente aún con Lisa y Jeanne. La señora Brown se entristecía al ver eso, porque estaba convencida de que las dos pelirrojas eran mala compañía para Lotta. Estaban enseñándola a mostrarse ruda y descarada y desobediente además. Lal, la madre de Lotta, nunca pudo manejar muy bien a la voluntariosa niña, pero la señora Brown sí que podía, pero ahora se encontraba con que Lotta le respondía de mala manera y la desobedecía siempre que se le presentaba la ocasión.

Britomart, el mago tenía muy poco trato con la gente del circo, llegaba y se iba sin tener nunca una sonrisa, sin saludar a nadie y sólo hablaba con Pierre, con quien había trabajado en otro circo. Todos le tenían cierto miedo e incluso parecía que los animales no lo miraban con simpatía cosa insólita en un circo.

«Jumbo» torcía sus grandes orejas inquietamente cada vez que Britomart pasaba cerca. «Sammy» rezongaba enojado. «Jemima» echaba a correr. «Lucky» gruñía.

—Hay algo raro en Britomart —le dijo Jimmy a Lotta—. «Lucky» le tiene simpatía a todo el mundo, menos al mago. Tampoco se la tiene «Belleza». Ayer, cuando ibas montada en el caballo, éste dio un rodeo para esquivar a Britomart, Lotta.

Zeno y sus cebras se hicieron pronto muy populares. Él, el señor Tonks y el señor Volla entablaron una cordial amistad y pusieron sus carromatos cerca uno de otro. También Twinkle, Pippi y Stanley Pegajoso se hicieron pronto muy amigos, y todos lo eran de Madame Prunella. A menudo se sentaban con ella fuera de su carromato para saborear algunas de las maravillosas salsas que sabía hacer aquella mujercita. Ella había estado en muchos países cálidos para adquirir sus loros y había aprendido a hacer toda clase de platos raros que a los tres payasos les gustaban mucho.

Google no se hizo de ningún amigo, pero «Squib» fue pronto un gran compañero de juegos para «Lucky». Aquellos dos perros se querían de verdad y jugaban a las carreras y al escondite siempre que podían. «Lucky» incluso empezó a reservar parte de su comida para compartirla con «Squib», a quien no le ponían platos tan buenos como los que le daban a «Lucky».

Una mañana, Jimmy se encontró con el señor Galliano al cruzar el campamento para ver los perros con Lotta. Con gran sorpresa por su parte, vio que el señor Galliano tenía su sombrero de copa completamente derecho. Eso siempre significaba que el jefe de pista estaba irritado por algo y Jimmy se preguntó qué sería. Se disponía a hablarle, cuando el señor Galliano apartó rudamente al niño a un lado.

Aquello asombró tanto a Jimmy que se quedó inmóvil, mirando fijamente. Galliano nunca había sido tan rudo. El maestro de pista clavó la mirada en el niño y le gritó:

—¿Es que no tienes ningún trabajo que hacer? Pues hazlo inmediatamente y no te quedes ahí parado con la boca abierta como un perro hambriento.

Jimmy se escabulló y Lotta se fue con él, algo asustada.

—¿Qué le pasará? —dijo—. ¿Por qué estará así el señor Galliano? Parece estar muy enfadado.

Los niños pronto se enteraron del porqué. La señora Galliano estaba muy enferma. Stanley Pegajoso se había enterado por Madame Prunella, a quien habían llamado durante la noche para que fuera al carromato de la señora Galliano.

—Él señor Galliano adora a su esposa —explicó Stanley mientras se cosía una borla negra en un traje de payaso—. El médico vendrá pronto y, mientras no termine su visita, será mejor que no os dejéis ver por Galliano.

Así, pues, Lotta y Jimmy se mantuvieron alejados del jefe de pista, pero Jeanne y Lisa no tuvieron precaución y recibieron unos buenos sopapos por haber tropezado con él al dar la vuelta a un carromato. Dando alaridos, corrieron en busca de su madre.

—Se lo tienen bien merecido —dijo Jimmy sin poder ocultar su satisfacción—. Una buena ración de bofetadas es lo que necesitan esas dos. ¡Ojalá pudiera yo darles unas cuantas!

La señora Brown fue a ver si podía ayudar en algo a la señora Galliano, que estaba tendida en la gran cama de su carromato, muy pálida y con aire de enferma. Nadie sabía qué era lo que le pasaba, y todo el mundo estaba muy preocupado, porque la gorda y amable Tessa se había hecho querer por todos.

—¿Crees que tendrá que alejarse del circo? —preguntó Jimmy.

Su madre, la señora Brown, asintió con la cabeza.

—Me temo que sí —contestó—. Parece estar muy enferma y no podría resistir el ruido y el ajetreo del campamento ni viajar por la carretera cuando el circo se ponga en marcha.

Por fin llegó el doctor. Estuvo muchísimo tiempo con la señora Galliano, Madame Prunella y el jefe de pista. Cuando salió del carromato poniéndose los guantes, tenía un aire lleno de gravedad. El señor Galliano lo seguía, las lágrimas corriéndole por las mejillas y mojándole el bigote. Los dos niños, que atisbaban desde cierta distancia, se sintieron alarmados. Nunca se les habría ocurrido pensar que el señor Galliano pudiese derramar lágrimas.

No les gustaba verlo tan triste, y corrieron al carromato de Jimmy. La señora Brown salió para enterarse de qué noticias había y pronto volvió y se las contó a los niños.

—La pobre señora Galliano está gravemente enferma —dijo—. Tiene que ir a un hospital y ver a un doctor muy famoso que podría curarla. Ella no hace más que decir que no quiere separarse de Galliano, así es que Dios sabe lo que va a pasar.

—Pero no puede seguir en ese carromato si está tan enferma —intervino Lotta—. ¿Qué va a ocurrir ahora?

Toda la gente del circo estaba preocupada y triste. Nadie se atrevía a hablarle a Galliano, que caminaba de arriba abajo mordiéndose los bigotes y con el sombrero completamente derecho. Luego entró en su carromato y cerró la puerta.

Cuando salió de nuevo, llamó al señor Wally, al señor Tonks y a Liliput. Se le acercaron, serios y callados.

—Muchachos —dijo el jefe de pista—, no voy a dejar sola a la señora Galliano. He de ir con ella. No puede permanecer aquí, tiene que ir a un hospital, pero yo no puedo dejarla sola.

—Lo sentimos terriblemente, señor —dijo el señor Tonks, con aire tan abatido como el pobre señor Galliano—. Pero ¿qué va a pasar con el circo? Tiene que haber un jefe de pista.

—Sí —contestó el señor Galliano—. No me he olvidado de eso. Tendrán ustedes un jefe de pista: será Britomart.

BRITOMART, EL HOMBRE QUE NO RÍE

Así, pues, Britomart el mago iba a ponerse a la cabeza del circo. El señor Tonks, el señor Volla y Stanley miraron a Galliano consternados. Ninguno de ellos le tenía simpatía a Britomart, aunque sabían que era muy listo y que había tenido un circo propio.

—Britomart sabe cómo llevar un circo —dijo el señor Galliano—. Estoy seguro de que lo hará bien. El espectáculo está funcionando ahora espléndidamente y así seguirá durante semanas. Quizá cuando vuelvan ustedes a ponerse en movimiento regresaré con Tessa.

Nadie dijo nada. Se sentían todos muy abatidos al perder tanto al señor Galliano como a su esposa, pero no podían pedirle que se quedara y que dejase sola a la señora Galliano. Los tres hombres clavaron la vista en el suelo, y el señor Tonks se sonó la nariz tan ruidosamente, que casi pareció que «Jumbo» estaba barritando.

Luego habló el señor Wally:

—¿Cuándo se va usted, señor? —preguntó—. ¿Hoy?

—Esta misma mañana —respondió el señor Galliano—. Tessa tiene que marcharse inmediatamente, según ha dicho el doctor. Un coche vendrá a recogerla; sí, ya veo que llega a la puerta. Ahora, amigos míos, ustedes harán todo lo posible por ayudar a Britomart, ¿me lo prometen?

—Haremos todo lo posible —prometieron el señor Wally, el señor Tonks y Stanley.

Estrecharon la mano del jefe de pista y, con caras serias y solemnes, vieron cómo Madame Prunella, la señora Brown, Lal y una enfermera colocaron cómodamente a la señora Galliano dentro del gran coche. Ella sonreía animosa a todos. Luego el señor Galliano, llevando todavía sus pantalones «breeches», su media levita y su sombrero de copa, pero sin su látigo, entró en el coche y se sentó junto al conductor.

Toda la gente del circo acudió corriendo, pues la noticia se había extendido por todo el campamento como un reguero de pólvora.

—¡Galliano se va! ¡Galliano se va! ¡Pronto, vamos a decirle adiós!

La gente afluyó de todos los carromatos precipitándose a despedir al jefe de pista: los mozos de cuadra, Brownie, Pierre, Jeanne, Lisa, los payasos, el señor Volla, Jimmy, Lotta, «Lucky» y «Lulú», toda una multitud que empezó a correr junto al gran coche cuando éste, lenta y cuidadosamente, salió del campamento con el señor Galliano agitando un brazo en señal de adiós y tratando de sonreír.

Luego avanzó por la carretera, todavía con lentitud para que la señora Galliano no sufriera con los baches. Desapareció en un recodo y todo el mundo se quedó con aire triste.

Lotta empezó a llorar. Quería mucho a la señora Galliano. Jimmy le pasó un brazo por la cintura.

—Animo, Lotta —dijo—, la señora Galliano pronto estará mejor, y entonces el señor Galliano volverá y todo se arreglará de nuevo.

Hubo un ruidoso bocinazo en la carretera, y un gran coche azul y plata entró por la puerta del campamento. Torció a un lado y avanzó lentamente sobre los baches.

—Es Britomart —señaló Lotta, secándose los ojos—. ¡Qué alto es!

El mago parecía más alto aún aquella mañana. Sus ojos, negros como el azabache, brillaban bajo sus hirsutas cejas cuando lanzó una mirada circular por el campamento.

—¿Dónde está el señor Wally? —preguntó.

El señor Wally se acercó.

—Quiero celebrar una reunión con todos los artistas principales —anunció Britomart—. Luego daré una vuelta por el circo y lo inspeccionaré todo. Utilizaré el carromato de Galliano como si fuera mío, y viviré en el campamento ahora que soy jefe de pista.

—Desde luego, señor —dijo el señor Wally.

«Sammy» venía detrás de su amo y deslizó una peluda garra en la mano de éste.

—Llévese a ese chimpancé y métalo en su jaula —ordenó Britomart—. En los circos donde mando yo no se permite que los animales anden sueltos por el campamento.

—Pero, señor, «Sammy» lo hace siempre —dijo el señor Wally, sorprendido—. Es como un niño. Juega con los niños y es bueno como el pan. Enfermará de melancolía si está siempre enjaulado.

—Ahora soy yo quien manda aquí —replicó Britomart con voz fría—. Haga el favor de encerrar al chimpancé.

El señor Wally, con la cara sombría como una tormenta, se alejó con «Sammy». El señor Galliano nunca le había dado una orden parecida, y aquí estaba Britomart dándole órdenes cuando no llevaba ni dos minutos en el campamento.

—Dígales a dos o tres mujeres que limpien el carromato del señor Galliano y que metan sus muebles en un furgón vacío —ordenó Britomart a Brownie, quien estaba por allí cerca—. Esta tarde traeré algunas de mis cosas.

Brownie fue a decirle a la señora Brown que buscara a alguna mujer que la ayudara a limpiar el carromato. La señora Brown se apresuró a buscar a Lal, y las dos mujeres empezaron a sacar los muebles para que los hombres los almacenaran en un furgón.

A Jimmy y a Lotta les desagradaba ver cómo iban sacando las cosas del carromato que tan bien conocían. La gran cama fue desarmada, y enrolladas las

mantas y sábanas. Incluso los cuadros fueron descolgados de las paredes. Sólo eran carteles en color de los muchos personajes circenses que conocía el matrimonio, pero hacían que las paredes tuviesen un aspecto alegre y brillante.

Britomart fue a mirar los caballos. Le gustaban los caballos, y los animales se quedaban perfectamente quietos mientras él acariciaba y hablaba a cada uno. Pero ningún animal le alargaba el hocico como hacían con Lotta, Jimmy, Lal y Laddo.

Lotta llegó corriendo en busca de «Belleza» mientras Britomart estaba allí con los caballos. Saltó a lomos del caballo y lo sacó de la cuadra. Britomart la llamó con su profunda voz:

—Lotta, ¿adónde vas?

—Voy a dar un paseo por las colinas —contestó Lotta.

—No puede sacarse ningún caballo del circo a cabalgar por simple entretenimiento —dijo Britomart—. Tráelo aquí.

—¡Pero si es mi propio caballo! —exclamó Lotta—. Completamente mío. Puedo montado siempre que se me antoje.

—Puede ser tuyo, pero pertenece al circo —replicó Britomart—. Y, mientras yo sea jefe de pista, obedecerás mis reglas y mis órdenes, niña. Trae ese caballo aquí.

Lotta sacudió sus negros rizos, con la cara roja de cólera. Estaba a punto de alejarse al galope, cuando Jimmy, quien había escuchado el diálogo, agarró la brida.

—No seas tonta, Lotta —dijo en voz baja—. No conseguirás más que ponerte en un aprieto. Lleva a «Belleza» a su sitio. Sabes muy bien que cualquier jefe de pista tiene derecho para imponer sus propias reglas.

Lotta dio un golpe en la mano de Jimmy para que soltara la brida, pero él la agarró de nuevo y llevó firmemente el caballo adonde estaban los demás. Lotta estaba tan encolerizada, que no pudo decir una palabra ni a Britomart ni a Jimmy. Se apeó de la silla y corrió al su carromato todavía con la cara arrebolada. ¿Cómo se atrevía a decir aquel hombre que no debía cabalgar con «Belleza» por las colinas? ¡Si lo hacía todos los días!

—Ésa es una niña mimada —dijo Britomart—. Debe hacer lo que se le dice, o no la dejaré salir a la pista.

«¡Cielo santo! —pensó Jimmy, consternado—. ¡No dejar que Lotta salga a la pista...! ¡Debe de estar loco! ¿Qué diría Lotta? Será mejor que la avise para que tenga cuidado».

Se alejó para buscar a Lotta. Britomart convocó una reunión de todos los artistas, y pronto estuvieron a su alrededor escuchando lo que tenía que decirles. Sólo Lotta y Jimmy no estaban presentes.

Jimmy había encontrado a Lotta en la cama del carromato de la niña, aporreando furiosamente la almohada, imaginando que ésta era Britomart. El niño no tuvo más remedio que echarse a reír.

—Lotta, no seas tonta. Vas a llenar todo esto de plumas.

—¡Me gustaría que fuesen cabellos de Britomart que pudiera arrancarle! — replicó Lotta fieramente—. ¡Lo odio! ¡Hombre horrible y frío que no ríe nunca!

—Lotta, escúchame un momento —dijo Jimmy sentándose en la cama.

—No quiero —replicó Lotta, dándole un empujón a Jimmy.

Él la empujó a su vez.

—Tienes que escucharme —inquirió—. ¿Sabes lo que Britomart acaba de decir? Que si no haces lo que se te ordena, no te dejará aparecer en la pista.

Lotta se quedó mirando a Jimmy, horrorizada.

—¿Que no me dejará, aparecer en la pista? —exclamó—. ¿Que no me dejará montar en «Belleza» todas las noches de función? ¿Cómo se atreve a decir eso?

—Lotta, sé razonable —rogó Jimmy—. Tú sabes que cualquier jefe de pista da sus propias órdenes y hay que obedecerlas. Lal y Laddo te dirán lo mismo.

Lotta estaba todavía furiosa. Se quedó con aire sombrío y no quiso decir ni una palabra más. No quería prometer que iba a ser buena; no queda ni siquiera decir que lo intentaría. Jimmy acabó por dejarla, sintiéndose un tanto enfadado él mismo. Se incorporó al personal que estaba reunido alrededor de Britomart, quien anunciaba la introducción de las modificaciones que iba a hacer en el espectáculo.

No cabía duda de que Britomart era un hombre muy inteligente. La mayor parte de las modificaciones que hizo eran muy acertadas. El señor Galliano era un buen jefe de pista, pero más bien despreocupado y bonachón, deseoso de que la gente del circo hiciera lo que quisiese con tal que su trabajo fuera bueno y les hiciera sentirse felices. Britomart sólo se preocupaba de que el trabajo fuera lo más perfecto posible; la felicidad de la gente venía en segundo lugar, o no venía en absoluto.

Twinkle y Pippi se encontraron con la desagradable sorpresa de que su número iba a ser acortado y que en cambio, se alargaba el de Google. También se acortaría el número de «Jumbo» y se alargaría el de la foca amaestrada. Aunque una parte del personal gruñó un poco, la mayoría pensó que Britomart, desde luego, sabía muy bien lo que se traía entre manos.

Aquella tarde, un furgón trajo las pertenencias de Britomart. Jimmy y Lotta, Jeanne y Lisa miraban asombrados. Nunca habían visto unos muebles tan espléndidos para un carromato. Había incluso un reloj de plata con elefantitos de ébano que daban vueltas alrededor de la esfera. Los niños miraban con ojos tamaños cuando las cosas iban siendo metidas en el carromato.

—Alejaos de aquí —ordenó Britomart cuando los niños se acercaron demasiado—. Marchaos inmediatamente. Guardaos muy bien de acercaros a este carromato. Es mi domicilio particular. Si os sorprende a alguno cerca de aquí, tendrá de qué arrepentirse.

Britomart mostraba un aspecto tan feroz, que todos los niños echaron a correr inmediatamente.

—Me figuro que no invitará a nadie a que venga a tomar el té en su carromato.

Pero se equivocaba. Pierre era la única persona a la cual Britomart le tenía simpatía, y lo invitaba muchas veces a su carromato. En ocasiones, la foca «Neptuno» iba con Pierre y resultaba gracioso ver a la gran criatura moviendo sus aletas al lado de su dueño.

Ninguna otra persona charlaba con el nuevo jefe de pista. Vivía solo en el carromato y ni siquiera la mona «Jemima» se atrevía a gastarle alguna de sus bromas.

Lotta lo había apodado «El hombre que no ríe», y aquél era un mote que le sentaba muy bien. Hacía de magnífico jefe de pista cuando empezaba la función cada noche. Alto y dominante, sabía chasquear el látigo más ruidosamente aún que el señor Galliano.

Pero nadie le tenía simpatía, y todo el mundo echaba de menos al jovial señor Galliano y a su afable esposa Tessa.

—¡Ojalá vuelva pronto! —suspiraba Lotta docenas de veces al día—. ¡Ojalá vuelva pronto!

LOTTA SE METE EN LÍOS

El circo permaneció durante mucho tiempo en el mismo campamento, pues todas las noches atraía a centenares de personas y, por tanto, no había ninguna necesidad de trasladarse a otra parte. Todo iba bien en el espectáculo. Britomart era en verdad un excelente jefe de pista, y las funciones se desarrollaban con la regularidad de un reloj.

Pero fuera de la pista las cosas no iban tan bien. Entre otras causas, la principal era que Britomart nunca alababa a nadie y la gente del circo no se siente feliz sin una palabra amable. Galliano siempre había elogiado generosamente a sus hombres y a sus animales y al personal le gustaba eso y ponía más ahínco en su trabajo nada más que por agradecerle. En cambio Britomart sólo hablaba cuando algo salía mal, y entonces reprochaba con dureza las faltas que se hubieran cometido.

Lotta fue la primera en meterse en líos, y aquello ocurrió a causa de las cebras. La niña no quería mantenerse alejada de ellas y a los animales parecía gustarles aquella pequeña visitante y la acogían alegremente cada vez que se deslizaba en las cuadras de viaje. Pronto pudo acariciar a cada una de las cebras, y «Zebby» incluso aprendió a apoyar su negra nariz en la mano de la niña.

Lotta nunca entraba en las cuadras cuando estaban cerca Zeno o su ayudante, pues sabía que inmediatamente le ordenarían salir. Iba en secreto, sin decírselo ni siquiera a Jimmy.

Un día saltó suavemente al lomo de una de las cebras. Ésta respingó por efecto de la sorpresa y dio una vuelta en redondo, pero cuando comprendió que era Lotta, se quedó quieta aunque temblando un poco.

—Creo que podría montarte, «Zebby» —susurró Lotta, encantada—. Creo que podría. Espera hasta que Zeno te lleve a la pista mañana y lo intentaré.

Así, al día siguiente, cuando Zeno llevó sus cebras a la pista para sus acostumbrados ejercicios de práctica, Lotta estaba allí. Zeno sacó un grupo de cebras fuera de la pista y metió a otras seis. Lotta corrió hacia este grupo y desató a «Zebby».

Al momento estaba montada a lomos del animal. Éste dio un respingo, pero después empezó a galopar por la pista. Lotta, entusiasmada, se aferraba a su cuello.

Zeno alzó la mirada, vio a la niña, y los ojos casi se le salieron de sus órbitas. Nadie había podido montarse nunca en «Zebby». Era un animal nervioso y difícil, y a veces ni siquiera se le podía sacar a la pista para que no perturbara a las demás cebras.

«Zebby» cabalgaba por la pista con Lotta montada en su lomo, y en aquel mismo momento la fatalidad quiso que entrara Britomart en persona a hablar con Zeno.

Lotta no lo vio. Estaba abstraída preguntándose sí se atrevería a ponerse en pie sobre el lomo de la cebra como hacía con «Belleza», pero en el mismo momento en que le daba vueltas a aquella pregunta vio a Britomart erguido y silencioso al costado de la pista, y se asustó.

La cebra se detuvo bruscamente y Lotta salió despedida por encima de la cabeza del animal. Aterrizó de pie, como un gato, estirando el cuerpo. Luego Britomart empezó a rugir. Tenía una voz muy profunda que sonaba como si le saliese de las botas y que atronaba allí en la pista como una tormenta.

—¡Zeno! ¿No se le ha dicho que nadie sino usted y su ayudante deben manejar las cebras? ¿Cómo se ha atrevido a permitir que Lotta se monte en una? Es algo muy peligroso para una niña.

—Lo siento, señor Britomart —dijo Zeno, que se había quedado tan sorprendido y atónito como Britomart al ver una de sus cebras montada por Lotta—. No tenía la menor idea de que la niña estuviese en la tienda. Pero, señor Britomart, ¡es maravilloso! Ningún niño ha podido montar nunca en una cebra. ¡Le digo a usted que no podía creer lo que estaba viendo!

—¿Podré montar una cebra en la pista cuando sea el número de Zeno? —exclamó Lotta, encantada, al escuchar la alabanza del domador—. Puedo manejar cualquiera de ellas, de verdad que puedo, pero «Zebby»...

—¡Cállate de una vez! —tronó Britomart mirando a Lotta con el ceño fruncido—. Por supuesto que no montarás en ninguna cebra. Eres una niña mala por haberlo hecho. Podrías haber asustado al animal y perturbar a todas sus compañeras. Vete a tu carromato y quédate allí encerrada durante todo el resto del día.

—¡Oh, pero...! —empezó a decir Lotta indignadamente. No tuvo tiempo para pronunciar otra palabra, porque Britomart la agarró por los hombros, la zarandéó con fuerza y la empujó hacia la puerta de la tienda. Ella lanzó un grito de furia y echó a correr.

Se encontró con Jimmy y le contó lo que había pasado, ofendida y enojada.

—¡No he hecho más que montarme en una cebra! —exclamó—. E incluso Zeno ha dicho que era algo maravilloso que una cosa así la hubiese hecho una niña.

—Pero tú le prometiste al señor Galliano que no te montarías en las cebras —empezó Jimmy.

Lotta se echó atrás el cabello con un brusco movimiento de la cabeza y lo interrumpió:

—No lo prometí, no lo prometí —gritó—. No vas a decir que lo hice cuando no es verdad. Si lo hubiera prometido habría mantenido mi palabra. Pero no lo hice, no lo hice y no lo hice.

—Está bien, está bien —dijo Jimmy—. Bueno, Lotta, lo mejor que puedes hacer es quedarte en tu carromato durante el resto del día, como te ha ordenado Britomart.

Si desobedeces, seguro que te castigaré.

—¡No voy a estarme en el carromato todo el día! —gritó la furiosa niña—. Voy en busca de «Belleza» y daré un paseo por las colinas. Eso es lo que voy a hacer. Y que Britomart haga lo que quiera. En este circo puede mandar a todo el mundo, pero no me mandará a mí.

Y la enfurecida niña corrió en busca de su caballo, sin importarle lo que pudieran decirle. Jimmy sabía que cuando Lotta tenía uno de aquellos ataques no servía de nada tratar de disuadida. Vigiló ansiosamente para ver si Britomart se daba cuenta de que Lotta sacaba a «Belleza», pero el mago todavía estaba hablando con Zeno en la tienda grande.

Lotta galopó sola sobre «Belleza». Jimmy dio vueltas de un lado a otro, dando puntapiés a las piedras y seguido por la perrita «Lucky». Ahora el circo no parecía el mismo. La gente no estaba tan alegre, y Britomart parecía estar en todas partes con sus negros ojos, sus negros bigotes y la voz profunda.

De pronto Jimmy se preguntó si Britomart iría a comprobar si Lotta estaba en su carromato. No era propio de él dar una orden y no comprobar luego si había sido cumplida. Era seguro que vendría a ver si estaba la niña.

Jimmy corrió al carromato de Lotta. Abrió la puerta. No había nadie. Era un carromato desaseado y más bien maloliente, que no se parecía en nada al intachable y pulcro de su madre. Vio el catre de Lotta en el extremo más alejado y se acercó a él.

Sonrió para sus adentros. Agarró una almohada del catre de Lal y la puso en medio del catre de Lotta. Luego eligió una cacerola y la puso encima de la almohada como si fuera una cabeza. Después echó las sábanas por encima y la almohada y la cacerola cobraron el aspecto de una persona bajita tendida en el catre.

«Bueno —pensó Jimmy—. Si el viejo Britomart echa un vistazo creerá que Lotta está en el catre».

Se deslizó fuera y cerró la puerta. Aguardó hasta que vio a Britomart salir de la gran tienda. El mago buscó con los ojos el carromato de Lotta y se encaminó hacia allá. Cuando ya estaba cerca. Jimmy golpeó la puerta y gritó:

—¡Lotta, sal a jugar! —Luego se quedó escuchando como si oyera a alguien que le contestase—. ¡Vamos, sal de una vez! —gritó justamente cuando Britomart estaba ya a su lado.

—Lotta tiene que quedarse en su carromato todo el día —dijo severamente el jefe de pista—. Es inútil que le pidas que salga.

Abrió la puerta y miró al interior. Vio lo que él creyó que era Lotta tendida en el catre situado en el extremo más alejado, y luego cerró la puerta. Estaba convencido de que Lotta se había mostrado obediente y estaba en su carromato. Ni remotamente podía sospechar que la niña estaba en aquellos momentos galopando por las colinas a varios kilómetros de distancia.

«¡Ojalá no se le ocurra a Lotta entrar galopando en el campamento delante de las narices de Britomart!», pensó Jimmy.

Afortunadamente para ella, Lotta no lo hizo así. Volvió justamente cuando Britomart acababa de irse a la ciudad en su gran coche azul y plata. Jimmy corrió al encuentro de la niña y apresuradamente le contó lo que había ocurrido.

—Britomart cree que has estado en el catre todo el día —dijo finalmente.

Lotta venía hambrienta y cansada y no se sentía tan intrépida como cuando se marchó. Se apeó de «Belleza» y empezó a secarle el sudor.

—Gracias, Jimmy —dijo—. ¡Oh Dios mío, cómo deseo que vuelva Galliano! Sé que voy a tener disgustos con Britomart casi todos los días. ¡Es un presentimiento!

—Ahora ven y toma un poco de cacao y bizcochos —propuso Jimmy—. Tengo reservada una buena porción.

Madame Prunella fue la que tuvo luego un choque con Britomart. Él dijo que debía mantener a sus loros más callados. Estaban chillando todo el día.

—En cuanto a ese pájaro que grita «mantequilla y huevos» o «pirulíes y caramelos», es un perfecto fastidio —añadió Britomart—. Debe usted trasladar su carromato al otro extremo del campamento.

—Eso está demasiado lejos para ir a buscar agua en el arroyo —dijo Madame Prunella obstinadamente, y no quiso moverse en absoluto.

Cuando Britomart vio que no se había movido ni siquiera un centímetro, se dirigió airadamente hacia el carromato de la mujer de los loros. Prunella lo vio acercarse y se rió para sus adentros. Sabía muy bien cómo tratar a hombres furiosos y gritadores.

—Hablad, loros, hablad —dijo en voz baja cuando Britomart estuvo más cerca.

E inmediatamente, todos a una, los loros se pusieron a hablar. No sólo hablaban: chillaban, gritaban, vociferaban, cantaban y recitaban.

—¡Pastel de manzanas y de ciruelas! —pregonaba «Gringle» casi en los oídos de Britomart—. ¡Pastel de manzanas y de ciruelas!

—¡Una y una, dos; dos y dos, tres; tres y tres, cuatro! —gritaba otro loro.

—¡Séquese los pies en el felpudo y ponga el paraguas en el perchero! —ordenaba un gran loro rojo y gris.

Britomart le gritó algo a Madame Prunella, pero los chillidos de los loros ahogaban su voz. No se podía oír ni una sola palabra.

Prunella se puso la mano detrás del oído en ademán cortés como si estuviera haciendo todo lo posible para entender lo que Britomart decía. El mago gritó de nuevo con su voz más profunda. Pero en cuanto salía una palabra de su boca empezaba de nuevo la algarabía de los loros. Todo el personal del circo asomaba la cabeza por puertas y ventanas para ver qué estaba ocurriendo.

Pero cuando comprendían de qué se trataba sonreían o reprimían a duras penas una carcajada. Sabían muy bien que Prunella estaba ejecutando uno de sus trucos favoritos para mantener a raya a un visitante desagradable. Britomart tendría que irse sin decirle nada a Prunella.

El jefe de pista dio unas patadas en el suelo y se alejó enojadamente. Los loros lo persiguieron con sus chillidos y «Gringle» soltó una risotada que sonaba exactamente igual que la del payaso Twinkle.

—Bueno, Prunella ha ganado este asalto —dijo Oona, el acróbata, echándose a reír—. No es nada corriente que alguien alcance una victoria sobre Britomart.



LOTTA ENTABLA NUEVAS AMISTADES

Cuando Lal y Laddo se enteraron de que Lotta había desobedecido a Britomart y había llevado a «Belleza» a las colinas, se enfadaron con ella.

—Sabes muy bien que, por dura que sea una orden, no hay más remedio que obedecer al jefe de pista —le dijo Laddo severamente a la niña.

—Pero «Belleza» es mío. Lo he montado siempre que he querido —replicó la niña sombríamente.

—Y en cuanto a lo de montar en las cebras, está absolutamente prohibido —añadió Lal—. Debes de estar loca para hacer una cosa así.

—A «Zebby» no le importaba. Le gustaba que yo la montase —dijo Lotta.

¡Pobre Lotta! Estaba enfadada y ofendida porque todo el mundo la reñía. Nunca se había inquietado por pequeñeces; no en vano era uno de los niños prodigio. Pero ahora las cosas eran muy distintas. La niña corrió a contarles lo que ocurría a Jeanne y a Lisa, y ellas, por supuesto, no le dieron buenos consejos.

—Tú debes hacer lo que quieras —dijo la revoltosa Lisa—. Britomart no se atreverá a prohibirte que aparezcas en la pista. Sabe lo mucho que a todo el mundo le gusta verte.

—Tienes una suerte espléndida —comentó por su parte Jeanne—. A nosotras nos encantaría aparecer en la pista y tú sabes que las dos sabemos montar muy bien, pero no tenemos caballos propios.

Algunas veces Lotta había permitido que las dos niñas montasen en «Belleza», y era la pura verdad que ambas montaban bien. No podían hacer todas las habilidades prodigiosas que hacía Lotta, pero, a su manera, eran muy listas y, además, bonitas, con sus rojos rizos y sus naricillas arremangadas.

A partir de entonces, Lotta se reunió más que nunca con Jeanne y Lisa. Éstas la azuzaban para que se mostrase desobediente, enfurruñada y ruda. La señora Brown llegó a enfadarse mucho con ella.

—Te estás volviendo imposible, Lotta —dijo una vez que la niña le contestó impertinentemente—. No puedo imaginarme qué te ha pasado. Solías ser una niña buena y servicial y ahora has cambiado tanto que me cuesta trabajo creer que se trate de la misma persona.

Lotta no se atrevía a mostrarse descarada con Britomart, pero se esforzaba en no estar nunca cerca de él y salía corriendo si lo veía acercarse. Pasaba muchísimo tiempo con la fogosa Madame Prunella, que se complacía una y otra vez en contarle a

Lotta cómo había dejado chasqueado a Britomart haciendo que sus loros gritasen tan desafortunadamente que él no pudo hacer oír su voz.

—Escucha, Lotta —dijo Prunella a la niña, que estaba sentada en la escalerilla del carromato mientras Prunella se había acomodado al aire libre en una butaca de mimbre, comiendo una naranja—. Quiero que oigas algo que le he enseñado a «Sally», ese loro verde y rojo que está allí. ¡«Sally», di tu número!

El loro terció la cabeza a un lado y empezó a recitar:

—Había una señorita de Riga que quiso cabalgar en un tigre.

—No, no —interrumpió Madame Prunella con impaciencia—. Tu nuevo número, «Sally», tu nuevo número. Vamos: Britomart...

—Britomart cree que es muy listo, pero no tiene razón; Britomart es un gran bruto que no tiene corazón.

Canturreó el loro, y luego se cortó en seco cuando Prunella le apuntó con el dedo. Britomart se acercaba, cruzando el campamento. Por atrevida que fuese Madame Prunella, no era lo bastante intrépida como para dejar que «Sally» siguiese cantando aquella canción con toda su chillona voz de loro. «Sally» dejó de cantar y miró a Lotta.

—¡Pip-pip-pip-pip-pip-pip! —dijo solemnemente el pájaro.

—Lo ha oído en la radio —explicó Madame Prunella—. Cállate ya, «Sally».

—Estofado a la irlandesa y huevos a la escocesa —anunció «Gringle» ruidosamente.

—Otra vez se ha disparado —dijo Prunella—. Te sorprenderías, Lotta, al ver el número de comidas que conoce. Todo el mundo le ha enseñado algo.

Britomart iba a ver al señor Wally. Desde que le había dicho que «Sammy» no debía andar suelto por el campamento, el chimpancé vivía encerrado en su gran jaula. Se le veía perplejo y triste. Se acurrucaba en un rincón y tenía un aspecto muy lastimero. Jimmy iba a jugar con él todos los días, y «Lucky» se acercaba a menudo a saludar, pero el chimpancé echaba de menos sus correrías por el campamento al cuidado del señor Wally, de Jimmy o de Lotta.

También Liliput había recibido órdenes en el sentido de que «Jemima» debía estar atada con una correa o, de lo contrario, permanecer encerrada con los demás monos que tenían una gran jaula propia en el carromato de Liliput. «Jemima» estaba acostumbrada a corretear por todo el campamento, gastándole bromas a todo el mundo, incluso a los demás animales, pero Britomart dijo que podía perturbar a las cebras montándose en el lomo de alguna de ellas, y por eso Liliput había de tenerla ahora sujeta con una correa. La mona se le sentaba en el hombro cuando él iba de un lado a otro, y a veces se ponía furiosa porque la correa no le dejaba dar los saltos que a ella le habría gustado dar.

—Vamos, «Jemima»; vamos, «Jemima» —le dijo Liliput una mañana a la impaciente mona cuando ésta tiró de la correa y trató de morderla.

Ella quería ir a hablar con los loros, a los cuales apreciaba mucho, pero Liliput tenía otras cosas que hacer, por lo que había de quedarse con él.

Llegó Britomart, y «Jemima» lo increpó rudamente. El mago se sentó en un banco y empezó a hablarle a Liliput de una buena idea que se le había ocurrido para un nuevo número. Liliput escuchaba con atención. Las ideas de Britomart solían ser excelentes.

—Tengo un pequeño carruaje plata y púrpura que en cierta ocasión utilicé para un determinado truco —explicó Britomart—. Creo que resultaría divertido, Liliput, si pusiéramos dos de los perros a tirar del carruaje, en el que se montarían cuatro de los monos de usted cuando todos los artistas desfilen por el anillo al principio de la función. «Jemima» podría guiar el carruaje; es tan lista, que a usted no le costaría ningún trabajo enseñarle ese número.

Liliput opinó que era una buena idea. Sabía que a «Jemima» le encantaría conducir su propio carruaje.

—Gracias, señor —dijo—. Es una idea excelente. Me gustaría poder disponer ya del carruaje para enseñar a «Jemima» en pocos días. Hablaré con Lal y Laddo y elegiremos dos de sus perros más listos.

De pronto, «Jemima» saltó del hombro de Liliput al de Britomart, la distancia justa que le permitía la longitud de su correa. Arrebató el sombrero de copa que Britomart llevaba puesto, volvió a saltar al hombro de Liliput y lo colocó sobre la cabeza de su amo, a quien el sombrero se le hundió más abajo de la nariz e incluso de la barbilla. No podía ver nada en absoluto.

Britomart ni siquiera sonrió. Jimmy, quien estaba por allí cerca, se rió tan de corazón al ver a Liliput sepultado bajo el gran sombrero de Britomart, que se le saltaron las lágrimas, pero el mago se limitó a alargar la mano, recoger su sombrero, dar un sopapo a «Jemima» y marcharse encasquetándose cuidadosamente su gran sombrero de copa.

Liliput le contó a Jimmy la idea de Britomart, y ambos estuvieron de acuerdo en que era una idea excelente.

—¿Podría ser «Lucky» uno de los perros? —preguntó Jimmy—. Y sé cuál sería el mejor para servirle de pareja: el viejo «Punch». Él haría cualquier cosa por mí. Como sabes, una vez le salvé la vida y está siempre deseoso de aprender cualquier truco nuevo que yo quiera enseñarle. ¡Lotta, Lotta, ven aquí un momento! Tengo algo que decirte.

—Voy a jugar con Lisa —replicó Lotta.

—Por favor, ven un momento —suplicó Jimmy—. Es algo interesante, Lotta.

Lotta abandonó a Lisa y se acercó. Se quedó escuchando lo que Jimmy le contaba de la nueva idea de Britomart.

—¡Eso es una tontería! —exclamó—. Creo que todas las ideas de Britomart son estupideces. No te ayudaré en absoluto a enseñar a «Punch».

—¡Oh, Lotta! —se quejó Jimmy, dolorido—. Deberías hacerlo. Sería mucho más fácil si me ayudaras. Entonces podríamos enseñar rápidamente a los perros.

—Pues no, no lo haré —insistió Lotta—. No quiero hacer nada por ese viejo y horrible Britomart.

Corrió a reunirse con Lisa y le contó lo que Jimmy le había dicho.

—Tienes toda la razón al decidir que no lo ayudarás —opinó Lisa, quien no le tenía simpatía alguna a Jimmy—. Que él se las arregle por su cuenta.

Sin embargo, Lotta se sintió más bien apesadumbrada por haber decidido no ayudar cuando vio a Jimmy y a Liliput enseñando a «Lucky» y a «Punch» a tirar del hermoso cochecito plata y púrpura. Una vez que los perros se dieron cuenta de qué era lo que tenían que hacer, volaron realmente alrededor de la pista, con el carruaje dando botes detrás de ellos.

—¡Eh, eh! ¡No tan aprisa! —gritó Jimmy—. No sois caballos de carreras. Volved aquí y trotad lentamente.

Luego enseñaron a los monos a sentarse en el cochecito, y «Jemima» se colocó en el pequeño asiento del conductor, tan orgullosa como una reina, empuñando las riendas en sus diminutas garras. Incluso chascaba la lengua para animar a los dos perros, lo mismo que había visto hacer a Liliput. El diminuto carruaje corría sobre el serrín de la pista con los perros trotando espléndidamente, «Jemima» conduciendo y chascando la lengua, los otros tres monos sentados, quietos y solemnes, en la parte de atrás.

Jimmy se reía al verlos. Acudió Britomart para presenciar el espectáculo. Se sentía muy complacido, pero no lo dijo, ni sonrió, ni se rió.

—No creo que sepa sonreír —le susurró Jimmy a Liliput—. Me parece que no sabe cómo se hace. Todos nos llevaríamos un gran susto si nos sonriera.

En aquellos momentos, «Jemima» no estaba sujeta por la correa, porque había estado conduciendo el cochecito. Cuando vio a Britomart, parlotó un poco, dio un bote desde su asiento, saltó a un hombro del mago y una vez más le arrebató el sombrero. Lo hizo tan rápidamente, que Britomart no tuvo tiempo para impedirselo. Le lanzó un grito de indignación.

«Jemima» se encaramó por una escala de acero colocada allí para uso de Oona el acróbata, y depositó el gran sombrero de copa en la parte más alta. Luego bajó como un relámpago, riéndose con su risa de mono, y se refugió en el hombro de Liliput.

—Sube y bájame el sombrero, niño —ordenó Britomart.

Así, pues, con muchas risitas que no conseguía reprimir, Jimmy trepó por la escala y bajó el gran sombrero de copa, sin perder de vista a «Jemima», no fuera la mona a lanzarse de nuevo.

Todo el mundo estaba aguardando ansiosamente noticias sobre el estado de la señora Galliano. Por fin, el cartero trajo una carta para el señor Tonks y éste la abrió

ávidamente. ¡Ojalá dijera que la señora Galliano estaba ya mejor y que el señor Galliano volvía al circo!

El señor Tonks leyó la carta en voz alta al personal del circo que se había congregado en torno a él para escucharla. La carta decía:

«Querido Tonky. Ésta es para comunicarte que la señora Galliano está un poco mejor, pero que aún transcurrirá bastante tiempo antes de que esté completamente bien. Cuando salga del hospital tiene que pasar la convalecencia en algún sitio apropiado, por lo cual iré con ella y tendré unas vacaciones por primera vez en mi vida. Espero que el circo siga funcionando bien y que todos hagan lo que puedan para ayudar a Britomart. Os echo muchísimo de menos y anhelo estar pronto de vuelta.

Mis mejores deseos para todos vosotros.

GALLIANO».

Así, pues, Galliano no iba a volver en mucho tiempo. Todos se sintieron tristes y decepcionados. No dijeron nada, sino que volvieron lentamente a sus respectivos trabajos.

—Ya no es el circo de Galliano; es el circo de Britomart —dijo Jimmy a Lotta.

—¡No lo es, no lo es, no lo es! —protestó Lotta fieramente—. ¡Nunca lo llamaré el circo de Britomart!

Y dio una patada tan fuerte en el suelo, que se le escapó el botón del zapato y casi le da a Jimmy en la nariz.

CAPÍTULO XVI

LISA HACE UNA GRACIA

El circo continuaba funcionando muy bien, aunque el personal del mismo no abrigaba ninguna simpatía por el nuevo jefe de pista. Solamente Pierre y el payaso Google parecían llevarse bien con él, y le hablaban e incluso se reían, aunque Britomart no sonreía con ellos más de lo que sonriera con los demás.

La foca amaestrada de Pierre era una criatura maravillosa, y Jimmy y Lotta la querían profundamente. Era amable y cariñosa, y tan lista, que parecía saber qué nueva gracia exigían de ella aun antes de que se la enseñaran.

Pierre le había enseñado a tocar una melodía con un silbato, y a la foca le encantaba tocar aquella melodía una y otra vez. Era una canción regional muy conocida, y pronto los loros la estaban silbando a su vez. La gente del circo en seguida se cansó de oír aquella canción, y todos le rogaron a Pierre que enseñara a la foca cualquier otra cosa.

Pero fue Jimmy quien enseñó a «Neptuno» a tocar «Dios salve al rey», y la foca fue vitoreada y aplaudida en la pista cuando, después del último número, salía agitando sus aletas y obligaba a la orquesta a tocar, con su interpretación en el silbato, «Dios salve al rey».

Lisa y Jeanne estaban celosas de Jimmy porque la foca le tenía mucha más simpatía a él que a ellas. Esto no tenía nada de raro, puesto que las dos niñas no eran tan pacientes como Jimmy, aunque, por lo demás, se mostrasen muy amables con «Neptuno». La foca aún continuaba intentando seguir a Jimmy a todas partes, y el niño tenía que cerrar la puerta detrás de él cada vez que salía del furgón donde estaba el gran tanque, ya que de otra manera «Neptuno» saltaría del agua y se pondría a galopar detrás de él alegremente.

Una vez, Britomart había visto a la foca corriendo detrás de Jimmy y le había ordenado al niño que llevase inmediatamente a «Neptuno» a su tanque.

—¿Cuántas veces voy a tener que decir en este circo que no se permite que los animales amaestrados vayan sueltos por el campamento? —tronó—. Pierre, conduce a este niño a mi presencia si vuelve a dejar suelta a tu foca. Te digo que quiero ser obedecido en mi circo.

Pierre se llevó a «Neptuno».

—Ya sé que es ella quien se empeña en seguirte —le dijo a Jimmy—, pero tú no debes permitirselo. Tienes que acordarte de cerrar la puerta al salir.

—Esta mañana cerré la puerta —afirmó Jimmy.

—Eso no basta —dijo Pierre—. «Neptuno» sabe agarrar el picaporte con la boca y darle la vuelta. Es tan lista como veinte perros juntos.

—Está bien, Pierre —repuso Jimmy—. Me acordaré siempre de cerrar la puerta con llave.

Y así lo hacía, porque tenía una buena memoria y raramente olvidaba algo que se le hubiera dicho. Todos los días que iba a ver a «Neptuno», cerraba cuidadosamente la puerta después de despedirse del animal.

Jeanne y Lisa estaban siempre molestando a Jimmy. Saltaban contra él desde las esquinas de los carromatos. Le tiraban jarros de agua cuando pasaba junto a la ventana de su carromato. Le decían que «Lucky» no era el perro más listo del mundo, y Lisa le contaba cosas de otros perros que ella había conocido, todos los cuales sabían hacer números más maravillosos que los de «Lucky».

—Lo que yo creo es que estás inventando todas esas historias —replicó Jimmy impacientemente—. Todo lo que tú has visto es siempre más maravilloso y extraordinario que lo que hemos visto nosotros. Estoy cansado de escucharte.

Se alejó. Lisa le hizo muecas a su espalda.

—Niño gruñón —gritó—. Por lo visto te crees que eres Britomart, siempre con el ceño fruncido.

—Venguémonos de él por no creer nada de lo que decimos —propuso Jeanne—. ¡Lotta, ven aquí! Estamos pensando gastarle una broma a Jimmy.

Lotta estaba muy enfadada aquellos días, sin más amigos que Madame Prunella y Jeanne y Lisa. Asintió con la cabeza a las palabras de Jeanne.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué broma le vamos a gastar?

—¡Ya está! —respondió Lisa—. La próxima vez que venga a visitar a «Neptuno» y cierre la puerta con llave al salir, nosotras volvemos a abrirla, y «Neptuno» se irá galopando detrás de él y quizá Britomart vea eso y riña fuertemente a Jimmy.

Lotta sacudió la cabeza.

—No, ésa no es una broma inofensiva —dijo—. No me sería posible hacer eso.

—No seas tonta —protestó Lisa con impaciencia—. Es una broma como otra cualquiera. Mañana se la gastaremos.

Lotta no dijo nada más, pero decidió no tomar parte en aquella broma. Era una broma de muy mal gusto. A ella no le importaba gastar una broma de vez en cuando, pero no iba a hacerle una cosa así a Jimmy.

A la mañana siguiente, Jeanne, Lisa y Lotta estaban sentadas en lo alto de la escalera del carromato de Pierre. Tenían allí una vieja alfombra y a las tres les gustaba tenderse en ella tomando baños de sol y jugando con las muñecas. Lisa vio venir a Jimmy con «Lucky» pisándole los talones, como de costumbre.

—Ahí viene —anunció Lisa en voz baja—. Vamos a gastarle la broma que pensamos ayer.

—No quiero —dijo Lotta inmediatamente.

Lisa se echó a reír.

—Lo que pasa es que tienes miedo —se burló—. ¡Hola, Jimmy! Ven aquí a jugar con nosotras.

—No, gracias —rehusó Jimmy—. Tú y Jeanne me disteis un empujón la última vez. Si subiera ahí os empujaría a vosotras y os pondría a llorar como si os hubiera matado. No puedo soportar a las niñas lloronas.

Entró a hablar con «Neptuno», que se había excitado mucho al oír la voz de Jimmy. La foca se acercó al borde del tanque y descansó allí su cabeza, mirando al niño con sus cariñosos ojos castaños. Jimmy le habló:

—Tienes los bigotes más blancos que he visto en mi vida. Tienes los ojos más castaños del mundo. Eres la foca más lista que ha habido nunca.

A «Neptuno» le encantaba oír todo aquello. Puso su gran cabeza sobre el hombro de Jimmy y lanzó un suspiro tan profundo, que casi arranca la oreja del niño.

En aquel momento, Brownie, el padre de Jimmy, lo llamó desde el otro extremo del campamento.

—Jimmy, ven a ayudarme a sacar agua.

Había un arroyo al extremo del campamento, y la gente del circo iba a buscar allí el agua que necesitaba, los caballos y demás animales habían de tener bien limpios sus abrevaderos, en los que el agua tenía que cambiarse todos los días. Era una tarea bastante pesada y Jimmy y Brownie solían estar muy ocupados hasta conseguir llevar agua a todos los carromatos y jaulas.

—¡Ahora mismo voy, papá! —gritó Jimmy.

Le dio una última palmadita a «Neptuno» y salió del furgón. Cuidadosamente, giró la llave en la cerradura y echó a correr por el campamento.

No había hecho más que irse cuando Lisa se deslizó al costado de su carromato, corrió hasta el furgón y dio la vuelta a la llave para abrir la puerta. La foca estaba fuera del tanque, aporreando la puerta con la nariz como hacía siempre que alguien se marchaba. Cuando oyó mover de nuevo la llave, agarró el picaporte con la boca y lo hizo, girar hacia un lado. La puerta se abrió. Ya entonces Lisa estaba de vuelta en el pequeño rellano de la escalerilla del carromato. Ella y Jeanne no dejaban de soltar risitas, Lotta vio como la foca salía galopando por la puerta y echaba a correr en busca de Jimmy. La niña tuvo la esperanza de que Britomart no llegase en aquel momento.

Justamente cuando, Jimmy estaba metiendo, un gran cubo en el arroyo, algo saltó al agua con un ruidoso chasquido. Se volvió, asombrado, y vio que estaba allí «Neptuno» nadando alegremente en el agua.

—¡Oye, papá, mira! ¡«Neptuno» se está dando un magnífico baño! —exclamó Jimmy—. Supongo que Pierre la habrá dejado salir. Yo la dejé encerrada con llave hace unos momentos.

A la foca le gustaba el arroyo. Daba vueltas y más vueltas sobre sí misma, dejaba oír curiosos gruñidos de satisfacción y procuró atrapar un pececillo que nadaba por allí cerca.

En aquel momento llegó un grito desde el furgón de «Neptuno», Pierre se había acercado y había visto la puerta abierta y el tanque vacío.

—¿Dónde está «Neptuno»? —clamó.

Lisa le contestó desde lo alto de la escalera:

—Allí en el arroyo, jugando con Jimmy.

Pierre se enfadó tanto, que soltó un montón de extrañas palabras que Lotta no pudo comprender en absoluto, porque no sabía francés. Britomart sacó la cabeza por la ventana de su carromato, que no estaba muy lejos, y entornó los ojos casi ocultos por sus fruncidas cejas.

—¿Qué pasa, Pierre? —preguntó con su profunda voz.

—Algo muy desagradable —gritó Pierre—. Ese niño se ha llevado a mi foca a nadar en el arroyo.

Britomart salió de su carromato y se acercó a Pierre.

—Primero es Lotta la que desobedece y ahora es Jimmy —comentó—. Ya veremos lo que tiene que decir el desobediente pilluelo.

Jimmy se quedó atónito al ver a los dos hombres tan enfadados, uno lanzándole recriminaciones, otro preguntándole severamente por qué había sacado a la foca.

—Yo no la he sacado —respondió Jimmy—. Fui a verla como hago siempre y, al salir, cerré la puerta con llave. Alguien tiene que haberle dado vuelta a la llave, Pierre. Lo único que sé es que a los pocos momentos la foca se lanzaba al arroyo y creí que sería Pierre quien la habría dejado salir.

—Creo que no estás diciendo la verdad —dijo Britomart con su fría voz—. En lo sucesivo, te abstendrás de entrar en la jaula de cualquier animal, excepto los perros y los caballos. ¿Está claro eso?

—Pero, señor, ¿no podré ir a jugar con el viejo «Sammy», los osos y «Jemima»? —se lamentó Jimmy—. Tengo que hacerlo. A ellos les gusta mucho, especialmente a «Sammy», ahora que está encerrado.

—Creo que habrás entendido mi orden —replicó Britomart—. Si desobedeces, sabré cómo castigarte. Pierre, llévate la foca al tanque.

Las tres niñas habían contemplado toda la escena desde la escalerilla del distante carromato. No oyeron lo que se había hablado, pero se imaginaron que Jimmy estaba pasando un mal rato. Cuando Britomart se acercó con Pierre y la foca, Lotta se deslizó al otro costado del carromato y echó a correr.

Pierre aguardó hasta que Britomart hubo vuelto a su carromato, y entonces alzó la mirada hacia las dos niñas expectantes. Sabía la antipatía que éstas le profesaban a Jimmy.

—¿Alguna de vosotras dio vuelta a la llave para que la puerta pudiera abrirse después de haberse ido Jimmy? —preguntó.

No vio que Jimmy estaba por allí cerca llevando un cubo de agua. El niño oyó la pregunta y alzó la mirada.

—Lotta se acercó al furgón y dio la vuelta a la llave para gastarle una broma a Jimmy —dijo Lisa.

Aquello no era verdad, pero la desvergonzada niña quería crear disgustos entre Lotta y Jimmy.

Jimmy oyó la respuesta de Lisa y la cara se le arreboló. ¿Cómo? ¿Era posible que Lotta le gastase una broma tan malintencionada? ¡Oh, no, eso no podía ser! Le era imposible creerlo. Lotta nunca haría nada que pudiera ponerlo en un apuro. Siguió su camino, perplejo y trastornado.

«No lo creo —pensaba Jimmy obstinadamente—. Lotta no haría una cosa así. Aunque la verdad es que ha cambiado mucho últimamente. Incluso se porta de una manera horrible con mamá, a la que antes quería tanto. Tal vez lo hizo y quería que me castigaran. ¿Qué va a ser del viejo “Sammy” si no voy a verlo? Es una pena. Lotta se ha portado de un modo horrible y mezquino».

Y así, aunque a Jimmy le costaba trabajo creer que Lotta le hubiese gastado una broma tan pesada, y aunque no quisiese creerlo, acabó por pensar que lo que había dicho Lisa era verdad.

«Todo va mal desde que se fue el viejo y querido señor Galliano», pensó el niño tristemente.

—Tú no cambiarás, ¿verdad, mi linda perrita «Lucky»? ¡Prométeme que no cambiarás!

Y «Lucky» dijo ¡Uf!, con su voz más rabiosa, lo que significaba: «Siempre seré la misma».

PRUNELLA PIERDE LOS ESTRIBOS

Lotta no sabía que Lisa había dicho un embuste tan grande sobre ella. Pronto se sintió perpleja al ver que Jimmy parecía no querer hablarle o ni siquiera mirarla: en cuanto a bromear con ella como solía hacer, o pasear agarrados del brazo, eran cosas que el niño ahora no hacía nunca.

«Me imagino que todavía está enfadado porque juego con Lisa y Jeanne —pensó Lotta, frunciendo el ceño—. Bueno, ¿por qué no habría de hacerlo? Nunca he tenido antes a otras niñas con las cuales jugar, y, además, me gustan sus muñecas. Me agradecería que Lisa o Jeanne me dieran una; nunca he tenido una muñeca propia».

Jimmy no se sentía feliz en absoluto. Era espantoso pensar que Lotta había hecho todo lo posible para ponerlo en un apuro. No se acercaba a la niña, si podía evitarlo; aunque, cuando practicaban juntos su número en la pista con «Lucky» y «Belleza», tenían que estar uno junto al otro. Pero parecía que no tenían necesidad de practicar mucho aquel número, porque se lo sabían muy bien. Así, pues, terminaban lo más rápidamente posible y luego Lotta se iba, como de costumbre, a jugar con Lisa y Jeanne, y Jimmy corría a ayudar a su padre.

Se sentía desgraciado no sólo a causa de Lotta. Se sentía desgraciado también porque le habían prohibido entrar en la jaula de cualquiera de los animales. No podía jugar con los osos; no debía visitar al viejo «Sammy», el chimpancé. No podía acercarse a «Neptuno». Ni siquiera le dejaban mirar los monos de Liliput, que ahora estaban todo el día en su jaula.

Lo único que podía hacer era ir a hablar con el señor Tonks, cuyo gran elefante, «Jumbo», estaba atado por una pata a un gran árbol. «Jumbo» era demasiado voluminoso para estar en una jaula. Lo tenían fuera, en el campamento, y siempre se alegraba mucho al ver a Jimmy. Alzaba al niño a lo alto de su inmenso cuello y suavemente le soplabá el pelo: una de las gracias favoritas del viejo «Jumbo».

—Alegra esa cara, Jimmy —le decía el señor Tonks, viendo el rostro sombrío del niño—. Estás tan abatido como una gallina mojada.

—Bueno, señor Tonks, las cosas no están lo mismo que antes de marcharse el señor Galliano —decía Jimmy—. Usted sabe que no lo están.

—Muchacho, he visto montones de cambios en mi vida —contestaba el bajito señor Tonks—. No vale la pena preocuparse demasiado por eso. Uno se acostumbra a todo.

—Pero yo no quiero acostumbrarme a algunas cosas —replicaba Jimmy—. Mire usted a ese pobre viejo «Sammy», acurrucado todo el día en su jaula. Ahora ni

siquiera se me permite ir a jugar con él. Eso no puede sentarle bien después que lo dejaron vivir tanto tiempo en libertad. Y usted sabe lo mucho que les gustaba a los osos que yo fuese a jugar con ellos. El oseño «Dobby» llora cuando paso y ve que no me quedo a jugar con él.

—Sí, eso no es bueno —asintió el señor Tonks, encendiendo su pipa—. Britomart sabe montar un buen espectáculo de circo, pero no entiende a los animales como los entendemos tú y yo, Jimmy, o como los entendía el señor Galliano. Has de saber que generalmente en un circo no se conceden tantas libertades como las que el señor Galliano permitía en éste. Por eso ahora las echas tanto de menos y te sientes desgraciado. Anímate; pronto te acostumbrarás.

—Por lo menos puedo venir a charlar un poco con el viejo «Jumbo» —dijo Jimmy rascando la gruesa piel del elefante y sonriendo al mismo tiempo—. Britomart dijo que no debía entrar en la jaula de ningún animal; excepto en la de los perros y la de los caballos, pero como el viejo «Jumbo» no está en una jaula, puedo venir a jugar con él.

—¡Hrrrumf! —barritó «Jumbo», exactamente como si comprendiese lo que Jimmy estaba diciendo.

—¿Le tiene usted simpatía a Britomart, señor Tonks? —preguntó Jimmy al cabo de un rato.

El señor Tonks miró en torno para asegurarse de que nadie podía oírlo.

—No, no se la tengo —contestó—. Pocas personas se la tienen, y Britomart no desea resultar simpático. Sólo quiere ser temido. Hay unas cuantas personas con las que se muestra más amable que con el resto, porque pueden serle útiles; por ejemplo, Pierre y el payaso Google, que le han prestado buenos servicios en otros circos.

—¡Qué extraño eso de no querer que le tengan simpatía! —comentó Jimmy—. Me gustaría no tener miedo de Britomart, pero creo que se lo tengo, señor Tonks.

—No necesitas tenerle miedo a nadie, Jimmy; tú eres un niño inteligente, honrado y de buen fondo —dijo el señor Tonks pasando una mano por los cabellos de Jimmy—. Tú sigue haciendo tu trabajo lo mejor que puedas y no te preocupes por Britomart. Las cosas terminarán arreglándose, no te impacientes.

Jimmy se puso rojo de satisfacción al escuchar las amables palabras del señor Tonks. Le sonrió al hombrecito dueño del elefante y se marchó consolado. Pero casi inmediatamente se encontró con Lotta, que daba la vuelta corriendo a un furgón. Tropezaron y Lotta se echó a reír.

Por un momento, también Jimmy quiso echarse a reír, Pero luego se acordó de que Lotta le había gastado aquella broma tan mezquina y le había acarreado un gran disgusto, y no se rió. Se alejó en silencio.

—¡Jimmy!, ¿qué te pasa? —exclamó Lotta—. ¿Estás enfadado porque juego con Lisa y Jeanne? Si quieres, esta mañana iré a dar un paseo contigo y con los perros.

—No, gracias —replicó Jimmy—. Me imagino que dices eso sólo porque las dos niñas han ido hoy a la ciudad y ahora no tienes con quién divertirte. No me gustan las

niñas; gastan bromas muy mezquinas.

Lotta no comprendió lo que quería decir. Se quedó mirándolo.

—¡Yo no te he gastado ninguna clase de broma! —exclamó.

—Sí, lo has hecho —repuso Jimmy, y se alejó, levantando la cabeza.

Lotta sacudió sus rizos y echó a correr, llena de irritación. Muy bien; Jimmy podía mostrarse todo lo descortés que quisiera. A ella no le importaba.

Fue a visitar a Madame Prunella. Prunella estaba haciendo practicar como de costumbre a sus loros. Uno de ellos estaba recitando «Llegó la comadreja». Adoptaba un aire muy solemne.

—Media libra de arroz blanco, media libra de manteca, se agita y se pone al fuego y llega la comadreja.

Al oír la palabra «llega», los demás loros se unían al estribillo y «Gringle» soltaba una carcajada. También Lotta se echó a reír. Acarició a «Sally», un loro muy grande, y le susurró: «Britomart».

«Sally» empezó inmediatamente la maligna poesía que le había enseñado Prunella:

—Britomart cree que es muy listo, pero no tiene razón; Britomart es un gran bruto que no tiene corazón.

Ninguna de ellas vio que Britomart estaba por allí cerca. El mago oyó lo que gritaba el loro y se volvió al percibir su nombre. El loro repitió los versos a voz, en grito y luego terminó con una carcajada.

Britomart se dirigió al carromato. Lotta estaba acariciando al loro y haciéndole cosquillas.

—Dilo otra vez, «Sally» —pidió—. Dilo otra vez.

Luego alzó la mirada y vio a Britomart allí cerca, sus negros ojos, fríos e irritados. «Sally» empezó de nuevo la poesía, su moñuda cabeza ladeada traviesamente sobre un costado.

—¡Chist! —exclamó Lotta dándole un codazo a Madame Prunella para que viese quién estaba allí.

Prunella alzó la mirada, pero no le importó un bledo la presencia de Britomart. El abrió la boca y empezó a hablar con frialdad y enojo.

A una señal disimulada de su ama, los loros levantaron de nuevo sus gritos y chillidos hasta ahogar la profunda voz del jefe de pista. Pero esta vez Britomart no iba a ser derrotado. Sabía que era inútil pretender poner fin a la algarabía de los loros, por lo cual agarró con firmeza un rollizo brazuelo de Madame Prunella y la obligó a que lo acompañara a un sitio donde él podría hablar y ser oído.

Prunella trató en vano de librarse de aquellos dedos de hierro. Britomart era tan fuerte, que podría haberla alzado en vilo con uno de sus dedos y el pulgar.

—Ese loro suyo es capaz de repetir cualquier noche esa poesía en la pista, Madame Prunella —dijo el mago—. Y entonces, Madame, eso sería el final del pobre pájaro.

—¿Cómo se atreve usted a arrastrarme de esta manera? —chilló Madame Prunella perdiendo inmediatamente los estribos—. ¡Suélteme el brazo! ¿Cómo se atreve usted a amenazar a uno de mis loros?

—Ese loro se quedará en su alcándara y no saldrá a la pista, Madame Prunella —decretó Britomart—. No tengo confianza en usted. Basta que le dé un ataque de nervios en la pista cualquier noche para que todos sus loros se pongan a gritar cosas estúpidas sobre mí. Ahora vuelva a su carromato y reflexione sobre lo que le he dicho. Ese loro no volverá a aparecer en la pista.

Dejó que Prunella se marchase, y la enfadada mujercita apretó el puño a espaldas de Britomart y gritó como un loro:

—«Sally» es uno de mis mejores pájaros. Aparecerá en la pista y contará muchas cosas sobre el mago Britomart.

Volvió junto a sus loros, cayéndole lágrimas por las mejillas y con el cabello erizado. Lotta estaba aguardándola, preguntándose qué haría Prunella.

—Madame Prunella —empezó Lotta, con la intención de decir que estaba arrepentida de haberle hecho recitar aquella poesía a «Sally» sobre Britomart sin asegurarse antes de que éste no se encontraba por las intermediaciones.

Pero Prunella no la dejó decir una palabra. Cuando se enfadaba, se enfadaba con todo el mundo, lo mismo con amigos que con enemigos. Miró irritadamente a la niña y le gritó:

—¡Vete de aquí! ¡Molestarme de esta manera! ¡Vete de aquí!

Enarboló su escoba y pareció que iba a golpear a Lotta. La niña casi se cae. Lanzó una mirada al colérico y rubicundo rostro de Prunella y echó a correr velozmente.

—¡Empanadas y revoltillos! —chillaba «Gringle» detrás de ella.

«Bueno, lo que es revoltillos va a haber bastantes —pensó Lotta mientras oía detrás de ella el ruido de platos que se partían y de cubos y cacerolas que se volcaban—. “Gringle” tiene razón. ¡Dios mío, parece como si Madame Prunella fuese a destrozar todo el circo!».

Pero al cabo de un rato Prunella se tranquilizó y metió a todos sus loros en la jaula. Tenía la intención de enseñarles algo que iba a escandalizar a Britomart.

—No me importa que todo el circo le tenga miedo a Britomart —dijo en voz alta Prunella—. Yo no le tengo miedo, y pronto voy a demostrarle lo que soy capaz de hacer.

¡MÁS DISGUSTOS!

Aunque todos estos trastornos y peleas eran ya cosa corriente en el campamento, el espectáculo en sí seguía siendo espléndido todas las noches, pues Britomart era un magnífico jefe de pista. La gente del circo sabía que se estaba recaudando mucho dinero y esto los alegraba. Pierre, el dueño de la foca amaestrada, estaba especialmente contento, porque hacía algún tiempo que tenía muy mala suerte.

Por eso charlaba amistosamente con Britomart y alababa el modo que éste tenía de hacer las cosas. La señora Pierre era la encargada de limpiar el carromato del mago, y las dos niñas, Lisa y Jeanne, la ayudaban también. No es que trabajasen mucho, pero les gustaba echar un vistazo a algunas de las cosas que él utilizaba en sus números de magia.

—¡Mira —dijo Lisa una mañana—, aquí está su varita mágica, Jeanne! Se le ha caído detrás de la mesa. Vamos a llevárnosla un rato para ver si podemos hacer con ella cosas mágicas.

Las dos niñas la escondieron en su propio carromato. Pero, aunque lo intentaron muchas veces, nunca llegaron a conseguir nada extraordinario con la varita. Se la enseñaron a Lotta, y a ésta se le agrandaron los ojos cuando vio la extraña varita de Britomart.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Cómo os habéis atrevido a apoderaros de esto? Será mejor que la devolváis.

—Trata tú de conseguir alguna cosa mágica con ella —dijo Lisa poniendo la varita en manos de la niña—. A ver si logras que algunos canarios vengan volando por el aire o algún pez de colores se ponga a nadar en el suelo.

En el mismo momento en que Lotta alzaba la varita en el aire, llegó Pierre.

—¡Escóndela, pronto! —ordenó Jeanne—. Nos meteremos en un lío si nuestro padre sabe que nos hemos apoderado de la varita.

Lotta se la escondió en la pechera y se la llevó a su carromato. La escondió debajo de su colchón con idea de ver más tarde si conseguía hacer con ella alguna cosa de magia. Pero ahora tenía que ir a practicar con Jimmy en la pista.

Ella y Jimmy seguían estando peleados. Lotta era obstinada y Jimmy se sentía ofendido aún porque pensaba que había sido Lotta la que había girado la llave en la puerta del furgón de la foca para dejar que ésta saliera en pos de él.

«No volveré a mostrarme amable con Lotta hasta que ella reconozca que me gastó esa broma tan pesada y me pida perdón», pensaba el niño.

Pero como Lotta no le había gastado broma de ninguna clase y ni siquiera sabía que Jimmy pensaba eso, no le era posible confesar nada. Así, las cosas seguían tan mal como antes y Lotta se mostraba despectiva y ruda, y Jimmy silencioso y enfadado. Realmente, todo era muy desagradable.

Aquella noche hubo jaleo en la pista a causa de los loros de Madame Prunella. La enfadada mujercita había empleado dos días en enseñarles a sus pájaros unas cuantas cosillas nuevas.

Se llevó a «Sally» a la pista, aunque Britomart se lo había prohibido y, naturalmente, «Sally» empezó su acostumbrada canción ruidosa de «Britomart cree que es muy listo»... enfureciendo así al jefe de pista.

Éste interrumpió el número de Prunella y le ordenó que saliese de la pista, pero la mujercita soltó todos sus loros a la vez y éstos se pusieron a volar alrededor del jefe de pista, chillando y gritando:

—¡Horrible Britomart!

—¡Estúpido Britomart!

—¡Córtate los bigotes! ¡Córtate los bigotes!

Esto lo decía «Sally», que era capaz de aprender cualquier cosa con que se lo dijeran dos o tres veces solamente.

—¡Pobre viejo Britomart! ¡Pobre viejo Britomart! —chillaba otro loro con voz quejumbrosa.

Por supuesto, el público pensaba que aquello formaba parte del espectáculo, y las carcajadas eran generales. ¡Cómo se reían y qué nutridos eran los aplausos! Pero a Britomart no le hacía aquello ninguna gracia. Chasqueó el látigo desde el centro de la pista y dio un susto a los loros. Una le las cosas que el mago menos podía resistir en este mundo era que se riesen de él, y estaba seriamente enfadado.

Prunella temió que pudiese lastimar a alguno de sus loros con el látigo, y los llamó a todos. Se refugiaron en los brazos, los hombros y la cabeza de su ama, que, sonriendo traviesamente, saludó con inclinaciones de cabeza al enardecido público. Le habían acortado su número, pero había conseguido muchísimos más aplausos que de costumbre.

Britomart la siguió fuera de la pista.

—Se arrepentirá usted de lo que ha hecho —dijo con voz furiosa—. La veré mañana por la mañana.

Prunella se echó a reír. Se alejó con sus loros y se envolvió en su capa. Lotta estaba por allí cerca esperando su turno para entrar en la pista con «Belleza».

—Ha sido muy divertido, Madame Prunella —susurró—. ¡Qué loros tan graciosos!

Pero el resto del personal del circo tenía un aire grave. Estaban seguros de que Britomart castigaría a Prunella de un modo u otro y que las cosas se pondrían peor que nunca.

Aquel anochecer, Britomart había echado de menos su varita mágica y la había buscado por todas partes. Llamó a la señora Pierre.

—¿La ayudaron a usted Lisa y Jeanne a limpiar mi carromato hoy? —preguntó—. ¿Sí? Bueno, dígalas que vengan aquí. Puede que hayan visto mi varita.

Las dos niñas acudieron, bastante asustadas. Britomart las miró y se dio cuenta inmediatamente de que tenían cara de ser culpables. Sabían algo de su varita.

—Esta mañana encontrasteis aquí mi varita, ¿no es así? —dijo—. ¡Niñas malas! ¿Qué hicisteis con ella?

Lisa estaba siempre dispuesta a decir embustes con tal de salvarse de cualquier apuro, y por eso contestó a toda prisa:

—¡Oh, señor Britomart, es verdad que la encontramos! Estaba caída debajo de la mesa, pero Lotta nos la arrebató y se la llevó para ver si podía hacer alguna cosa de magia. No quiso volverla a poner en su sitio por más que se lo pedimos.

—¡Conque ésas tenemos! —dijo Britomart frunciendo el ceño hasta que sus grandes cejas negras se le juntaron sobre la nariz—. ¡Otra vez Lotta! Id a decirle que venga a verme.

Pero Lotta había ido a la ciudad con su madre, y era ya casi hora de empezar la función cuando volvieron. Por eso no se enteró en absoluto de aquella mentira que la desvergonzada Lisa había dicho de ella. Se le había olvidado todo lo relativo a la varita; aún la tenía escondida debajo del colchón. Había pensado volverla a poner en el carromato de Britomart, y se le olvidó por completo.

No podía imaginarse por qué el jefe de pista la miraba con un ceño tan fruncido cuando terminó de hacer su número con «Belleza» aquella noche. El caballo se mostró tan listo como siempre, y a la niña le gustaba sentir debajo de ella el negro cuerpo brillante del animal, cuando se ponía en pie encima de él, se sentaba, se arrodillaba e incluso pasaba por debajo del caballo mientras éste seguía galopando alrededor de la pista.

Cuando la función hubo terminado, la niña corrió en busca de Jimmy.

—Oye, Jimmy —dijo—, ¿crees tú que la pobre Madame Prunella se verá metida mañana en un lío espantoso? ¿Qué crees que le hará Britomart? ¿La despedirá? ¿Le prohibirá aparecer en la pista? ¿No le pagará absolutamente, nada?

Jimmy se olvidó de que estaba enemistado con Lotta, y los dos niños se miraron uno a otro solemnemente bajo las deslumbradoras luces que brillaban en el campamento. Los dos le tenían simpatía a Madame Prunella y no querían que le pasase nada desagradable.

—No sé lo que hará Britomart —dijo por fin Jimmy—. De cualquier forma, todo lo que sé es esto: no quiero tener ningún choque con él. El señor Galliano tenía un genio vivo, pero Britomart es muchísimo peor. El señor Galliano tenía un arranque de mal humor, se ponía a gritar y al momento se había olvidado, pero Britomart recuerda siempre. Me figuro que por eso no sonrío nunca: porque siempre está recordando cosas desagradables.

—¿Te has fijado lo serio que me ha estado mirando toda la noche? —preguntó Lotta—. No dejo de preguntarme qué habré hecho. No me acuerdo de haber hecho nada malo.

La señora Brown llamó a Jimmy, y éste echó a correr con «Lucky». También él había notado que Britomart miraba a Lotta sombríamente, y se había preguntado a qué se debería aquello.

Tanto Jimmy como Lotta estuvieron mucho tiempo despiertos aquella noche, pensando en Madame Prunella. Apreciaban muchísimo a la irascible mujercita, y a ninguno de ellos le gustaba imaginársela en apuros. Sabían con certeza que lo primero que haría Britomart por la mañana sería mandarla llamar.

Y así fue. Mandó llamar a Pierre y le dio una orden:

—Dile a Madame Prunella que quiero verla aquí, en mi carromato, «inmediatamente» —conminó con su voz más profunda.

—Muy bien, señor —contestó Pierre, y salió a decírselo a Prunella.

Pero no pudo encontrar el carromato de la mujer de los loros. No estaba en su sitio de costumbre. Pierre se rascó la cabeza y miró, perplejo, a uno y otro lado. ¿Por qué se habría ido Prunella de su sitio de costumbre? Lanzó una mirada circular por el enorme campamento, lleno de furgones, carromatos y jaulas y trató de localizar el sitio adonde pudiera haberse trasladado Prunella.

Dio una vuelta buscando el alegre carromato de la mujer de los loros. Llamó a Jimmy:

—¿Has visto esta mañana el carromato de Madame Prunella? —preguntó.

—No —respondió Jimmy, sorprendido—. ¿Es que no está donde siempre, al lado del arroyo?

—No, se ha cambiado de sitio —repuso Pierre—. ¡Oh Dios mío, Britomart está llamándome! Sé un buen muchacho y busca a Madame Prunella, y dile que vaya a ver a Britomart «inmediatamente».

Britomart estaba aguardando con impaciencia a Pierre.

—¿Qué haces dando vueltas por todo el campamento? —increpó—. ¿Dónde está Madame Prunella?

—Parece que ha cambiado de sitio su carromato, señor —respondió Pierre—. He estado buscándolo.

Britomart soltó un gruñido de enojo y bajó los escalones de su carromato. Miró en torno. Conocía al dedillo todos los furgones, carromatos y jaulas.

—No consigo ver su carromato —dijo por fin.

En aquel momento llegó corriendo Jimmy.

—¡Señor, Madame Prunella no está en el campamento! ¡Su carromato ha desaparecido! ¡Hay huellas de ruedas, huellas muy recientes, que salen de la puerta del campamento! Anoche debió de enganchar ella sola su caballo y escabullirse sin hacer ruido mientras todos dormíamos.

—¡Maldición! —exclamó Britomart, encolerizado—. ¿Cómo se atreve a abandonar mi circo de esa manera? Forma parte del espectáculo. No tiene derecho a hacer eso sin avisarme. Ya me cuidaré yo de que no la contraten en ningún otro circo.

Entró en su carromato y cerró, dando un portazo. Jimmy estaba impresionado. Era horrible imaginarse a la linda y bajita Madame Prunella escabulléndose ella sola de esa forma en mitad de la noche. ¡Cómo iba él a echar de menos a la mujercita y a sus locuaces loros!

Pero en aquel instante volvió a abrirse violentamente la puerta del carromato de Britomart. Se había acordado de su varita desaparecida.

—¿Dónde está Lotta? —gritó.

—En su carromato, señor —respondió Jimmy, sorprendido—. ¿Por qué?, ¿quiere usted verla?

—Sí, quiero verla... y quiero algo más —repuso Britomart con voz ceñuda.

Y cruzó el campamento encaminándose hacia el carromato de Lotta. ¡Qué susto iba a recibir la pobre Lotta!

LOTTA ES CASTIGADA

Britomart llamó a la puerta del carromato de Lotta. ¡Rat-tat-tat! Lotta abrió la puerta, sorprendida, porque no mucha gente salía llamar así. Cuando vio allí en pie a Britomart, con el ceño fruncido, se quedó más atónita aún.

—Lotta, creo que tienes mi varita —afirmó el jefe de pista con su profunda voz.

Lotta se quedó mirándolo consternada. Se había olvidado por completo de la varita. Se puso muy colorada.

—¿Dónde está? —Preguntó Britomart.

Entró en el carromato y miró en torno. Lotta se dirigió a su catre, buscó bajo el colchón, sacó la varita y se la entregó a Britomart, temblando al verlo tan enfadado.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi carromato y a robarme la varita? —tronó el jefe de pista—. Siempre he dicho que nunca debía permitirse que en un circo hubiera niños. Eres una niña mala.

Lotta no sabía qué decir. No quería explicar que era Lisa quien se había apoderado de la varita y se la había prestado a ella, pues en ese caso Lisa también se vería comprometida. No sabía que Lisa había dicha un descarada embuste, echándole toda la culpa a Lotta. Por eso la niña se limitó a quedarse inmóvil, sin decir nada en absoluto, con aire asustado y abatido.

Pero Jimmy, que estaba escuchando, gritó alarmado:

—¡Señor Britomart, estoy seguro de que Lotta no le robó su varita! Es incapaz de robar nada. Ella...

—Contén la lengua, niño —le ordenó el jefe de pista—. No estoy hablando contigo, sino con esta desvergonzada niña. Lotta, no quiero verte en la pista durante dos semanas. Te quedarás fuera, y ya veremos cómo te sienta eso. Lisa y Jeanne podrán sustituirte. No montan tan bien como tú, pero pueden pasar. Quizás eso te enseñe a no tocar en lo sucesivo las cosas que no son tuyas.

Britomart dio media vuelta y bajó los escalones. Apartó rudamente a un lado a Jimmy y, con su varita, se dirigió a su carromato. Tenía un aspecto imponente, tan alto y tan ceñudo. Jimmy no se atrevió a decirle nada. Temía que, si se arriesgaba a hablar, tal vez le prohibiría a él también aparecer en la pista.

Lo sentía muchísimo por Lotta. La niña se había quedado de pie en medio de su carromato como si la hubiesen convertido en piedra. No se movió ni dijo una sola palabra. Jimmy subió corriendo los escalones, queriendo acercarse a ella y consolarla, olvidando todo lo relativo a la mezquina broma que él pensaba que le había gastado.

Pero Lotta le echó fuera a empellones. Lo empujó escalera abajo, cerró el carromato dando un portazo y echó la llave. Incluso cerró las ventanas y corrió las cortinas. Jimmy estaba completamente trastornado. Oyó como Lotta se arrojaba sobre su sucio catre y empezaba a sollozar. ¡Pobre Jimmy! Es espantoso sentir lástima de alguien y no poder ofrecer ninguna ayuda. Se alejó al cabo de un rato y buscó a Lal, la madre de Lotta.

Le contó todo lo que había ocurrido. Lal se enfadó y se preocupó.

—Pobre Lotta —dijo—. Estoy segura de que no fue ella la que se apoderó de la varita en el carromato de Britomart. Estoy convencida de que Lisa o Jeanne, esas dos horribles criaturas, tienen algo que ver con eso.

—Sería mejor que fuese usted junto a Lotta —sugirió Jimmy ansiosamente—. Está muy apenada. Usted sabe lo mucho que le gustaba salir a la pista con «Belleza» todas las noches y compartir mi número con «Lucky». Ahora son Lisa y Jeanne las que van a montar. Pero no las dejaré que compartan mi número con la pequeña «Lucky».

Lal fue a tratar de consolar a Lotta. Pero la desgraciada niña no quiso ni siquiera abrir la puerta. Estaba tendida y lloró tanto, que no le quedó una lágrima. Recordaba los tiempos en que el viejo y querido señor Galliano gobernaba el circo y todo iba bien. No podía soportar a Britomart. Tampoco podía soportar ahora a Lisa y a Jeanne, porque iban a salir a la pista en lugar de ella. ¡Oh, oh! ¡Cómo odiaba a todo el mundo!

—Es mejor dejada tranquila hasta que se le pase —aconsejó la señora Brown cuando Lal le contó lo que había ocurrido—. Mira, Lal, eso puede hacerle bien a Lotta. Últimamente ha sido una niña muy díscola y ha llegado a pensar que puede hacer todo lo que se le antoje. En el fondo es una niña muy buena, pero en las últimas semanas se ha mostrado cada día más insolente.

—Tal vez tienes razón —asintió Lal recordando las malas caras y las respuestas bruscas que Lotta tenía para con ella últimamente—. Quizá los aplausos y vítores que cosecha todas las noches la han envanecido.

—¡Oh, qué duras sois las dos al hablar de la pobre Lotta de esa manera! —exclamó Jimmy, que era de corazón muy tierno—. Ahora es terriblemente infeliz, sé que lo es, y no me importa si se lo merece o no. El caso es que lo siento por ella y trataré de arreglar las cosas si puedo. Me gustaría enrollar el látigo de Britomart alrededor de sus largas piernas.

—¡Calla, Jimmy, no hables así! —ordenó su madre, escandalizada—. Si Britomart te oyese, también a ti te prohibiría aparecer en la pista, y entonces no te pagaría nada y tendrías que quedarte sin muchas de las cosas buenas que tanto te gustan.

Jimmy dio una patada en el suelo y se alejó en silencio. Estaba enfadado, triste y perplejo. No podía creer que Lotta hubiese robado la varita de Britomart. Pero, si no lo había hecho, ¿cómo era que la tenía en su carromato? Jimmy no podía

explicárselo. Sólo sabía que en los últimos tiempos las cosas eran muy raras y desagradables.

Lisa y Jeanne estaban excitadas y complacidas por el hecho de que las hubiesen designado para cabalgar en la pista en lugar de Lotta. A ésta no le tenían lástima. Se alegraban de lo que le había pasado porque así podían ocupar su puesto. Eran unas niñas duras y egoístas, vanidosas y descaradas. Se pusieron a bailar de alegría cuando su madre empezó a probarles los vestidos de circo.

—Lisa puede tomar prestado el de Lotta —había dicho Britomart—. Tiene casi la misma estatura. Quizá Lal tenga un vestido viejo de Lotta que se le haya quedado corto; ése serviría para Jeanne. No hay tiempo de hacer vestidos nuevos.

Así, pues, con gran enfado de Lotta, Lisa y Jeanne se pusieron sus vestidos, los lindos y brillantes vestidos que le daban un aspecto de hada. También Lisa y Jeanne estaban preciosas con ellos, porque las dos eran unas niñas bonitas, con sus rizos rojos y sus naricillas arremangadas.

—Pero en «Belleza» no montarán —le dijo furiosamente a su madre—. ¡No montarán! Si lo hacen, me montaré a lomos de «Belleza», me iré lejos y no volveré nunca, Lal.

—No seas tonta, Lotta —dijo Lal—. Claro que nadie va a montar en «Belleza». Está en su cuadra, muy feliz.

Pero «Belleza» estaba muy lejos de sentirse feliz. Se daba cuenta de que su amita estaba triste, y él estaba triste también. No podía comprender por qué no venía a sacarlo para la función de la noche. Pataleaba impacientemente en su cuadra, pero Lotta no venía.

«Belleza» lanzó un lastimero relincho, y Lotta lo oyó. Se había negado a salir de su carromato en todo el día, pero no podía seguir haciendo lo mismo cuando «Belleza» la llamaba. Se deslizó afuera cuando nadie estaba mirando y se dirigió a la cuadra. Acarició el negro hocico del caballo, que se pegó a ella cariñosamente, luego la niña le echó los brazos al cuello.

—¡Oh «Belleza», esta noche no vamos a la pista! —sollozó—. No es justo que te castiguen a ti también, porque a ti te gusta demostrar lo espléndidamente que sabes bailar y hacer cabriolas, ¿verdad? Pero nadie te montará mientras yo pueda impedirlo. Tenemos que dejar que la tonta de Lisa y la estúpida de Jeanne ocupen nuestros puestos.

En aquel momento, Lisa y Jeanne pasaban corriendo vestidas con las lindas ropas de Lotta. Vieron a ésta y le gritaron:

—¡Hola, Lotta!

Lisa añadió:

—Por fin has salido. Mira, estamos bonitas, ¿verdad? Vamos a trabajar lo mejor posible y así quizá Britomart nos deje estar en el circo para siempre.

Entonces Lotta se acordó repentinamente de algo y se volvió hacia Lisa.

—¿Cómo sabía Britomart que yo tenía su varita? —preguntó—. ¿Se lo dijisteis vosotras?

Lisa miró a Jeanne, y Jeanne miró a Lisa. Las dos habían decidido ya lo que tendrían que responder si Lotta les hacía aquella pregunta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lisa adoptando el aire más inocente y abriendo grandes ojos—. Claro que no se lo dijimos. Ni siquiera sabíamos que tú la tenías.

—¡Rematada embustera! —exclamó Lotta—. Si fuiste tú quien me la dio, Lisa, después de haberla encontrado debajo de la mesa.

—No la encontramos debajo de ninguna mesa —dijo Jeanne dando un respingo—. La encontraste tú y debiste de llevártela sin que nadie se diera cuenta.

Se marcharon, y Lotta siguió con la mirada a las dos falsas y cínicas niñas. Estaba asombrada. Durante unos momentos no pudo comprender lo que habían querido decir. Y de pronto lo adivinó todo.

—Por lo visto le contaron a Britomart que yo había entrado en su carromato y me había apoderado de la varita —gritó—. ¡Oh, las muy embusteras! Voy a ir ahora mismo a decirle que no lo hice yo.

Echó a correr hacia el carromato de Britomart. Llamó a la puerta.

—¡Déjenme en paz! —ordenó Britomart, que estaba ocupado en ponerse su traje de circo—. Ahora no recibo a nadie.

—¡Señor Britomart; soy yo, Lotta! —gritó la niña—. He venido a decirle que Lisa le contó una mentira sobre mí. Fue ella quien se apoderó de su varita, no yo, y me la dio para que viese si podía hacer alguna cosa mágica, y...

—¡Vete! —dijo Britomart—. No te creo. Eres una niña descarada, desobediente y regañona. Vete.

Así, pues, aquello tampoco servía de nada. Lotta se alejó con lágrimas en los ojos. Se encontró con Oona, el acróbata, vestido ya con su brillante «maillot», dispuesto a aparecer en la pista. Tenía un aire solemne.

—¿Te has enterado de algo sobre Madame Prunella? —preguntó Lotta, recordando que Prunella era prima de Oona y que el acróbata la quería mucho.

Oona sacudió la cabeza.

—No —dijo tristemente—. Estoy preocupado por Prunella. Es la primera vez que deserta de un espectáculo, y no está bien hacer eso. A ningún jefe de pista le gusta contratar a gente que haya desertado de un espectáculo, pues tiene miedo de que haga lo mismo otra vez, y eso perjudica a un circo, como tú sabes. Britomart siempre trata a la gente de la manera más equivocada. Cuando nos vayamos de aquí, creo que no seguiré ya con el circo.

—¡Oh, Oona, no digas eso! —exclamó Lotta—. Sin ti, el circo no sería el mismo.

No era Oona el único que estaba pensando en marcharse. El señor Wally estaba planeando sombríamente llevarse a «Sammy» a otro espectáculo si Galliano no regresaba pronto. Y si el señor Wally se iba, el señor Tonks declaraba que él se iría también.

«¡Pero, entonces, no quedará nada del circo del señor Galliano! —pensaba Lotta angustiadamente—. ¿Qué vamos a hacer?».

¿QUÉ LE VA A PASAR AL CIRCO?

El ambiente parecía muy extraño sin Madame Prunella, y todo el mundo echaba de menos la algarabía de los locuaces loros. Nadie sabía adónde había ido Prunella. Nadie había tenido noticias de ella. Era muy misterioso. Britomart no mencionaba su nombre, pero modificó los números del espectáculo para llenar el hueco dejado por Madame Prunella.

A Pierre le adjudicó un número mayor y también al payaso Google, Twinkle, Pippi y Stanley se sintieron molestos por eso, ya que pensaban que se les debería haber dado más tiempo.

Stanley Pegajoso le preguntó a Britomart si él y los otros dos no podrían tener cinco minutos más. Britomart sacudió la cabeza.

—Google es más gracioso que ustedes tres —dijo—. Ustedes no arrancan tantas carcajadas como él; por eso hay que concederle ese tiempo extra. Y hagan el favor de no discutirme lo que hago. Soy el jefe de pista y mi palabra es ley.

Google, el payaso de duros rasgos, estaba complacido. Un número más largo significaba más dinero. Iba cruzando el campamento para hablar con Pierre, quien también se sentía complacido por el hecho de que le hubieran alargado su número. «Squib», el perro de Google, le iba pisando los talones.

Vio a «Lucky» por el camino y se detuvo a hablar con ella. Era muy buen amigo de «Lucky». Jimmy los vio jugando juntos cuando venía a traerle bizcochos a «Lucky», y le arrojó uno a «Squib».

Google lo vio y dio media vuelta.

—¡No le echas de comer a mi perro! —ordenó—. Vosotros los niños creéis que podéis hacer en este circo lo que se os antoje. ¡«Squib», ven aquí!

«Squib» no quería ir, con aquel sabroso olor a bizcocho debajo de sus narices. Se quedó quieto, meneando la cola y mirando a su amo como diciendo: «Por favor, amo, espera un ratito hasta que coma esto, y luego iré».

Google siempre se mostraba celoso si «Squib» le tomaba simpatía a otra persona, y se enfureció al ver que el perro no quería apartarse de Jimmy y de «Lucky» y volver con él. Se dirigió hacia ellos, agarró a «Squib», se lo colocó bajo el brazo y trató de pegarle a Jimmy. El niño se quitó de en medio con los ojos brillantes de cólera.

Google se alejó, rezongando.

«Ésta es la primera vez que alguien ha tratado de pegarme en este circo —pensó Jimmy—. Lotta tiene razón. Éste no es ya el circo del señor Galliano. Es el circo de

Britomart y se está convirtiendo en una cosa como él: pendenciero, egoísta, duro y horrible».

Por primera vez, un pensamiento acudió a la mente del niño. Si se iba el señor Wally, si se iban el señor Tonks y «Jumbo», ¿por qué no había de irse él también? ¿Por qué no había de irse con ellos e incorporarse a otro circo donde quizás habría un jefe de pista más agradable que Britomart? Su madre y su padre podrían irse con él, porque cualquier circo se alegraría de tener la ayuda de Brownie como carpintero y hombre de faena.

—Y creo que tú y yo podríamos conseguir empleo en otro circo con la mayor facilidad del mundo —dijo Jimmy, acariciando la blanda cabeza de «Lucky»—. No creo que el viejo Galliano vuelva nunca, y no estoy dispuesto a seguir trabajando mucho tiempo para Britomart. Ni siquiera una vez te ha dicho lo lista que eres, «Lucky». Nos mira como si fuésemos gusanos. No vamos a soportarlo más, ¿verdad?

—¡Guau, guau! —contestó «Lucky», tendiéndose de espaldas y moviendo las cuatro patas en el aire. Ella iría a cualquier sitio con Jimmy, y eso le bastaría para ser feliz.

—Ya ves, «Lucky», ni siquiera Lotta parece la misma —prosiguió Jimmy, haciéndole cosquillas a la perrita—. Con lo bien que lo pasábamos juntos ella y yo, y «Belleza» y tú; pero ahora no la dejan aparecer en la pista y está enfadada y triste, y no quiere tener amigos. Por eso, quizá será mejor que nos vayamos y empecemos todo de nuevo, «Lucky».

Lisa y Jeanne se acercaban parlotando. Estaban muy contentas por aparecer en la pista todas las noches. Tenían bastante éxito, porque, aunque no montaban tan bien como Lotta ni muchísimo menos, sabían salir del paso y resultaban muy bonitas en la pista.

Lisa le tiró a Jimmy del pelo al pasar.

—Parece como si te fueras a poner a llorar de un momento a otro —se burló—. ¡Ánimo, hombre!

Jimmy se volvió a mirarla.

—Supongo que estáis convencidas de que lo hacéis maravillosamente bien en la pista —dijo—. Pero, ¡Dios mío, qué pareja de espantajos parecéis! Debería daros vergüenza haberle quitado su número a la pobre Lotta. Yo creía que erais amigas.

—¡Uf, parece un oso gruñón! —rió Jeanne, y las dos niñas se alejaron bailando alegremente, muy complacidas aquellos días.

Las cosas les iban bien.

Poco después, Jimmy entró un rato en la pista para practicar con «Lucky». El señor Wally estaba allí con «Sammy», el chimpancé, dándole también sus lecciones.

El señor Wally parecía estar preocupado «Sammy» no se portaba bien. Estaba lleno de murria. Tenía que desnudarse en la pista y acostarse en su catre, cosa que, por lo general, hacía perfectamente. Pero hoy estaba acurrucado en el suelo, muy

abatido, y aunque el señor Wally hacía todo lo posible por animarlo, él agachaba su peluda cabeza y no quería obedecer a su amo.

Cuando vio entrar a Jimmy con «Lucky», se puso en pie de un salto y lanzó grititos de alegría. Corrió hacia Jimmy y pasó los brazos alrededor de la cintura del niño, casi separándolo del suelo por el entusiasmo que sentía.

—¡Oh, «Sammy», querido y viejo «Sammy»! —exclamó Jimmy—. Mire, señor Wally, incluso está tratando de besarme.

—Es que se alegra mucho de verte —dijo el señor Wally—. Ahora está muy melancólico, Jimmy; lo deprime mucho eso de que no se le permita pasear conmigo y contigo como a él le gusta. Y desde que te han prohibido jugar con él en su jaula está peor que nunca. Los chimpancés son como niños, han de tener muchas cosas que hacer y que ver o, de lo contrario, toman murria y se sienten desgraciados. Bueno, «Sammy», ¿harás ahora tu número para que te vea Jimmy?

Y así fue. A «Sammy» no le importaba hacer todas sus gracias en honor de su querido amigo Jimmy. El chimpancé desplegó todas sus habilidades lleno de satisfacción, riéndose cuando Jimmy lo aplaudía. Su extraña mente de chimpancé no había podido comprender por qué su amigo no iba a visitarlo y tampoco podía imaginar por qué nadie lo sacaba ahora a pasear por el campamento.

Jimmy agarró a «Sammy» por una garra para conducirlo a su jaula una vez terminado su entrenamiento. Por el camino, se encontraron con Britomart, y cuando el jefe de pista vio a Jimmy con el chimpancé, frunció el ceño.

—¿No te dije que te abstuvieras de jugar con los animales? —preguntó—. ¡Señor Wally, usted conoce mis órdenes, si es que al niño se le han olvidado!

El señor Wally también tenía su genio. Replicó inmediatamente con ojos llameantes:

—Señor Britomart, todo el mundo en este circo conoce sus órdenes. No nos queda más remedio. Nos las está usted tirando a la cara durante todo el día. Hemos recibido más órdenes de usted en unas pocas semanas que las que nos daba el señor Galliano en todo un año. Pero no veo que en este momento Jimmy o yo hayamos desobedecido sus órdenes. Jimmy no está jugando con «Sammy». Solamente lo está llevando a su jaula.

—Ya ha hablado usted bastante, señor Wally —dijo, furioso, el jefe de pista.

—No, no he hablado bastante —replicó el señor Wally—. Ni muchísimo menos. Mi chimpancé se está muriendo de melancolía, señor Britomart, por culpa de esas órdenes de usted. No quiere hacer su número como es debido. Si Jimmy no hubiese venido esta mañana a la pista, «Sammy» no se habría movido. Ningún animal puede trabajar si está triste.

—Ya pensé yo que su chimpancé no se estaba portando nada bien esta semana —dijo el señor Britomart fríamente—. Tenía el pensamiento de sustituirlo por algún otro número cuando nos traslademos de aquí.

—Cosa que me conviene —replicó el señor Wally, arrebolándosele el rostro—. En realidad, me conviene muchísimo. No quiero estar en ningún circo donde esté usted, señor Britomart. Y permítame decirle esto: todo el circo romperá con usted si sigue gritándonos órdenes estúpidas desde la mañana a la noche. Está usted estropeando todo lo que debería utilizar. Mire aquí a este niño, a Jimmy. Él sabe hacer que los animales se sientan felices, porque todos le quieren, y a usted no se le ocurre más que prohibirle jugar con ellos. ¡Puaf!

—No tengo por qué seguir escuchándolo —dijo Britomart, blanco de cólera.

Dio media vuelta y empezó a alejarse. Pero el señor Wally no había acabado todavía con él.

—¿Y qué me dice de la pequeña Lotta? —gritó—. Va usted y la mantiene alejada de la pista y pone en su lugar a esas dos estúpidas crías pelirrojas que no saben montar ni en una mula. Ellas...

Pero Britomart no lo escuchaba ya. De pronto, «Sammy», el chimpancé, empezó a gemir. Comprendía que el señor Wally estaba enfadado, y eso no le gustaba. Estaba asustado. Jimmy pasó un brazo alrededor del chimpancé y lo estrechó cariñosamente.

—No pasa nada, «Sammy» —dijo—. Simplemente que el señor Wally acaba de decirle al señor Britomart unas cuantas cosas que le hacen mucha falta. Ha estado muy bien, señor Wally. Pero no habrá hablado usted en serio cuando ha dicho eso de que va a irse, ¿verdad?

—¡Sí que he hablado en serio! —contestó el señor Wally con voz muy resuelta—. Y, lo que es más, arrastraré conmigo al viejo Tonks, a Volla y también a Stanley y a Liliput. Si alguien cree que me voy a dejar avasallar por Britomart está muy equivocado.

Y se marchó para meter a «Sammy» en su jaula. Jimmy lo miraba con el corazón encogido. Parecía como si el circo fuera a deshacerse ante sus propios ojos.

«Tendré que irme yo también —pensó—. No podría seguir aquí sin ninguno de mis amigos».

Se marchó sin dejar de pensar en lo mismo: «No le diré a Lotta que me voy. ¡Para lo que va a importarle...! No será por mí por quien se entere de mis planes».

JIMMY SE ENTERA DE LA VERDAD

Lotta era ahora muy desgraciada. Le dolía horriblemente pensar que Lisa y Jeanne aparecían todas las noches en la pista en lugar de ella. No hablaba a ninguna de las dos niñas, ni le hablaba tampoco a Jimmy. Se movía tristemente por el campamento y a veces montaba en «Belleza» para darle el ejercicio que el caballo necesitaba.

Jimmy hacía su número con «Lucky» en la pista, pero no dejaba que Lisa y Jeanne le ayudaran. Las dos niñas le imploraban una y otra vez que les permitiese ayudarlo, pero Jimmy sacudía la cabeza.

—No —decía—, las dos sois ruines y malas. No dejaré que me ayudéis a trabajar con «Lucky» en la pista. Y si os atrevéis a pedirle a Britomart que me ordene eso, me marcharé de este circo como se ha marchado Madame Prunella.

Al decir esto adoptaba un aire tan fiero, que las dos niñas no insistían. Ninguna de ellas se habría atrevido a pedirle nada a Britomart, pues, aunque eran descaradas, le tenían tanto miedo al severo jefe de pista como el resto del personal del circo.

Pero Jeanne, la niña más joven, no renunciaba a su empeño de hacerse amiga de Jimmy. Había pensado de improviso que si lograba que Jimmy se hiciese realmente amigo suyo, le permitiría salir a la pista con él y con «Lucky» y no con Lisa. «Así, Lisa me tendría envidia», pensaba.

De este modo, Jeanne empezó a mostrarse muy amable con Jimmy. Le trajo un pastel caliente de chocolate que su madre acababa de hacer. Pero todo lo que Jimmy dijo fue:

—¡Hum! Supongo que te habrás apoderado de esto cuando tu madre estaba vuelta de espaldas. No quiero, gracias. Creo que tú y Lisa sois niñas mentirosas y poco honradas.

—¡Oh Jimmy, no seas tan poco amable! —imploró Jeanne—. Sé que Lisa es horrible y casi siempre descortés, pero yo soy del todo diferente. No digo mentiras espantosas como Lisa.

—Yo nunca he notado que seas mejor que Lisa —replicó Jimmy, sacándole brillo a algunos arneses de caballo con tanta fuerza, que le dolían los brazos—. De cualquier modo, no me eres simpática, por tanto puedes marcharte.

Jeanne derramó unas lagrimitas y se sorbió los mocos compungidamente.

—Bueno, Jimmy —dijo—, yo sentí muchísimo que Lisa inventara el otro día aquella horrible mentira, ya sabes, lo de dejar salir a «Neptuno».

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jimmy, sorprendido—. ¿Qué espantosa mentira es ésta?

—¿Cómo, no te acuerdas? Lisa dijo que Lotta había abierto con la llave la puerta del furgón de la foca para que «Neptuno» pudiese correr detrás de ti y ponerte en un apuro —explicó Jeanne—. Pues bien, no fue Lotta. Ella dijo que no quería gastarte una broma tan pesada. Pero Lisa lo hizo, y luego dijo que había sido Lotta quien lo había hecho.

Jimmy se quedó mirando a Jeanne con la mayor sorpresa y una enorme cólera. A Lisa era a quien se le había ocurrido aquella estúpida broma y luego le había echado la culpa a Lotta. ¡La horrible niña!

—Si pudiera agarrar ahora a Lisa, le iba a tirar de esos pelas rojos que tiene hasta que sus gritos se oyeran en toda el campamento —exclamó el niño furiosamente—. Fue Lisa la que me metió en un lio a causa de la foca y no la pobre Lotta, y yo he estado echándole toda la culpa y pensando de ella cosas horribles, siendo así que nada era verdad. ¡Oh, me siento un miserable!

—Sí, y fue Lisa también quien metió a Lotta en un lío —siguió explicando la chismosa Jeanne, disfrutando muchísimo con su relato—. Lisa le dio a Lotta la varita mágica para que la escondiera y le dijo a Britomart que fue Lotta quien se la había encontrado y se había quedado con ella.

Jimmy no podía creer lo que estaba escuchando. Le parecía imposible que una persona pudiera ser tan mala. Se quedó mirando fijamente a Jeanne hasta que la descarada niña empezó a sentirse incómoda.

—Te he dicho todo esto, Jimmy, porque quiero demostrarte mi deseo de que seamos amigos.

—Me has hablado mal de tu hermana, me has demostrado sin lugar a dudas lo ruines y malvadas que sois las dos, y ahora dices que es para demostrarme que quieres ser amiga mía —acusó finalmente Jimmy con voz de disgusto—. Bueno, escúchame, Jeanne: tú y Lisa habéis causado ya mucho daño y muchos disgustos, pero es la última vez que vais a molestarnos a Lotta y a mí. No quiero tener nada que ver con vosotras. No quiero hablaros. No quiero miraros. No quiero ni siquiera trabajar en el mismo circo que vosotras. Después que nos marchemos de aquí me incorporaré a otro circo, y espero que nunca volveré a encontrarme contigo ni con Lisa.

El enfadado niño giró sobre sus talones y se alejó, llevándose consigo los tintineantes arneses. Jeanne, con la cara roja, lo siguió con la mirada. Por primera vez en su vida se sentía avergonzada de sí misma. Quizá, después de todo, era mejor decir la verdad, ser sincera, leal y amable como Jimmy. Jeanne empezó a llorar y deseó no haber contado nunca mentiras.

Jimmy colgó los arneses en el furgón que hacía de cuadra y se fue a dar una vuelta. Quería pensar. «Lucky» corría silenciosa tras los talones de su amo, comprendiendo que estaba preocupado. Juntos cruzaron los campos, y cuando Jimmy

encontró una mata de aulaga que exhalaba su delicioso olor en un ejido, se sentó junto a ella.

«Lucky» se tendió a su lado, apoyada la cabeza sobre las rodillas de Jimmy. El niño acarició la blanda cabecita del animal.

—Ya ves, «Lucky» —dijo—; me he portado mal con la pobre Lotta. Creí que había sido ella quien me había gastado la desagradable broma de dejar que «Neptuno» saltase detrás de mí para ponerme en apuros, pero mi obligación era comprender que Lotta nunca haría una cosa así, por muy revoltosa que sea.

«¡Uf!», asintió «Lucky» blandamente.

Le gustaba que Jimmy le hablase de esa manera. Sacó su sonrosada lengüecilla y lamió la morena mano de su dueño.

—Y Lotta está también metida en un gran lio por culpa de Lisa —continuó Jimmy—. Es muy desgraciada. Y se asombrará mucho al saber por qué me he portado tan mal con ella. Por eso es necesario que pongamos las cosas en claro, «Lucky». ¿No te parece?

«¡Guau, guau!», respondió «Lucky», dando su conformidad.

—Bueno, lo primero que vamos a hacer es bajar a la ciudad y comprarle a Lotta la muñeca mejor y más grande que podamos encontrar —dijo Jimmy—. A ella le gustan las muñecas, tú lo sabes, y nunca ha tenido una propia. Quizás eso la haga sentirse más feliz. Y luego le explicaremos, «Lucky», que todo ha sido una equivocación horrible y tonta, y volveremos a ser amigos. ¿Qué te parece la idea?

«¡Guau!», respondió «Lucky», sentándose.

Era evidente que le parecía una idea inmejorable.

—Eres una perra maravillosa —dijo Jimmy, abrazando al animalito—. Creo que entiendes todas las palabras que digo. De verdad que lo creo. Y, «Lucky», vamos a esperar hasta ver qué dice la próxima carta del señor Galliano, y si dice que va a volver pronto, nos quedaremos aquí, y si no va a volver, avisaremos a Britomart de que nos vamos a ir a otro circo. Lotta se vendrá también. Las cosas se arreglan pronto cuando nos decidimos a afrontarlas y a suprimir lo que no nos conviene.

«Lucky» dio una vuelta alrededor de Jimmy, brillándole los ojos al oír la voz enérgica del niño. Se daba cuenta muy bien de que su amo se había decidido a hacer algo y estaba más contento por eso. Bastaba eso para que la perrita «Lucky» se sintiera contenta también.

Regresaron al campamento. Jimmy se dedicó a buscar a Lotta, pero a la niña no se la veía por ninguna parte.

—Bueno, no importa, bajaré ahora a la ciudad y compraré esa muñeca —le dijo Jimmy a la perra—. Es gracioso que a las niñas les gusten cosas como las muñecas, pero todas parecen ser así, incluso Lotta. Quizá es algo que no pueden remediar. ¡Vamos, «Lucky»!

Jimmy sacó algún dinero de la cajita de sus ahorros y se marchó, con la perra pisándole los talones. No podía evitar sentirse mucho más feliz, ahora que sabía que

era Lisa quien lo había metido en apuros y no Lotta. Se montó en un tranvía y pronto llegó al centro de la gran ciudad.

Miró en torno buscando una juguetería. La encontró pronto: una juguetería maravillosa, con toda clase de juguetes, desde osos hasta conejos, desde muñecas a trenes, desde arquitecturas a bicicletas, desde cochecitos hasta libros, todo lo que se le podía ocurrir a uno. Jimmy se dedicó a mirar los escaparates.

Examinó cuidadosamente la sección de muñecas, las había de todas clases. Había una muñeca bebé vestida con pañales, con los ojos cerrados, y brillantes y diminutas uñitas como un bebé de verdad. Había una muñeca de rubicundas mejillas, vestida con blusa, falda y sombrero, pero tenía el cabello rojo y eso le recordó a Jimmy a Lisa y a Jeanne. ¡No era posible comprar aquella muñeca!

Había muñecos aviadores, muñecos soldados y muñecos marinos, pero Jimmy calculaba que no eran aquéllos los muñecos que le gustarían a Lotta. ¡Y luego vio la muñeca ideal! Estaba sentada en una sillita y tenía una cara dulce y risueña, con brillantes ojos azules, diminutos dientes y sonrosadas mejillas. Su cabello era de verdad y le caía en dorados rizos.

Jimmy se quedó mirando fijamente aquella muñeca. No podía menos que sentirse encantado, porque era una muñeca tan risueña y de aspecto tan simpático... Estaba vestida con un alegre traje de diario, pero al lado tenía un sombrero rojo y un abrigo listos para ponérselos, y también un paraguas en miniatura.

«¡Ésa es la muñeca para Lotta!», pensó Jimmy. Miró la etiqueta del precio. Era muy cara: diecisiete chelines y seis peniques. Jimmy contó el dinero que llevaba. Tenía muy poco más de lo necesario para comprarla.

«Bueno, vale la pena si quiero que la pobre Lotta vuelva a sentirse feliz», se dijo Jimmy entrando en la tienda. Señaló la muñeca a la dependienta, y ésta la retiró del escaparate. Jimmy la alzó entre sus manos y la miró. La muñeca le sonrió y parecía como si fuera a echarse a reír.

—Póngala en una caja, por favor —pidió Jimmy—, y envuélvala bien. Es para hacer un regalo.

La dependienta le empaquetó la muñeca y Jimmy abonó su precio. Salió de la tienda y alcanzó el primer tranvía que salía de la ciudad. Se apeó al final del trayecto y caminó por el senderito que llevaba al campamento. Iba silbando alegremente. La verdad es que era un sentimiento delicioso llevar una hermosa sorpresa como aquella debajo del brazo para entregarla a alguien que se sentía infeliz.

Entró en el campamento.

—¡Lotta! —gritó—. ¡Lotta!, ¿dónde estás?

—Está en su carromato —le informó Oona—. La vi subir los escalones hace unos veinte minutos.

Jimmy se puso a aporrear la puerta.

—Lotta, permíteme entrar. Tengo algo que enseñarte.

—No quiero verlo —respondió una voz hosca.

Pero Jimmy no estaba dispuesto a dejarse detener por tan poca cosa. Abrió de par en par la puerta del carromato y entró con un resplandor de alegría en su moreno rostro.

UN BUEN EMBROLLO

Lotta se hallaba sola en su carromato. Estaba sucia y desaseada, porque desde que Britomart le había prohibido aparecer en la pista, se sentía demasiado triste y desgraciada para preocuparse de su aspecto.

Pasaba muchísimo tiempo encerrada en su carromato, porque no le gustaba encontrarse con Lisa y Jeanne en el campamento. Eran muy poco corteses y se empeñaban en contarle lo bien que lo estaban pasando con su aparición todas las noches en la pista. Tampoco le gustaba encontrarse con Jimmy, porque aquellos días más parecía un enemigo que un amigo. Así, pues, la pobre niña se encerraba con «Lulú», la perrita «spaniel», y recordaba los días felices en que el señor Galliano estaba al frente del circo.

«Ya sé lo que voy a hacer —decidió—. Haré lo mismo que hice en otra ocasión: vestirme como un niño, ponerme el cabello corto y escapar. Me llevaré a “Belleza” y me incorporaré a otro circo. Sí, eso es lo que haré: huir. Nadie se interesa ya por mí. Jimmy no es amigo mío. La señora Brown dice que soy una niña mimada y sin educación. Incluso Lal me dice que merezco ser castigada. Por tanto, voy a huir de todo el mundo, y entonces tal vez lo sientan».

Mientras estaba pensando en eso, llegó Jimmy y llamó a la puerta. La abrió y Lotta vio aparecer al niño con una ancha sonrisa en su rostro, la primera sonrisa que se le veía después de mucho tiempo.

—Lotta, te traigo un regalo —anunció Jimmy.

—¿Un regalo? ¿Por qué? No es mi cumpleaños —dijo Lotta, sorprendida.

—Lo sé. Es un regalo para que me perdones por haberme portado mal contigo y haber pensado de ti cosas que no eran verdad —confesó Jimmy—. Lotta, yo creía que tú habías abierto la puerta del furgón de «Neptuno» para que la foca echase a correr detrás de mí y me pusiese en apuros; pensé que había sido una cosa horrible por tu parte, y no quise seguir siendo amigo tuyo; y ahora Jeanne me ha contado que fue Lisa quien lo hizo y que dijo, y yo lo oí, que habías sido tú.

—¡Oh, la horrible criatura! —exclamó Lotta llena de furia—. Como si yo pudiera gastarte una broma así, Jimmy. Deberías haberte imaginado que yo nunca podría hacer una cosa semejante.

—Sí, debería habérmelo imaginado —reconoció Jimmy—. Siento terriblemente haberme portado tan mal sin motivo alguno, precisamente cuando las cosas se te ponían difíciles, Lotta. Y he descubierto también que fue Lisa la que se apoderó de la

varita mágica, no tú, y que te la dio para que la guardases y le dijo a Britomart que tú la habías robado. Pero eso no lo creí, no lo creí nunca, te lo aseguro, Lotta.

—Espero que no lo creyeras —replicó Lotta con los ojos echándole llamas—. ¡Cielo santo! ¡Pensar que esa horrible Lisa dice cosas semejantes de mí! Le voy a arrancar esos pelos de azafrán que tiene. Voy a pellizcarla hasta que se le salte la sangre. Voy a...

—Bueno, antes de que hagas todo eso echa una mirada a esto —dijo Jimmy, temiendo que Lotta echase a correr en aquel mismo momento del carromato para darle su merecido a Lisa.

Colocó el voluminoso paquete en manos de Lotta. La niña miró la caja y luego empezó a desatar ávidamente la cuerda. Como a toda la gente de circo, le gustaban mucho los regalos.

La cuerda cedió. El papel cayó al suelo. Lotta levantó la tapadera de la caja y la rubia muñeca de ojos azules le sonrió cariñosa y alegremente.

—¡Jimmy! ¡Una muñeca de verdad para mí sola! ¡Y la más bonita y más encantadora de las muñecas además! —exclamó Lotta con el mayor entusiasmo—. Jimmy, ¿cómo se te ha ocurrido hacerme semejante regalo? ¡Cuánto me gusta! Es la muñeca más hermosa que he visto en mi vida; mucho, muchísimo más bonita que las de Lisa o Jeanne. Y mira qué graciosa está con su vestidito. ¡Y además tiene un abrigo rojo y un sombrero! ¡Y, cielo santo, tiene un paraguas también!

Jimmy se irguió cuan alto era y sonrió con todo el rostro al ver el entusiasmo de Lotta. En toda su vida se había sentido más contento que al ver la cara de Lotta en aquellos instantes. Lotta era su amiga, había sido desgraciada y ahora nuevamente era feliz. Jimmy se sentía a su vez lleno de fuego y de felicidad.

Lotta sacó de la caja la linda muñeca y la abrazó. La movió de un lado a otro, y la muñeca abría y cerraba sus ojos, sombreados de largas pestañas. Lotta la miró cariñosamente y se preguntó cómo debía llamarla.

—Tienes que ponerle un nombre, Jimmy —dijo.

—Lisa —respondió Jimmy inmediatamente, con una mueca burlona.

Lotta soltó una exclamación de disgusto y puso cara de asco.

—No seas tonto. No voy a ponerle el nombre de una niña horrible a una muñeca encantadora como ésta. La llamaré Rosamaría Josefina Anabella. ¡Mira, muñequita, qué tres nombres tan hermosos te he puesto!

Lotta volvió a meter la muñeca en su caja y miró a Jimmy. Le echó los brazos al cuello y lo abrazó.

—Has hecho que me sienta de nuevo feliz —dijo—. Volvamos a ser amigos, Jimmy. Siento muchísimo haberme portado mal contigo cuando me iba a jugar con Lisa y con Jeanne. Ahora no comprendo cómo podía ocurrírseme aquello.

—Bueno, perdonémonos uno a otro y empecemos como si no hubiera pasado nada —propuso Jimmy—. Mira, Lotta, realmente no ha sido nuestra toda la culpa: las cosas se han puesto muy mal desde que se marchó el señor Galliano, y Britomart

parece haber estropeado todo y a todos. ¿Sabes que más de la mitad de la gente del circo va a marcharse cuando terminemos la estancia aquí?

—No, no sabía nada —repuso Lotta, sorprendida—. Realmente, no he hablado con nadie estos últimos días. ¿Quieres decir que van a abandonar el circo de Galliano y que no van a volver más? Sé que Oona tenía ese propósito, pero no sabía que los demás fueran a hacer lo mismo.

—Pues bien, el señor Wally se va —dijo Jimmy, y le contó a Lotta la disputa que había habido entre Britomart y el señor Wally—. Y el señor Volla se va también, y Tonks, ¡y yo también, Lotta!

—¡Jimmy! —exclamó Lotta, consternada, agarrando al niño por un brazo—. ¡No digas eso! No podría estar aquí si tú no estuvieras. Piensa lo que sería vivir siempre con Lisa y Jeanne.

—No tendrías que hacerlo —declaró Jimmy—. Tú, Lal y Laddo debéis marcharos también. ¿Comprendes, Lotta? Todos nos iremos juntos. Nos incorporaremos a otro circo y lo pasaremos muy bien, como siempre hemos hecho.

—Pero, ¿y si regresa el señor Galliano? —preguntó Lotta—. Se sentiría muy desgraciado al encontrar su circo en cuadro.

—Bueno, esperaremos a ver qué dice en su próxima carta —prometió Jimmy—. No le diré a Britomart que me voy hasta que hayamos recibido noticias del señor Galliano. Entonces sabremos qué hacer.

Así quedó la cosa, y los niños aguardaron impacientemente que se recibieran más noticias de Galliano. Lotta era mucho más feliz ahora. Estaba encantada con su muñeca y se pasaba horas enteras vistiéndola y desnudándola. Se mostraba muy cariñosa con Jimmy y hacía todo lo posible por ser buena y servicial con la señora Brown y Lal. Éstas se mostraban muy contentas, convencidas de que la pequeña y querida Lotta había vuelto a ser la que era.

Britomart, por último, recibió otra carta del señor Galliano. La noticia se extendió rápidamente por el campamento, porque el cartero entregó la carta a Stanley Pegajoso para que se la diera a Britomart, y el payaso reconoció inmediatamente la letra. Todo el mundo se congregó alrededor del carromato de Britomart para enterarse de la noticia. Pronto apareció el jefe de pista con la carta en la mano, su rostro tan severo como siempre.

—Por lo visto saben ustedes ya que he recibido una carta del señor Galliano —dijo, posando la mirada en cada uno de los circunstantes—. Como me imagino que desearán saber lo que dice, voy a leerla en voz alta.

Desdobló la carta y leyó:

«Querido Britomart y queridos amigos todos: Os alegraréis al saber que la señora Galliano está ahora mucho mejor y que dentro de seis meses estará curada por completo. Ahora tiene que pasar un largo periodo de reposo en el Sur de Francia; y como el circo está

funcionando tan bien bajo la dirección de vuestro nuevo jefe de pista, me tomaré unas vacaciones y acompañaré a mi esposa. Por eso no volveré a estar con vosotros hasta dentro de algún tiempo. Volveré a escribir tan pronto tenga nuevas noticias. Envío mis mejores deseos para todos y espero que el espectáculo siga funcionando tan espléndidamente como siempre.

GALLIANO».

Google y Pierre se pusieron muy contentos, porque eran favoritos de Britomart. Pero nadie más mostró complacencia excepto Lisa y Jeanne. Con murmullos y bisbiseos, el resto del personal del circo volvió a sus carromatos con gran tristeza en el corazón. Galliano no iba a regresar antes de medio año. No podían estar trabajando para Britomart tanto tiempo. Era imposible. El circo tenía que disolverse.

Aquel día, el señor Volla fue a ver a Britomart y le comunicó que él y sus osos abandonarían el circo cuando se diese por terminada la estancia en el sitio donde se encontraban. Liliput dijo lo mismo. El señor Tonks dijo lo mismo también, pero muy tristemente, porque llevaba muchos años trabajando en el circo del señor Galliano. Oona, el acróbata, y el payaso Stanley Pegajoso anunciaron que se iban.

Y Jimmy subió también los escalones de aquel carromato y le dijo al Jefe de pista que él y «Lucky» buscarían trabajo en otro circo tan pronto como abandonasen el lugar donde estaban. El corazón de Jimmy latía muy de prisa al decir esto, porque Britomart estaba pálido y enfadado.

—¡Vete, pues! —le dijo a Jimmy—. Hay muchos perros tan listos como el tuyo. No te echaremos de menos.

Jimmy fue a buscar a Lotta. Le comunicó que había avisado a Britomart que él y «Lucky» buscarían pronto otro circo. Ya había hablado de eso con su padre y su madre, quienes también se mostraban deseosos de marcharse y de ir a la búsqueda de un circo más feliz en su bonito carromato azul y amarillo. Tenían dinero de sobra para tomarse antes unas vacaciones.

Lotta corrió en busca de Lal y Laddo.

—¡Lal, Laddo: todo el mundo se marcha del circo de Britomart! ¿Le habéis dicho ya que nos iremos también? ¡No quiero seguir aquí, no quiero!

Lal y Laddo adoptaron un aire lleno de gravedad. Laddo sacudió la cabeza.

—No podemos irnos, Lotta —dijo—. Firmamos un papel en el que prometimos a Britomart que seguiremos trabajando en este circo por lo menos durante un año. Tenemos que seguir.

—¡Laddo, no estarás hablando en serio! —exclamó Lotta, horrorizada—. No querrás decir que tenemos que seguir a la fuerza. ¡Es imposible! Todo el mundo se va, incluso Jimmy. No puedo quedarme aquí si Jimmy se marcha.

—Tienes que quedarte —dijo Lal—. Los demás sólo prometieron seguir hasta que terminasen las funciones aquí, pero Britomart nos hizo prometer que

permaneceríamos todo un año. Prometimos también en tu nombre, Lotta. Por tanto, tendrás que resignarte.

—¡Oh, oh! —se lamentó Lotta—. Otra vez se pone todo mal. ¡Oh, Lal! Déjame ir con la señora Brown y Jimmy, y vosotros os quedáis aquí.

—De ninguna manera, Lotta —dijo Laddo—. No seas niña. Tenemos que ganarnos la vida y seguimos junto a Britomart para eso. Nos paga bien y, aunque no nos sea simpático, tenemos que aguantarlo. Es hora ya de que te vayas haciendo mayor y te des cuenta de que muy a menudo tenemos qué hacer cosas que no nos gustan.

Lotta se alejó, sollozando. Encontró a Jimmy y le contó sus penas. Jimmy se quedó horrorizado.

—¡Oh Dios mío, Lotta, nunca se me habría ocurrido decir que me iba si hubiese sabido que tú tenías que quedarte! Voy a ver a Britomart y le diré que me quedo.

Pero aquello no le sirvió de nada. Britomart se mostró seco y lacónico con Jimmy.

—Una vez que me dijiste que te marchabas, todo ha quedado concluido —declaró Britomart con su voz fría y profunda.

«Éste sí que es un buen embrollo —pensó Jimmy, consternado—. ¿Cómo vamos a salir de él? No lo sé».

LOTTA DESAPARECE

El circo iba a dar por terminada su estancia en aquel lugar dentro de una semana. Había tenido un éxito maravilloso, pero ya era hora de trasladarse. Como los diversos artistas habían ganado mucho dinero, la mayoría pensaba concederse unas vacaciones antes de incorporarse a otro circo. Pero nadie se sentía muy feliz ni siquiera pensando en las vacaciones.

—Es horrible dispersarse de esta manera cuando empezábamos a constituir un circo tan magnífico —dijo Liliput, acariciando a «Jemima», que, como de costumbre, estaba alrededor de su cuello, pero ahora atada con una correa.

—Claro que muchos podremos encontrarnos en otro circo —expresó Jimmy esperanzadoramente.

Liliput sacudió la cabeza.

—Algunos de nosotros, tal vez —asintió—, pero eso depende de los artistas que haya ya en un circo determinado. Por ejemplo, tú podrías agregarte, Jimmy, al espectáculo del señor Filipino, porque éste ahora no tiene perros amaestrados, y se alegrará de recibirte, pero a mí no me admitiría, porque ya tiene un domador con siete monos. Filipino no querría tener dos lotes de monos.

—Ya comprendo —dijo Jimmy, viniéndosele abajo el corazón—. ¡Oh Liliput!, me duele tanto despedirme de cualquiera de mis amigos... En cuanto a lo de dejar aquí a Lotta, es una cosa en la que no quiero ni pensar.

—Tendrás que acostumbrarte, muchacho —repuso Liliput tristemente—. Esto es lo peor del mundo del circo: hay muchísimos adioses; pero no te preocupes, a la larga siempre volvemos a encontrarnos.

—No quiero volver a encontrarme nunca con Lisa y con Jeanne —afirmó Jimmy fieramente—. Y lo malo será que tal vez sea con ellas con las únicas con quienes me encuentre.

Liliput se echó a reír.

—¡Ánimo, hombre! Esas jovencitas se van a meter en un lío el día menos pensado. Lo estoy viendo venir.

Cuando transcurrieron las dos semanas de castigo de Lotta, Britomart envió un recado a Lal para decirle que Lotta podía trabajar nuevamente en la pista aquella noche. Faltaba escasamente una semana para que el circo diera por terminada su estancia allí, y el jefe de pista quería que la inteligente niña volviese a deleitar al público.

—Lal, ¿qué hay de Lisa y Jeanne? —preguntó Lotta—. Si yo cabalgo en la pista, no lo harán ellas, ¿verdad?

—Pues sí, sí lo harán —contestó Lal—. Su madre les ha hecho unos vestiditos propios, y Britomart dice que pueden compartir tu número. Lo hacen muy bien, Lotta. No le tengo simpatía a ninguna de ellas, pero manejan muy bien los caballos.

—Si van a compartir mi número, no apareceré en la pista —dijo Lotta, alzando con aire resuelto su redonda barbilla.

—Tienes que hacerlo; lo ha ordenado Britomart —replicó Lal—. No seas tonta, Lotta. Te estás comportando como una niña de pocos años. Al fin y al cabo te castigaron por tu culpa.

—¡Pues no, no fue por mi culpa! —estalló Lotta—. Fue culpa de Lisa. No te lo dije antes, pero todo ha sido culpa de Lisa, te lo aseguro, Lal. Y es espantoso pensar que he de permanecer en el circo de Britomart y ver a esa horrible Lisa todos los días.

Lotta estaba casi llorando. Lal se sentía muy apesadumbrada por la niña, pero no se le ocurría ningún medio para arreglar las cosas. Lal sabía muy bien que era imposible que todo funcionara a gusto de uno: a veces las cosas van bien y otras veces van mal. La gente tiene que pechar con lo que salga y mostrar al mal tiempo buena cara, y sonreír, eso era todo.

—La señora Brown te ha lavado y planchado tu vestido de circo —indicó—. Lisa lo había ensuciado. Está listo para que te lo pongas esta noche. Puedes ir a vestirte al carromato de Jimmy, me ha dicho la señora Brown, y ella se cuidará de que a tu vestido no le falte un detalle. Ahora, sécate los ojos y alégrate, ¡por el amor de Dios!

La señora Brown había lavado y planchado el bonito y brillante vestido de Lotta, que ahora volvía a parecer bellísimo. Estaba colgado de una percha en un extremo del impecable carromato de la señora Brown, aguardando que Lotta llegase y se lo pusiese aquella noche.

«A Lotta le encantará volver a montar en “Belleza” para hacer su número en la pista —pensaba la señora Brown—. Es una lástima que la niña haya tenido tantos disgustos últimamente, pero en realidad creo que ahora se porta mucho mejor, y quizás es porque ha aprendido unas cuantas lecciones. ¡Cómo voy a echarla de menos cuando nos vayamos!».

Jimmy estaba ayudando a Laddo a cuidar de los perros. Lal estaba con sus queridísimos caballos. La señora Brown miró el reloj y deseó que Lotta no tardase demasiado en llegar para cambiarse.

«Tengo que cepillarle los cabellos y ver si se ha lavado bien —pensó la señora Brown—. Estos últimos días no parece que se lavara con mucho cuidado».

Las agujas del reloj seguían moviéndose lentamente. ¡Lotta se retrasaba! La señora Brown se asomó por una ventana de su carromato con la intención de localizar a la niña.

—¡Lotta! —gritó—. ¡Lotta, date prisa! ¡Se está haciendo tarde!

Pero Lotta no contestaba. No se la veía por las inmediaciones, por lo cual la señora Brown corrió en busca de Jimmy.

—¡Jimmy, por el amor de Dios, busca a Lotta y dile que venga corriendo! Quiero verla limpia y aseada y comprobar si le está bien el vestido. Date prisa; debe de estar en algún sitio al otro extremo del campamento.

—Ahora mismo, mamá —respondió Jimmy, quien casi había terminado por completo su trabajo.

Colocó el último bebedero de agua fresca en la gran jaula de los perros y corrió en busca de Lotta.

«Me imagino que se habrá escondido en algún sitio para no tener que aparecer en la pista con Lisa y Jeanne —pensó el muchacho, quien comprendía muy bien a la impulsiva y colérica Lotta—. No la censuro; también a mí me desagradaría compartir mi número con esas horribles niñas».

Gritó, llamando a Lotta. No obtuvo respuesta alguna. Miró debajo de todos los carromatos, pero Lotta no aparecía. Incluso se puso de puntillas para mirar en los tejados de los furgones, porque, desde que Lisa y Jeanne habían llegado, había adquirido la costumbre de subir a los tejados con las dos niñas pelirrojas.

Por último, Jimmy se dio por vencido. Volvió a su carromato y se lo contó todo a su madre.

—Mamá, no puedo encontrar a Lotta. Me temo que se haya escondido. He mirado en todas partes.

—¡Niña desobediente! —exclamó la señora Brown, muy molesta—. Cree que puede hacer todo lo que se le antoje. Ya tengo todo aquí dispuesto para ella, y continúa sin venir.

—Mamá, no creo que Lotta consienta en salir a la pista con Lisa y Jeanne —dijo Jimmy—. Me imagino que estará escondida en algún sitio para que no puedan obligarla.

—Bueno, se va a ganar un serio castigo de Britomart —pronosticó la señora Brown ansiosamente—. Mira, ahí van Lisa y Jeanne; quizá sepan dónde está Lotta.

Pero no lo sabían. Se sorprendieron al enterarse de que nadie había podido encontrar a Lotta. Lisa le dio un codazo a Jeanne y le susurró algo. Jimmy no pudo oírlo.

Las dos niñas echaron a correr hacia el carromato de Britomart. Jimmy las siguió con la mirada.

—¡Repugnantes chismosas! —exclamó—. Mira, mamá, han ido a contarle a Britomart que Lotta se ha escondido. ¡Cómo les gusta poner a la gente en apuros!

Pero habían ido a decir algo más. Lisa llamó a la puerta de Britomart, y éste respondió con su profunda voz:

—¡Adelante!

Lisa abrió la puerta tímidamente. Britomart le lanzó una mirada llameante.

—¿Qué pasa? ¿Traéis algún recado de vuestro padre?

—No, señor Britomart —repuso Lisa—. Hemos venido nada más que para decirle que Lotta no quiere salir a la pista esta noche con nosotras. Se ha escondido.

—¡No permitiré semejante desobediencia! —gruñó Britomart—. Su padre va a azotarla por esto.

—Yo sé cómo podría usted castigarla —dijo Lisa descaradamente—. Ella quiere mucho a su caballo «Belleza», y no deja que nadie lo monte. Pero yo podría montado, señor Britomart. Y cuando Lotta se entere de que otra niña ha sacado su caballo a la pista, se arrepentirá mucho de haberle desobedecido a usted.

Britomart miró a la pelirroja Lisa, fijándose en su taimada carita.

—Está bien —dijo concisamente—. Ve en busca del caballo y móntalo. Eso la enseñará a comportarse con sensatez.

Lisa y Jeanne salieron corriendo, temerosas de que Britomart pudiera volverse atrás. ¡Aparecer en la pista montadas en «Belleza»! Eso era algo que las niñas habían anhelado siempre.

Corrieron a decírselo a Jimmy. Se quedó atónito al verlas volver tan aprisa y tan excitadas.

—¡Jimmy, tráenos a «Belleza»! Britomart dice que esta noche podemos montarlo en la pista, puesto que Lotta no quiere.

—¡Horribles chismosas! —las increpó Jimmy—. ¡No, no os traeré a «Belleza»! Id a buscarlo vosotras. ¡Ojalá os muerda!

Cerró, dando un portazo. Lisa y Jeanne se precipitaron hacia las cuadras. Eran dos lindas figuritas con sus vestidos de volantes adornados de plateadas lentejuelas. Nadie habría sospechado que pudieran ser dos niñas tan malintencionadas.

Abrieron de par en par la puerta del furgón-cuadra y se dirigieron al pesebre de «Belleza».

¡El caballo no estaba allí!

—¿Dónde estará? —exclamó Lisa, consternada—. Debe de estar en otra cuadra cualquiera.

Las dos niñas las recorrieron apresuradamente buscando a «Belleza». Pero allí sólo estaban los demás caballos del circo, cepillados y brillantes, mirando, sorprendidos, a las dos excitadas niñas.

—No está aquí —dijo Jeanne—. ¿Dónde está, entonces?

—Con Lotta, desde luego —respondió Lisa airadamente.

—Pero ¿dónde está Lotta? —insistió Jeanne.

—Dios sabe —repuso Lisa—. Desde luego no está escondida en el campamento. Ella podría esconderse en cualquier parte, pero no puede esconder a un animal tan grande como «Belleza». Se habrá ido a alguna parte con él. ¡Lo enfadado que se va a poner Britomart! Le prohibió a Lotta que sacase al caballo fuera del campamento.

Las niñas corrieron a comunicarle la noticia a todo el mundo. Jimmy se preocupó inmediatamente, y otro tanto les pasó a Lal y a la señora Brown. Lotta era tan impetuosa y fantástica, que Dios sabe adónde podía haber ido o cuándo regresaría. ¿Y

qué iba a pasar cuando volviera? Le impondrían un castigo durísimo, de eso estaba seguro Jimmy.

—Volverá esta noche, después de la función —dijo la señora Brown, consolándolo—. No te preocupes, Jimmy. Se ha llevado a «Belleza» para que Lisa y Jeanne no puedan montarlo en la pista. Calculo que ella se imaginaba que tratarían de hacerlo.

—Sí, eso es —dijo Jimmy, sintiéndose mejor.

No se había olvidado de cómo en cierta ocasión Lotta había huido vestida de niño, y no quería pensar que pudiera habersele ocurrido eso por segunda vez. Así, acarició la esperanza de que Lotta estaría en el campamento aguardándolo cuando aquella noche terminara la función.

Pero Lotta no estaba. No volvió en toda la noche. Todo el mundo estaba enfadado y lleno de preocupación. ¿Qué se le ocurriría hacer después a aquella niña loca? Realmente era demasiado descarado comportarse así.

—Se ha llevado su muñeca —comunicó Lal, apareciendo a la puerta de su carromato—. Pero ¿por qué ha hecho eso? ¡Oh Dios mío!, ¿dónde estará la niña?

Sí... ¿Dónde estaba Lotta? ¿Por qué se había ido y qué estaba haciendo? ¡Ah, ella había formado sus propios planes...! ¡Y unos planes en verdad muy extraños!

LA GRAN AVENTURA DE LOTTA

Lotta se había sentido muy agitada y molesta al pensar que tenía que seguir con Lal y Laddo y trabajar a las órdenes de Britomart por lo menos durante medio año más.

«Jimmy se irá, y la perrita “Lucky”, y la amable señora Brown, y el señor Wally, y “Sammy”, y el señor Volla y los osos, y el querido y viejo Tonks y “Jumbo”, y Oona. ¡Oh, no puedo resistirlo!».

La niña estaba tendida debajo de su carromato con «Lulú», que la lamía de vez en cuando, entristecida al ver que Lotta era desgraciada. Trazó algunas letras, y eran las mismas que la perrita «Lucky» solía deletrear tan inteligentemente todas las noches: G-A-L-L-I-A-N-O.

«¡Oh, señor Galliano, si usted supiese lo que le está pasando a su famoso circo procuraría regresar cuanto antes! —pensaba Lotta—. Se encasquetarla muy derecho su sombrero de copa, adoptaría una postura gallarda y le diría a Britomart que no tiene nada de bueno. ¡Oh si volviese usted!».

Lotta clavó el palito en tierra, deseando poder pinchar del mismo modo a Britomart, Luego le vino un pensamiento a la cabeza.

«Me pregunto qué haría el señor Galliano si supiese que la mayor parte de su personal va a abandonar el circo —se dijo a sí misma—. Me pregunto si alguien se lo habrá dicho. Sé que Britomart no lo habrá hecho, porque estará seguro de que Galliano se enfadaría y recibiría un gran disgusto. Me imagino que sólo le contará las cosas buenas y no las malas».

Lotta empezó a considerar lo de ir a la pista aquella noche con Lisa y Jeanne. Estaba completamente resuelta a no hacerlo, pero sabía que Britomart se enfadaría mucho si lo desobedecía de nuevo. «Creo que sacaré a “Belleza” y cabalgaré en él hasta que se termine la función esta noche —pensó la niña—. Si digo que no quiero ir a la pista, Britomart es lo bastante malvado para ordenar que esas dos criaturas pelirrojas monten en mi caballo. ¡Y eso nunca! Me iré lejos, muy lejos, y tal vez llegue adonde está Galliano con su señora».

Apenas había acabado de decirse aquello a sí misma, Lotta se enderezó toda excitada, dándose un coscorrón en la cabeza con la parte inferior del carromato. Pero ni siquiera sintió el coscorrón.

«¡Cielo santo! ¿Cómo no se me ocurrió eso antes? Iré a buscar a Galliano y le contaré todo lo que ha ocurrido y quizás eche del circo a Britomart y ponga en su lugar al señor Wally o a cualquier otro. ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¡Qué buena idea!».

Lotta estaba tan excitada, que «Lulú» se excitó también y ladró.

—¡Chitón! —ordenó Lotta—. No quiero que nadie sepa dónde estoy. Esperaremos aquí hasta que no haya mucha gente alrededor, «Lulú», y luego me deslizaré fuera y recogeré a «Belleza» y, desde luego, a la muñeca. No voy a dejar que se apodere de ella Lisa.

Lotta se preguntó dónde estaría el señor Galliano. Sabía que la señora Galliano estaba ya fuera del hospital y que ambos residían ahora en un sitio mientras la señora Galliano se ponía mejor. ¿Cómo podría descubrir qué sitio era ése? No se atrevía a preguntárselo a Britomart y estaba segura de que ningún otro lo sabía, porque es muy raro que la gente del circo escriba cartas. Algunos ni siquiera sabían leer y escribir.

«Entraré en el carromato de Britomart y buscaré la carta del señor Galliano — pensó Lotta—. Espero que no llevará la carta en el bolsillo».

—«Lulú», podemos ver el carromato de Britomart desde aquí. Vigilaremos y veremos cuándo sale.

Britomart salió, y al poco tiempo Lotta salía de debajo de su carromato. Nadie estaba por allí cerca, excepto el señor Tonks, pero le estaba dando a «Jumbo» una friega de aceite y no se fijó en Lotta. La niña corrió rápidamente al carromato de Britomart. En un santiamén subió los escalones, entró y cerró la puerta. Miró en torno. ¿Dónde guardaría Britomart sus cartas?

Era fácil de ver. Había una mesita en la parte trasera del carromato, y sobre ella estaban esparcidas unas cuantas cartas y facturas. En seguida, Lotta descubrió la última carta de Galliano, se la metió en la pechera y salió corriendo del carromato. Nadie la vio. Nadie se enteró de lo que había hecho. Lotta volvió a esconderse debajo de su carromato y miró la carta. Se alegraba mucho de haber recibido lecciones de la amable señora Brown hasta poder leer de corrido.

Leyó la dirección en el membrete de la carta: «British Hotel, Langley Holme, Devon», Lotta no tenía la menor idea de dónde estaba Devon, pero eso no la arredraba. Siempre podría preguntar. Volvió a guardarse la carta y se deslizó nuevamente fuera del carromato. Esta vez buscó una bolsa y puso en ella pan, un poco de queso, bizcochos, chocolate y su muñeca. Eso era todo.

Luego se detuvo a ver si podría sacar a «Belleza» sin que la sorprendieran. Por una inesperada casualidad, tuvo muy buena suerte. Dos de las cebras, que estaban haciendo ejercicios al otro extremo del campamento, se asustaron de pronto al ver a una vaca que asomaba la cabeza entre las estacas del cercado. Una de las cebras escapó de Zeno, y éste gritó pidiendo ayuda, porque una cebra asustada es peligrosa.

Todo el mundo corrió a detener a la cebra o a ver qué ocurría. Jimmy acudió también y por eso Lotta no pudo decirle lo que iba a hacer.

Lo sintió muchísimo. No quería escaparse sin ver a Jimmy, y además pensaba que él podría comunicarle sus planes a Lal y a Laddo. Ella no se había atrevido a decirles nada a sus padres por miedo a que le prohibieran marcharse, y la impetuosa Lotta estaba completamente resuelta a hacer lo que había decidido.

Pudo sacar fácilmente a «Belleza». Se montó a lomos del animal, le susurró algo al oído y lo dirigió rápidamente hacia la parte más próxima de la valla. No se atrevía a salir por la gran puerta principal, porque estaba segura de que entonces la verían. Así, pues, encaminó el caballo hacia el alto seto, y el animal se alzó bellamente en el aire, franqueó el obstáculo y se puso a galopar por el campo contiguo. Lotta estaba a salvo.

Cabalgó toda la tarde. Había detenido a un grupo de niños y niñas que acababan de salir de la escuela y a los cuales les preguntó cuál era el camino para ir a Devon. Se quedaron mirando a la niña de brillantes ojos montada en su hermoso caballo, y pensaron que era maravillosa. Un niño sacó de su cartera el atlas escolar.

—Mira —dijo—, te mostraré exactamente dónde estás ahora, y así verás que Devon es el condado que viene después de éste. Éste es Dorset. Abrió el atlas y te mostró el mapa de Inglaterra. A Lotta le había enseñado un poco de geografía la señora Brown; miró atentamente el mapa.

—¡Qué suerte que Devon sea el condado siguiente y no uno que esté en lo más alto del mapa! —exclamó—. ¿Está en tu mapa, niño, un sitio llamado Langley Holme?

—No —respondió el niño, después de mirar—. No está. ¿Por qué lado cae, poco más o menos?

—No te lo estaría preguntando si lo supiera —repuso Lotta—. ¿Cómo voy a saber si Langley Holme está en lo más alto o en lo más bajo de Devon?

—Está en la costa sur, cerca de un gran puerto llamado Plymouth —dijo una niña tímida—. Mi tía vivía allí. Por eso lo sé. Enséñale dónde está Plymouth en el mapa, John.

Era fácil ver dónde estaba Plymouth.

—Así está muy bien —dijo Lotta, complacida—. Está junto a la costa, ¿verdad? Tengo que ir buscando los postes que digan Plymouth y seguir hasta llegar allí. Entonces podré preguntar por Langley Holme.

Arrancó al galope, y los escolares la siguieron admirativamente con los ojos.

Lotta siguió cabalgando con regularidad, encantada al ver «Plymouth» en un poste indicador colocado en el cruce siguiente de carreteras. Decidió concederle a «Belleza» un buen descanso a eso de las siete de la tarde, y pasto y agua, y luego seguir cabalgando toda la noche.

—Entonces, si la gente empieza a buscarme tratando de hacerme volver antes de que haya visto al señor Galliano, no lo podrán conseguir porque ya casi habré llegado —le dijo a su muñeca Rosamaría, que iba sentada frente a Lotta, sonriendo como si realmente estuviera disfrutando con aquel extraño paseo.

A las siete de la tarde, Lotta y «Belleza» se tomaron un descanso. «Belleza» era un caballo fuerte y no estaba nada cansado. Deseaba seguir galopando más y más con su amita montada firmemente en su lomo. No comprendía por qué Lotta y él iban tan lejos, pero no le importaba. Él llevaría a Lotta al fin del mundo si ella se lo pedía.

A las nueve de la noche estaban de nuevo en camino, la muñeca sentada frente a Lotta una vez más. La luna salió poco después y así Lotta podía leer fácilmente los carteles indicadores. Mucha gente se quedaba mirando con asombro a la niña de rizados cabellos y que cabalgaba con tanta serenidad, pero ella pasaba de largo antes de que pudiesen preguntarle adónde iba.

Durante toda la noche, la niña continuó cabalgando. Cuando despuntó el alba, estaba tan cansada que ya no podía sostenerse a lomos de «Belleza». Vio un viejo montón de paja que se alzaba en medio de un campo y dirigió hacia allí su caballo. Le dio de beber y lo cepilló y luego le dijo que comiese hierba. Se acurrucó en el montón de paja, cerró los ojos y, a los pocos momentos, se quedó profundamente dormida.

Nadie la vio allí y nadie vio a «Belleza», que pronto vino a tenderse cerca de su ama dormida. Era ya mediodía cuando Lotta se despertó y se desperezó. Recordó donde estaba y se puso en pie de un salto. Se lavó la cara en un arroyuelo y se echó atrás los rizos. Dio fin a toda la comida que se había traído y saltó de nuevo a lomos de «Belleza». El caballo relinchó de alegría. ¡Así pues, él y Lotta iban a seguir galopando una vez más!

Plymouth estaba más lejos de lo que Lotta pensaba, pero, poco a poco, la distancia iba disminuyendo según se podía ver en los altos postes indicadores, y por fin, al atardecer, otro nombre apareció en un poste. Lotta gritó de alegría.

—Langley Holme. ¡Pero si está muy cerca! ¡Oh «Belleza», casi hemos llegado! Ni siquiera tenemos que ir a Plymouth. Está antes de Plymouth. Vamos, pronto veremos al querido señor Galliano y a su señora. Tú nunca los has visto, Rosamaría, pero los querrás mucho.

Siguió galopando, muy cansada ahora, pero mucho más feliz; y pronto llegó a un tranquilo pueblecito costero con una bonita playa arenosa y mucha gente bañándose. En una pequeña colina cercana se alzaba un gran hotel con letras relucientes en la fachada: «British Hotel».

—Justamente el sitio que estamos buscando —dijo Lotta, muy contenta.

Bajó por la calle que llevaba al mar, torció por el paseo y se encaminó al gran hotel. Muchísima gente estaba sentada en una terraza bebiendo y tomando helados. ¡Con qué asombro miraron cuando la niña, sucia y desaseada, fue acercándose allí y los cascos de su caballo resonaban ruidosamente en la calle!

Lotta miraba ávidamente la fila de sorprendidas personas, buscando al señor Galliano. Todo el mundo la contemplaba con asombro. ¿Qué quería aquella extraña niña? ¿Qué estaba haciendo allí, parada delante del hotel, mirando de una manera tan rara a todo el mundo? El portero saltó y le habló rudamente:

—¡Vete de aquí! ¡No mires de ese modo tan impertinente niña!

—¿Está aquí el señor Galliano? —preguntó Lotta—. Quiero ver al señor Galliano.

—Desde luego no voy a decir a ninguno de nuestros huéspedes que quieres verlo —replicó el rudo portero—. Ahora, lárgate.

Lotta se quedó mirándolo con labios temblorosos, porque estaba muy cansada y ansiosa. Y entonces, justamente cuando le daba la vuelta a «Belleza», oyó un grito enorme.

—¡Lotta! ¡Mi pequeña Lotta! ¿Qué estás haciendo aquí?

Y, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas por efecto de la sorpresa, se precipitó fuera del hotel el viejo y querido Galliano.



LOTTA CONSIGUE SU PROPÓSITO

Lotta lanzó un grito de alegría. Sí, era el señor Galliano, aunque tenía un aspecto completamente distinto, vestido con unos pantalones de franela blanca y una camisa en lugar de llevar sus acostumbrados pantalones de montar, sus botas altas y su sombrero de copa. También estaba más gordo, pero su alegre cara seguía siendo la misma, y sus bigotes se erguían rígidos como siempre habían hecho.

—¡Lotta! —gritaba—. ¿Eres realmente Lotta?

—Sí —contestó Lotta, y se apeó de «Belleza».

Estaba tan cansada, que las piernas no podían sostenerla. El señor Galliano la alzó en brazos, ordenó al portero que se encargase del caballo y transportó a la niña al interior del hotel. Todo el mundo miraba atónito, pero a Lotta y a Galliano aquello les tenía sin cuidado. ¡Que mirasen lo que quisieran!

Galliano llevó a Lotta a su propia sala de estar, y allí estaba la señora Galliano, mucho más delgada y más pálida, pero con su misma sonrisa gentil. ¡Qué asombrada se quedó al ver a Lotta en brazos de Galliano!

—¡Lotta! —exclamó—. ¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Te acompaña alguien?

—Únicamente «Belleza» y Rosamaría, mi muñeca —dijo Lotta, colocando su muñeca junto a la señora Galliano.

Lanzó en torno una mirada de felicidad y se colocó cómodamente sobre las rodillas de Galliano. Le echó los brazos al cuello y lo abrazó. Agarró una mano de la señora Galliano y se la apretó. Unas lágrimas asomaron a sus ojos y corrieron por sus mejillas, pero todo ese tiempo estuvo sonriendo, porque se sentía muy feliz al encontrarse una vez más junto a los Galliano.

La señora Galliano apretó un timbre que estaba a su alcance y le encargó al camarero, cuando acudió, leche caliente, y bizcochos para Lotta.

—Come y bebe antes de contar tu historia —dijo—. Sobra tiempo.

Así, pues, Lotta comió y bebió, pero hizo su relato inmediatamente, con la boca llena, porque no podía esperar.

—¡Oh señor Galliano, su circo se está deshaciendo por completo! —dijo—. El señor Wally se va, y el señor Volla, y Tonks, y Oona, y Jimmy, y...

—Pero ¿por qué? —interrumpió Galliano, atónito—. No tengo ni la menor idea acerca de eso. Siempre que he recibido noticias de Britomart era para decirme lo maravillosamente que funciona el espectáculo y el abundante dinero que recauda. ¿Qué pasa, entonces?

—¡Oh, el espectáculo en sí funciona muy bien! —dijo Lotta—. Pero mire usted, señor Galliano, no podemos soportar a Britomart. ¿Sabe que no ha sonreído ni una sola vez desde que usted se marchó?

—Bueno, no creo que eso importe mucho —repuso Galliano, perplejo—. Algo más tiene que haber ocurrido.

Y Lotta se puso a contar lo severo que había sido Britomart: cómo le había prohibido a Jimmy jugar con los animales, cómo «Sammy» estaba enfermo de murria, cómo el señor Wally había disputado con el jefe de pista y cómo a ella misma le había prohibido aparecer en la pista por algo de lo que no tenía la culpa.

—Y, ¡oh señor Galliano!, todo el mundo se siente molesto y desgraciado, y nadie quiere seguir con Britomart, excepto Lal y Laddo, quienes firmaron un papel que los compromete a seguir en el circo durante todo un año. Y eso significa que yo tengo que seguir también. Y yo no puedo estar sin Jimmy y sin «Lucky». Por eso he venido a buscarlo a usted y a decírselo todo. Señor Galliano, querido señor Galliano, ¿no puede usted hacer algo?

Entonces, la señora Galliano habló con su voz lenta y dulce.

—Mi pequeña Lotta, Galliano sólo puede hacer una cosa: regresar. No puede consentir que su famoso circo se deshaga y no le quede nada cuando yo esté mejor y pueda volver.

—Pero, Tessa, tú todavía no estás mejor y te prometí que seguiría a tu lado hasta que mejorases lo suficiente para poder volver al circo —protestó el señor Galliano, frotándose la oreja derecha con un ademán de preocupación muy profunda—. No puedo quebrantar mi promesa, no puedo.

—Tú quieres hacerme feliz, Galliano, ¿no es eso? —continuó la señora Galliano—. Pues bien, solamente seré feliz si vuelves y actúas de nuevo como jefe de pista de tu propio circo. No iré al Sur de Francia. Quiero permanecer aquí, en este sitio tranquilo, donde me rodean buenos amigos. Y, dentro de seis meses, también yo volveré. Ya estoy mucho mejor. Si continúas aquí conmigo y dejas que tu circo se deshaga en pedazos, me sentiré tan triste que volveré a caer enferma. Y eso no te gustaría, Galliano.

—No, no, desde luego que no me gustaría —dijo el jefe de pista, mirando ansiosamente a su esposa—. Bueno, Tessa, tú siempre tienes razón. Lo sé. Nunca me has dado un mal consejo, no, nunca. Así, pues, volveré al circo Galliano y será mío una vez más. ¡Y Britomart tendrá que marcharse!

Lotta lanzó un grito tal, que la señora Galliano se sobresaltó. La niña se arrojó sobre ella y juntó su mejilla contra otra de la convaleciente.

—¡Oh señora Galliano, qué persona tan buena, tan amable y tan poco egoísta es usted! ¿De verdad que puede usted quedarse sin la ayuda del señor Galliano y dejar que él vuelva con nosotros? ¡Lo necesitamos tanto! ¡Oh, cómo me alegro de haber venido para contarles a ustedes todo lo que pasa!

—¡Bueno, bueno, déjame respirar un poco, niña! —dijo la señora Galliano sonriendo—. Sí, Galliano debe regresar. Además, si no regresa pronto a su circo se pondrá tan gordo de tanto estar sentado, que no podrá ponerse sus pantalones de montar y su levita. Un jefe de pista gordo es un espectáculo deplorable.

Lotta estaba tan excitada y contenta, que no podía quedarse quieta.

—¡Quiero volver inmediatamente para contárselo todo a los demás! —gritó—. ¿Dónde está «Belleza»? Me pondré en marcha ahora mismo y llevaré la noticia. ¡Oh, qué contentos se van a poner!

—No, no, Lotta, no puedes hacer eso —dijo la señora Galliano—. Estás agotada. Tienes que quedarte aquí para pasar la noche. Te gustará ver este hotel. Tenemos un hermoso cuarto de baño con grifos de agua caliente y fría, y una toallera que mantiene las toallas calientes y secas. Y...

Pero Lotta no quería escuchar.

—No estoy cansada —insistía—. ¡No lo estoy, no lo estoy! ¡Que me devuelvan a «Belleza» y me iré en seguida! Ya sé el camino.

—Mi querida niña, aunque tú no estés cansada, «Belleza» lo está —dijo Galliano—. No querrás enfermarlo por exceso de trabajo, ¿verdad? Entonces no serviría para nada.

—¡Oh no, eso no! —exclamó Lotta inmediatamente—. Sí, debe de estar cansado, el pobrecito. Ahora mismo voy a verlo. Ven conmigo, Rosamaría.

—No, Lotta —la atajó la señora Galliano—. Hay hombres que cuidarán de «Belleza», y no le faltará de nada. Tú vas a venir ahora a mi habitación y te acostarás. Diré que pongan una camita junto a nuestra cama grande y te encantará dormir allí.

Verdaderamente, Lotta estaba tan cansada, que apenas pudo andar hasta el gran dormitorio cuyas ventanas daban al mar azul y tranquilo. Tomó un baño en el maravilloso cuarto de azulejos verdes y se secó con una inmensa y blanda toalla que retiró del caliente toallero, Luego tomó un helado de nata, se acurrucó en la linda camita colocada junto a la de la señora Galliano, y a los pocos segundos se quedó profundamente dormida. La muñeca yacía junto a ella, cerrados los ojos de largas pestañas, lo mismo que los de Lotta.

Los dos Galliano posaron las miradas en la niña y luego se miraron uno a otro.

—Es una criaturita salvaje —comentó la señora Galliano—, pero ¡qué resuelta y qué valiente! Ha sido una suerte que haya venido a decirte lo que ocurría, Galliano. Sé que estabas preocupado por tu circo, y ahora está claro que debes volver.

El señor Galliano envió un telegrama a Lal para decir que Lotta estaba sana y salva con ellos. Lal no podía creer a sus ojos cuando leyó que Lotta estaba en Langley Holme con los Galliano.

—Pero ¿cómo llegó allí?; ¿cómo sabía el camino?; ¿por qué se escapó para reunirse con ellos?; ¿cómo sabía que estaban allí? —le decía a todo el mundo una y cien veces.

Pero nadie sabía responderle. Sólo Jimmy sonreía para sus adentros.

«Lotta podría hacer cualquier cosa sólo con decidirse a ello —pensaba orgullosamente—. No hay nada que pueda parar a esa criatura si se le mete en la cabeza hacer esto o lo otro. A menudo me enfado con ella y me gustaría darle unos cachetes, pero es una niña leal y valiente, y me siento orgulloso de ella. Sé por qué ha ido en busca de los Galliano: para decirles la verdad sobre Britomart. Me pregunto si podrán hacer algo. ¡Cielos, Britomart está más negro que una tormenta ahora que sabe dónde se halla Lotta!».

Y cierto que estaba negro Britomart. Sus grandes cejas se juntaban al fruncir el ceño leyendo el telegrama que Lal le había enseñado. Casi se lo tira a la cara.

—Nunca volveré a tener a esa niña de ustedes en un circo mío —dijo.

—¡Pero no podemos enviar a Lotta a otro circo estando nosotros con su espectáculo! —replicó Lal—. Si es eso lo que quiere decir, señor Britomart, no podremos seguir con usted. No vamos a abandonar a Lotta.

—¡Bah! —rezongó Britomart, quien se alejó echando chispas.

El circo estaba acabando sus actuaciones en ese lugar. El señor Tonks había empezado a buscar otro circo adonde llevar al viejo «Jumbo». El señor Wally estaba aguardando a ver si Tonks tenía suerte; entonces quizá pudiera ir con él. Poco a poco, la gente del circo estaba empaquetando sus cosas, dispuestos a lanzarse otra vez a la carretera. Llevaban tanto tiempo en el campamento, que se les hacía raro tenerse que mudar una vez más. Sujetaban las cosas con correas en los tejados de los furgones y las afianzaban por debajo, Liliput tenía un aire triste, porque estaba casi seguro de que no podría ir al mismo circo que Tonks y Wally. Zeno había decidido seguir con Britomart, porque estaba muy bien pagado y el jefe de pista no lo molestaba mucho.

Nadie había vuelto a tener noticias del señor Galliano y de Lotta. Pero ahora nadie se preocupaba por la niña, porque sabían que estaba a salvo y tenían la seguridad de que no volvería en algún tiempo.

Pero he aquí que un atardecer se oyó el ruido de un motor en la carretera que conducía al campamento. Se acercaba un coche, un taxi. Jimmy miró, sorprendido, porque los taxis raramente venían al campamento. ¿Quién sería?

Pronto lo averiguó, porque «Lucky» empezó a ladrar de una manera terrorífica y corrió al encuentro del taxi. Sus finos oídos habían escuchado una voz que ella conocía muy bien: ¡la de Lotta!

Y así era; allí estaba Lotta asomada a una ventanilla, gritando y haciéndole señas a Jimmy.

—¡He vuelto, he vuelto! Tengo todavía a Rosamaría, pero «Belleza» viene por tren en un furgón. El señor Galliano decía que era demasiada distancia para traerlo andando. ¡Y, oh Jimmy, el señor Galliano está también aquí!

Jimmy lanzó un grito enorme y se precipitó a abrir la portezuela del taxi, del que salió el viejo y querido Galliano con sus pantalones de montar, sus botas altas y su sombrero de copa; un poco más grueso, es verdad, pero, por lo demás, lo mismo que

siempre, jovial y risueño, sus rígidos bigotes alzando derechas sus guías a un lado y a otro de la boca.

¡Y qué griterío se alzó en el campamento cuando se extendió la noticia con la rapidez de un reguero de pólvora!

—¡Galliano! ¡El bueno y viejo Galliano! ¡Ha vuelto otra vez! ¡Bienvenido, Galliano! ¡Dios mío, qué contentos estamos de verlo! —decían.

¡Qué bienvenida para su viejo jefe de pista! El señor Galliano estaba tan excitado y complacido, que las lágrimas acudieron a sus ojos, y se las secó con un enorme pañuelo de lunares rojos. Miró en torno contemplando la gran tienda, los carromatos y los furgones, y lanzó un profundo suspiro.

—¡Es bueno estar de vuelta! —dijo—. ¡Muy bueno, muy bueno!

¡BUENO Y VIEJO GALLIANO!

El señor Galliano fue estrechándoles la mano a todos, y el señor Wally soltó a «Sammy», el chimpancé, porque también «Sammy» se había enterado del regreso del viejo jefe de pista y quería darle la mano a su vez. Así, pues, fue una familia muy feliz la que se congregó en torno del señor Galliano y empezó a dispararle preguntas.

—¿Cómo está la señora Galliano? ¿Va a venir también? ¿Cómo pudo encontrarlo Lotta? ¿Ha venido usted para quedarse?

—¿Dónde está Britomart? —preguntó Galliano, dirigiendo la mirada hacia su viejo carromato.

—Ha ido a la ciudad —respondió el señor Tonks—. Mire usted, señor Galliano, ¿se ha enterado de que casi todos nos hemos despedido y vamos a marcharnos? No podemos trabajar para Britomart; lo hemos intentado, pero no sirve de nada.

—Vengo para quedarme con vosotros —dijo Galliano, torciéndose el sombrero a un lado de la cabeza—. Sí, vuelvo con vosotros. Habrá dos circos: el de los que se vayan con Britomart y el de los que se queden conmigo en el circo Galliano de siempre. Tessa está lo bastante bien para poderme separar de ella, y ha sido ella quien ha querido que volviese; sí, señores.

—¡Hurra! —gritaron todos, locos de alegría.

Lisa y Jeanne estaban por allí cerca, sorprendidas, mirando fijamente al señor Galliano y preguntándose qué pasaría ahora. No les hacía ninguna gracia ver de nuevo a Lotta, sobre todo en compañía del señor Galliano. La niña no les había dicho una sola palabra, pero las miraba con tal desprecio, que se sentían realmente incómodas.

—Y ahora quiero hablar un poco con cada uno de vosotros —dijo el señor Galliano—. Tú, Tonks; tú, Wally; vosotros, Liliput, Oona, Volla, Stanley. Vamos a tu carromato, Wally.

En el cómodo carromato del señor Wally, el señor Galliano oyó todo lo que sus amigos tenían que decirle sobre el circo. Una vez enterado, frunció el ceño y asintió.

—Sí, ya era hora de que regresara —dijo—. Creí que Britomart se llevaría bien con todos vosotros, pero veo que me equivoqué. Sin embargo, él ha tenido circos antes y debería saber cómo tratar a su gente.

—Señor Galliano, Britomart ha cometido siempre los mismos errores —dijo Oona—. He oído hablar mucho de él con anterioridad. No sabe hacerse amigo de la gente del circo, y aunque es un buen jefe de pista y tiene ideas muy acertadas, más tarde o más temprano la gente no quiere trabajar para él.

—Mire usted, señor, usted es uno de los nuestros —intervino Tonks—. Usted se ríe y bromea con nosotros; usted es amable; usted nos ayuda cuando las cosas nos van mal. Es cierto que se enfada a veces, pero sólo cuando tiene razón para enfadarse, y, además, se le pasa pronto. Todos nosotros le queremos, y a la señora Galliano también, y... Bueno, ése es el secreto de trabajar juntos en buena armonía.

El señor Galliano se ladeó aún más el sombrero y mostró una cara resplandeciente.

—Ése es el discurso más bonito que me han dedicado nunca —comentó—. Y también yo voy a pronunciar uno para vosotros: Teasa y yo estamos orgullosos de todos vosotros; os consideramos como hijos y somos padre y madre de nuestra gran familia circense. Hemos de procurar que seáis felices y así nosotros seremos felices también. Pero Britomart, el pobre Britomart, no puede saber lo que es la felicidad.

—Siempre parece estar enfadado u ofendido —dijo el señor Wally, quien no sentía ninguna lástima por el áspero jefe de pista—. Merece ser desgraciado por la manera como nos ha tratado a todos.

Cuando Britomart volvió se sorprendió al ver que lo estaba esperando el señor Galliano. Éste no se mostró ni injusto ni desdeñoso, pero le dijo a Britomart unas cuantas verdades que pensó le convenía conocer.

—Britomart: mi circo ha estado a punto de deshacerse en pedazos entre las manos de usted —empezó—. Esto no puedo permitirlo, porque he sido yo quien lo ha construido y constituye mi orgullo y mi alegría. Usted puede manejar muy bien el espectáculo cuando está en la pista, pero no sabe tratar a mi gente. Britomart, un poco de amabilidad y de elogios habrían mantenido a esta gente feliz, pero usted no tenía más que palabras ásperas y castigos.

—Galliano: usted ha acostumbrado mal a la gente de este circo —replicó Britomart con su acostumbrada voz fría y profunda, llameándole los negros ojos—. Son desobedientes, rudos y pendencieros. Nadie puede manejar una compañía semejante.

—Yo la he manejado durante muchos años —repuso Galliano—, y voy a seguir manejándola, sí, señor.

—Se va todo el mundo, excepto Zeno, algunos de los payasos y Pierre —dijo Britomart.

—No se va nadie, excepto los que usted ha nombrado —replicó el señor Galliano, poniéndose derecho el sombrero y adoptando un aire de severidad—. Britomart, recoja la parte que le corresponda del dinero y a los artistas que quieran marcharse con usted. Forme usted su propio circo, si quiere; no lo conservará mucho tiempo si no aprende que sólo hay una cosa capaz de gobernar a una compañía: la amabilidad.

El señor Galliano abandonó el carromato, con el sombrero todavía bien derecho en la cabeza. Britomart se quedó solo. Siguió con la mirada al viejo jefe de pista, y una expresión de tristeza nubló sus grandes ojos negros. Sabía que era más inteligente que Galliano, pero sólo sabía hacer uso de la impaciencia y del desprecio donde el

señor Galliano empleaba la amabilidad y la comprensión. Era un hombre solitario y desgraciado; sólo él tenía la culpa de su fracaso.

«Si vuelve a presentármeme otra oportunidad, probaré las ideas de Galliano — pensó—. No hay más que mirar a la gente del circo: cómo se aglomeran en torno a él; a mí nunca me concedieron esas sonrisas, apretones de mano y palmaditas en la espalda. Todos seguirán con él y conmigo no vendría más que Pierre y algún otro. No intentaré crear un circo nuevo; seguiré trabajando por mi cuenta y siendo Britomart el mago».

Así, pues, aquel atardecer, Britomart empaquetó sus cosas, desocupó el carromato para que pudiera instalarse Galliano, y se marchó en su magnífico coche azul y plata. No se despidió de nadie, porque se sentía decepcionado y un tanto avergonzado. Nadie le dijo adiós. Nadie le deseó buena suerte. Se había ido y a nadie le importaba. Pobre Britomart: el peor enemigo que tenía era él mismo.

¡Qué tarde aquella en el campamento! Daba la coincidencia de que aquella noche se celebraría la última función en el lugar, y Galliano, por supuesto, iba a ser el jefe de pista.

—Será la función más extraordinaria que hayamos dado nunca —anunció contentísimo Stanley Pegajoso, quien realizó seis saltos mortales seguidos—. Y tú, Lotta, podrás lucirte otra vez en tu número.

Galliano prohibió que Lisa y Jeanne aparecieran en la pista, con gran contento de Jimmy y de Lotta. Ahora que el jefe sabía que aquellas dos desagradables niñas habían puesto en apuros a Jimmy y a Lotta, no quería tener el menor trato con ellas, y ordenó que no se presentasen ante su vista cuando quisieron acercársele para preguntarle si podrían trabajar en la espléndida función de aquella última noche.

—¡Tenéis una lección que aprender! —le gritó a la pelirroja Lisa—. Os voy a tratar como Britomart trató a Lotta: vais a meteros en vuestro carromato y a permanecer allí hasta que yo diga. Y si os veo fuera, os volveré a meter a latigazos.

Claro que todo el mundo sabía que Galliano era incapaz de hacer una cosa así, pero Lisa y Jeanne tuvieron miedo de que pudiera hacerlo. Por tanto, se refugiaron en su carromato llorando amargamente, y Lotta y Jimmy las vieron retirarse.

—Bueno, no está bien alegrarse del mal ajeno —dijo Jimmy a Lotta—, pero esas dos merecen pasar algún mal rato.

—Espero que sean muchos —dijo Lotta, indignada. Luego se echó a reír—. ¡Oh Jimmy, soy tan feliz ahora, que realmente no puedo sentirme enfadada con Lisa y con Jeanne! Ya no me importan lo más mínimo. La verdad es que soy tan feliz que incluso podría ir a enseñarles mi lindísima muñeca. Todavía no la han visto.

—No lo hagas —aconsejó Jimmy—. Podría ser que te sintieras tan feliz que se te ocurriese regalarle Rosamaría a Lisa.

—¡Oh! —exclamó Lotta dando un grito—. Tú sabes que yo nunca haría eso. Vamos, Jimmy, es hora de que nos preparemos para la función. Tenemos que hacer juntos nuestro número. Volveré a montar en mi querido caballito y oiré los aplausos y

los vítores. Y quien estará en medio de la pista chasqueando su látigo será el señor Galliano, en lugar del antipático Britomart.

Lotta se puso bailando su centelleante vestido de circo. La niña se sentía tan feliz, que los ojos le brillaban como estrellas. Era de nuevo el circo Galliano. Jimmy estaría a su lado con «Lucky». Las cosas volverían a ser como habían sido en otros tiempos. Y ella, Lotta, era quien había encontrado al señor Galliano y lo había hecho volver. No era de extrañar que Lotta se sintiese orgullosa y feliz.

Una hora antes de que empezase la función, un carromato subía por el camino que llevaba al campamento. Estaba pintado de un brillante color naranja y tenía las ruedas azules. Jimmy lo reconoció inmediatamente.

—¡Lotta, Lotta, ven aquí en seguida! ¡Madame Prunella ha vuelto! ¡Escucha cómo gritan todos sus loros!

Y era verdad. De un modo u otro, Prunella se había enterado de la noticia de que Britomart se había ido y de que Galliano había vuelto, y también ella había venido para tomar parte en la función de la última noche. ¡Qué alegría! ¡Cómo abrazaba y besaba a todo el mundo la gruesa mujercita, y cómo gritaban y cantaban los loros!

—¡Sardinas y patatas fritas, sardinas y patatas fritas! —pregonaba «Gringle» todo excitado, y los niños reían divertidos.

—¡Simpático «Gringle», cómo te hemos echado de menos!

Aquella noche, la función fue espléndida porque todos se sentían felices y ponían el alma entera en su trabajo para hacerla lo mejor posible en honor de Galliano. Él estaba en medio de la pista, bien ladeado su sombrero y muy feliz su cara tostada por el sol. Lo único que lo incomodaba era la ropa. Ahora le estaba demasiado apretada.

La gente aplaudía, gritaba y vitoreaba hasta enronquecer. Aplausos ensordecedores sonaron al final de la función, y pañuelos y sombreros se agitaron en el aire.

—¡Es el mejor circo que hemos visto nunca! —se decían unos a otros—. ¡El mejor circo, sin comparación!

Aquella noche era ya muy tarde cuando todos se acostaron. ¡Qué manera de hablar! En el campamento cantaron y rieron hasta que los perros llegaron a mostrarse inquietos y a lanzar gemidos, y «Lucky» se quedó profundamente dormida en brazos de su amo.

Galliano terminó por ordenar que se fueran todos a sus carromatos. Tropezaban en los escalones, bostezando, pero muy felices todos. El circo no se había deshecho. Seguían todos dispuestos a lanzarse de nuevo a la carretera como de costumbre.

¿Todos? Bueno, no todos. Google no quiso seguir, porque dijo que en la compañía había, para su gusto, demasiados niños. Y Pierre tampoco iba a seguir con el circo, porque Galliano le había oído decir a la señora Brown que Lisa y Jeanne estarían mejor lejos. Además, Pierre se había mostrado demasiado amigo de Britomart, por lo cual a nadie le hacía mucha gracia que se quedara.

Jimmy sintió que «Neptuno» tuviera que irse, porque le había tomado mucha simpatía a la inteligente foca. Pero aquello no importaba mucho: Madame Prunella había vuelto con su bandada de loros maravillosos; Zeno seguía en el circo y Twinkle y Pippi seguían también, y, por lo tanto, el circo continuaba siendo muy grande y contaba con numerosos artistas.

—Buenas noches, Jimmy —dijo Lotta, encaminándose a su carromato—. ¿No es todo delicioso ahora?

—Sí, y lo es porque tú eres una chiquilla tan resuelta que no quisiste seguir soportando las cosas horribles que estaban sucediendo —dijo Jimmy—. ¡Has estado magnífica, Lotta! Me siento orgulloso de ti.

Pronto los dos niños se quedaron profundamente dormidos. «Lulú» estaba tendida a los pies de Lotta, y Rosamaría, la muñeca, estaba acostada a su lado. La perrita «Lucky» rozaba los dedos de los pies de Jimmy, y todos soñaban, felices, en los buenos días que se presentaban por delante.

—¡Bueno y viejo Galliano! —dijo Jimmy, ya medio dormido—. ¡Qué contento estoy de que estés de vuelta, Galliano, bueno y viejo Galliano!

FIN

Índice de contenido

Cubierta

El circo Galliano

1. El circo está en la carretera
2. Madame Prunella y sus loros
3. Madame Prunella forma parte del espectáculo
4. Lo que sucedió en una noche de viento
5. La búsqueda de los osos
6. De vuelta en el campamento
7. Se encuentra a Prunella
8. El circo se pone en movimiento
9. Cebras, una foca y dos niñas
10. Los tres nuevos payasos
11. Britomart se incorpora al circo
12. ¡Pobre señora Galliano!
13. Britomart, el hombre que no ríe
14. Lotta se mete en líos
15. Lotta entabla nuevas amistades
16. Lisa hace una gracia
17. Prunella pierde los estribos
18. ¡Más disgustos!
19. Lotta es castigada
20. ¿Qué le va a pasar al circo?
21. Jimmy se entera de la verdad
22. Un buen embrollo
23. Lotta desaparece
24. La gran aventura de Lotta
25. Lotta consigue su propósito
26. ¡Bueno y viejo Galliano!

VUELVE EL CIRCO GALLIANO

Enid Blyton

